

UAN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

BIBLIOTECA GENERAL DE BIBLIOTECA

67

SINUÉS

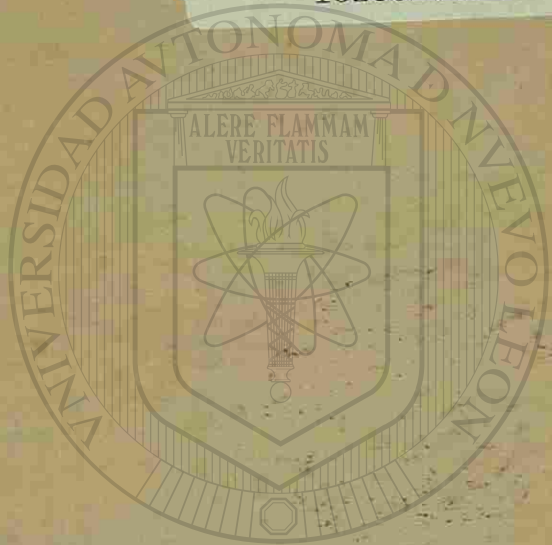
UN NIDO

DE PALOMAS

RA PQ6567
.S5
N5



1020027433



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UN NIDO DE PALOMAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Núm. Clas. N
Núm. Autor 56/8n
Núm. Adg. 33869
Procedencia -8-
Precio _____
Fecha _____
Clasificó _____
Catalogó 6/1/80

MARÍA DEL PILAR SINUÉS

UN

NIDO DE PALOMAS

100528



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Edo. 1625 MONTERREY, MEXICO

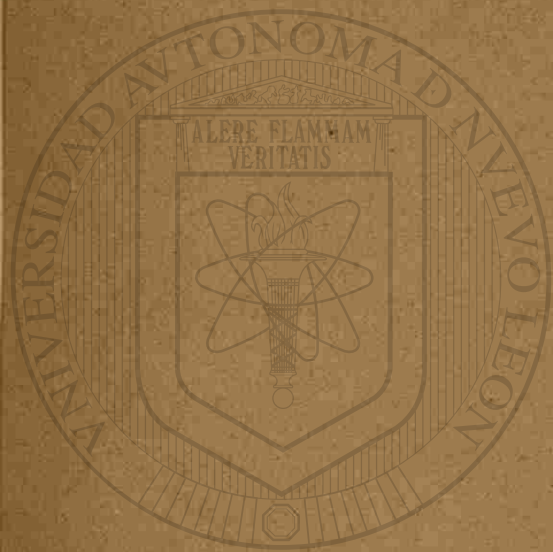
MADRID

JOSÉ MARÍA FAQUINETO, EDITOR
6—Calle del Olivar—6.

ALVAREZ HERMANOS, IMPRESORES
15—Ronda de Atocha—15.

1889

33869



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

863
5



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

Es propiedad de la
autora, que ha hecho
el depósito legal.

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

I

Una comida de hombres solos.

La villa de Madrid, vista desde provincias, aparece bulliciosa siempre y agitada, atronada por el ruido de los carruajes y vendedores y cruzada por millares de transeuntes, entre los cuales no hacen poco papel las graciosas modistas y las oficiales de los almacenes de flores y de modas.

El provinciano, y mucho más aún la provinciana, ve en Madrid el ideal de lo bello, quizá por la sola razón de verle desde lejos; cree á todas sus mujeres elegantes, á todos los hombres que habitan en él modelos de galantería; piensa que los mejores actores son los ajustados en sus teatros, y es, en fin, muy vulgar y aun muy natural este dicho:

Desde Madrid al cielo.

Pero el madrileño, ó la persona que ha vivido algunos años en Madrid le ve tal cual es, con toda

863
5



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

Es propiedad de la
autora, que ha hecho
el depósito legal.

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

I

Una comida de hombres solos.

La villa de Madrid, vista desde provincias, aparece bulliciosa siempre y agitada, atronada por el ruido de los carruajes y vendedores y cruzada por millares de transeuntes, entre los cuales no hacen poco papel las graciosas modistas y las oficiales de los almacenes de flores y de modas.

El provinciano, y mucho más aún la provinciana, ve en Madrid el ideal de lo bello, quizá por la sola razón de verle desde lejos; cree á todas sus mujeres elegantes, á todos los hombres que habitan en él modelos de galantería; piensa que los mejores actores son los ajustados en sus teatros, y es, en fin, muy vulgar y aun muy natural este dicho:

Desde Madrid al cielo.

Pero el madrileño, ó la persona que ha vivido algunos años en Madrid le ve tal cual es, con toda

su fealdad y con todas sus bellezas; reniega del ruido de los carruajes, si su fortuna no le permite gastarlo; le impacientan los gritos de los vendedores, y experimenta todas las molestias de que está libre el pacífico y escondido habitante de provincia.

Por otra parte, hay en Madrid calles solitarias, ó, por mejor decir, desiertas; barrios extraviados y habitados solamente por pobres gentes, cuyos escasos haberes les impiden pagar los precios exorbitantes que cuestan las habitaciones en los parajes céntricos de la corte.

Estas gentes tienen todas las molestias de Madrid, sin conocer ninguno de sus goces; sufren el ruido de los carruajes, quizá sin subir en su vida á ninguno; ven las hermosas tiendas sin comprar otra cosa que trajes muy modestos; les desgarran los criados de casas grandes los vestidos con sus cestas, y, por lo regular, tienen que servirse á sí mismos, y están sujetos, en fin, á toda clase de incomodidades, además de arrastrar una existencia llena de trabajos y privaciones de toda especie.

La clase alta es la que vive en Madrid rodeada de placeres; la juventud, sobre todo, ve deslizar sus días en medio de fiestas continuas, con especialidad durante los meses de invierno.

En 1868 era, sin embargo, más monótona la vida en la buena sociedad madrileña: no se suce-

dían los bailes con tanta rapidez; no había *tés*, ese delicioso pretexto de comer, reír y bailar, y los jóvenes tenían con más frecuencia comidas de hombres solos, en las que únicamente eran admitidos algunos casados, pero jóvenes también, alegres y despreocupados.

En la noche del 11 de Enero de 1868, y á eso de las diez, terminaba una comida de esta clase en casa del conde D..., el cual no pasaba de los treinta y dos años y estaba casado con una mujer encantadora.

Se supone que la condesa estaba muy lejos del sitio en que tenía lugar el banquete; la mesa, cubierta de una rica vajilla de plata, centelleaba á la luz de muchas bujías, colocadas en candelabros de oro, haciendo brillar el cristal de roca y los vasos del Japón, que contenían enormes ramilletes de flores, á pesar del excesivo frío de la estación.

Era el último servicio el que, en el momento de penetrar mis lectores en el comedor, cubría la mesa; nueve eran los convidados, y cada uno tenía detrás un criado, vestido de rigurosa etiqueta y con la servilleta en el brazo; cuatro criados más daban vueltas sin cesar, llenando las copas de diferentes vinos.

La animación había llegado á su último grado; cuatro de los comensales eran casados; los otros cinco solteros.

Algunos se habían visto en aquella comida por la vez primera, pues entre ellos había artistas y militares, aunque puede asegurarse que todos eran *notabilidades ó eminencias*.

En cuanto al traje de cada uno, había reinado la más completa libertad: había quien se había entregado á todos los caprichos de su imaginación y quien estaba vestido con la más extrema sencillez.

Prolijo sería describir á todos los convidados, y no es mi ánimo tampoco darlos á conocer á mis lectores en su totalidad; así, pues, me limitaré á hablarles de los más dignos de llamar la atención.

Ocupaba la cabecera el príncipe de Cellemare, gran señor toscano que se hallaba en Madrid por casualidad, pues estaba viajando por toda España; no pasaba de los veintiséis años, y unía á una gran belleza un carácter alegre y dulce á la vez y una instrucción variada y profunda.

Rieo además, de una manera regia, era magnífico en todo; vestía un traje negro, y su tez, trigueña y pálida, estaba animada por la azulada blancura de su corbata.

Eran sus facciones dulces y varoniles á la vez; sus espléndidos ojos negros parecían haber robado su fuego al sol de Italia; espesos bucles de cabellos, negros como el ébano, guarnecían su frente, cortada enérgicamente por dos cejas ater-

ciopeladas y suaves; sus labios de púrpura hacían resaltar el nácar bruñido de sus dientes, y sus manos, afiladas y blancas, eran de una belleza soberana.

Ocupaba su derecha el marqués de la Oliva, joven rubio, de figura delicada y nerviosa, y que no pasaba de los veinticuatro años.

Este estaba vestido con un gusto exquisito y muy adecuado á su figura: su pantalon, de *satén* gris perla, caía sobre un zapato de charol muy bajo, que dejaba ver una rica media de seda cañada; un chaleco de terciopelo pardo, con dibujo rayado en carmesi y cerrado con botones de rubíes, se escotaba sobre una camisa bordada de una riqueza y prolijidad maravillosas, cerrada en el pecho por tres diamantes; su corbata blanca hacía resaltar el blanco mate de sus mejillas y el azul subido de sus ojos, guarnecidos de largas pestañas de seda oscura y afelpada.

El marqués de la Oliva era tan hermoso como el príncipe, aunque su belleza tenía un carácter mucho más delicado; gruesos bucles de cabellos castaños claros se agrupaban en sus sienes de una pureza y blancura encantadoras; asemejábase su boca á una rosa á medio abrir, y su largo y sedoso bigote rubio se ensortijaba en sus pálidas mejillas con una gracia exquisita.

Las manos y los pies del marqués eran de una

rara perfección; su voz encantaba el oído; su mirada hacía ver un mundo de sensibilidad; su sonrisa había robado muchos corazones que habían pasado por inexpugnables.

No obstante, examinando con cuidado á aquel joven se advertía en toda su fisonomía cierta expresión de astucia refinada, de desconfianza y de falsedad; su mirada, muchas veces oblicua, no era franca jamás; en las más fútiles disputas con sus amigos, se le veía sonreír amablemente, al mismo tiempo que sus blancas y afiladas manos se crispaban por una contracción nerviosa y contenida.

Pero todas estas señales, de un carácter rencoroso y falso, podía conocerlas únicamente un observador muy diestro, y, sobre todo, muy imparcial, cosa difícil tratándose del marqués de la Oliva, pues tenía el arte envidiable de cautivarse todas las voluntades.

En el momento en que le doy á conocer á mis lectores, hablaba el marqués alegremente con su vecino de la derecha, pues el de la izquierda era el príncipe de Cellemare.

Era aquél un joven de veinticinco años, de estatura mediana, aire grave y melancólico y cabellos negros: sus ojos, de una graciosa magnitud, estaban rodeados de un ancho círculo oscuro vetado de azul, signo seguro de una enfermedad moral ó de graves dolencias físicas; sus

facciones eran delicadas, acaso con exceso; sus cabellos se rizaban naturalmente en gruesos y lustrosos anillos; su boca era pequeña y triste y su frente ancha é inteligente, aunque llevando ya la huella indeleble de borrascosas pasiones.

Este joven, hijo segundo de uno de esos títulos de provincia que conservan aún muchas de las prerrogativas de los señores feudales, llevaba impreso en todas sus facciones un carácter de orgullo y de desdén imposible de describir.

Seguía en Madrid la carrera del foro; gastaba sin tasa, pues su opulento padre adoraba en él y se le conocía sólo entre sus amigos por su nombre de pila, y el primero de sus numerosos y nobilísimos apellidos.

Llamábase Fernando de Silva.

Los demás convidados, exceptuando el conde, dueño de la casa, se reducían á dos militares de alta graduación, aunque vestidos sencillamente de paisano; á un secretario de embajada, joven simpático y agradable, y á dos pintores de gran talento y reputación, modelos uno de belleza artística y otro de artísticas originalidades.

Ya he dicho que el conde no pasaba de los treinta y dos años; su elevada estatura era flexible y llena de gracia; su rostro hermoso, apasionado y respirando siempre felicidad y animación, estaba rodeado de hermosos cabellos castaños; sus ojos oscuros brillaban de alegría, de

malicia, y se advertía en ellos ese talento cáustico y atrevido que tan difícilmente se hermana con una buena y esmerada educación; vestía con suma sencillez, pero con exquisito gusto.

Su rico pantalón negro caía sobre una elegante media de seda negra calada, que hacía una armonía perfecta con sus zapatos muy bajos, de charol, adornados con diminutas hebillas de oro mate.

Su frac estaba abrochado en el pecho y dejaba ver una sencilla corbata blanca, la parte inferior de un chaleco de piqué enteramente liso y la pechera de una exquisita camisa rizada á la inglesa é igual á los puños que, sujetos con botones de oro y semejantes á una ola de espumosa batista, rodeaban sus manos, de una blancura deslumbradora y de una hermosura perfecta.

En suma, los nueve hombres sentados en torno de aquella mesa presentaban de lleno los tipos más acabados de belleza, de gracia y de distinción, de esa distinción mesurada y noble que los franceses creen de su exclusiva propiedad y que se encuentra más perfecta, más digna y más completa en España.

El conde hacía los honores de su mesa, si bien con aquella franqueza que debe reinar en una comida de hombres solos, con la mayor gracia y amabilidad, y observando, no las reglas establecidas por la costumbre, sino siguiendo las inspi-

raciones de su buen gusto y de su carácter amable y vivo á la par.

Apoderándose de una cuchara de oro él mismo sirvió las gelatinas, con la desenvoltura y destreza más extremadas; ordenó á los criados que llenasen las copas con vino de Chipre, y en seguida les despidió, encargándoles que preparasen el café en su sala de fumar.

II

La ramilletera.

No bien hubieron salido los criados, la animación se aumentó en la mesa y la conversación se hizo mucho más íntima y cordial.

—A fe mía—dijo el príncipe de Cellemare con su sonoro acento italiano—que este último servicio de su mesa de usted, conde, ha de ser testigo de grandes confidencias.

El marqués de la Oliva frunció sus bellas cejas al oír la palabra confidencias; sin embargo, sonrió graciosamente y repuso:

—En efecto, señores, nada hay más á propósito para excitar la confianza que la vista del último servicio en una comida de buenos amigos; se reservan para este caso los vinos más espirituosos, los criados se retiran y los labios dejan esca-

par, sin quererlo ó sin saberlo siquiera, las penas y las alegrías.

—¡Penas! ¿Quién de ustedes, señores, tiene penas?—exclamó alegremente uno de los dos hijos de Marte.

—¿Quién será tan dichoso que le falten?—preguntó á su vez el hermoso pintor con una mirada melancólica.

—Yo soy ese dichoso mortal, Alfredo—repuso el joven coronel, dejando ruidosamente sobre la mesa su copa vacía;—no sé lo que es el dolor; perdí á mis padres estando aún en la cuna; mi tutor, á quien no amaba, me puso en un colegio desde el día en que cumplí cinco años, y luego pasé al militar, de donde salí muy contento con mi charretera; pronto tuve dos; como no necesitaba medrar, porque era muy rico, me ascendieron, pues ya se sabe que la fortuna busca á la fortuna; mis pergaminos me han valido bastante en mi carrera, y aquí me tienen ustedes, a los veintiocho años, coronel y libre como el aire.

—Pero, amigo mío—dijo el conde—la modestia de usted es tan grande como bello y jovial su carácter: ¿por qué atribuye usted á su cuna los adelantos en su carrera? ¿Se ha olvidado ya del brazo que le rompieron en una acción tan reñida como peligrosa?

—Ni un instante me dolió mi herida, conde; y aun puedo asegurar á usted que me pareció de-

liciosa cuando me dieron esta magnífica placa de diamantes; todos los que poseo de mi madre me parecen menos bellos que éstos.

Y el joven, al decir estas palabras, mostró con orgullo la gran placa de Carlos III que llevaba junto á su corazón.

—¿Y ese balazo que tiene usted en el pecho?

—Me sirvió para conquistar dos hermosos galones de oro cuando aun contaba muy pocos años.

—Veo, Eduardo, que con ese carácter habrá sido siempre dichoso—dijo el joven diplomático;—tiene usted razón: el que se empeña en ver la vida negra, negra la verá siempre, á pesar de todo; y el que quiera verla rosada, halla pocas nubes en el horizonte de la suya.

—Usted ha dicho *pocas*, pero no ha dicho ninguna, amigo mío—repuso el príncipe.

—En efecto, ¿quién ve el cielo de su existencia sin ninguna sombra? El carácter podrá amenazar lo sombrío de las nubes y la imaginación influye no poco para disiparlas con los matices de las ilusiones; pero no logrará correr los eternos nublados del alma para que luzca en todo su esplendor el sol de la dicha. Nuestro amigo Eduardo debe haber sufrido contrariedades también, por más que él se empeñe en negarlo ó que ya las haya olvidado.

—¿Contrariedades yo? ¡Jamás!—contestó el

coronel, quedándose pensativo y recapacitando, al parecer; pero un instante después alzó la frente, sacudió sus hermosos cabellos con una expresión enérgica de orgullosa alegría, y repitió:

—Lo aseguro, señores, siempre he sido feliz.

—¿También en asuntos de amor?—preguntaron á un tiempo dos ó tres de los convidados.

—Respecto al amor, amigos míos, aunque creo que no le conozco bien y no soy capaz de una jactancia necia, sin embargo, diré á ustedes que ninguna mujer ha despreciado hasta hoy mis homenajes.

—¿Ninguna? Piénselo usted bien—dijo el otro militar amenazando á su amigo con el dedo.

Este reflexionó de nuevo y exclamó:

—Ninguna.

—Pocos habrá entre nosotros que puedan decir otro tanto—observó el marqués de la Oliva con tono un poco burlón.

—Yo considero á usted con sobrado mérito, marqués, para que se cuente en el número de los desgraciados en amor—dijo el coronel con una política perfectamente fina, pero al través de la cual se descubría mucha entereza.

—Pues se engaña usted—repuso el marqués;—hay pocos con tan mala suerte como yo.

—Será usted muy ambicioso.

—No lo crea usted; podía convencerle de lo contrario si le contase cierta aventura.

—¡Que la cuentel—gritaron en coro todos los convidados.

—Allá va, pues; aunque les advierto que hago en ella un papel poco agradable.

—Vamos, vamos, nada de exordios; ¡la aventura!

—Empiezo: ¿conocen ustedes la calle de San Bernardino?

—Yo no.

—Yo tampoco.

—Ni yo.

—Me lo figuraba; es una calle por la cual no habrán pasado en su vida, y que está casi en las afueras de Madrid.

—¡Ah!... sí, junto á la plazuela de Aflijidos.

—¡Al grano, al grano!

—Hace ocho días estaba yo sentado junto á la puerta del café de Levante que, como ustedes saben, está situado en la calle de Alcalá; acababa de almorzar, y la agradable temperatura que reinaba en el café, comparada con el intenso frío que se sentía en la calle, me habia hecho caer en ese *dolce far niente* que precede al sueño.

De repente, la aguda voz de una ramillera me sacó de mi letargo, gritando con su agudo tiple:

—¡Ramitos de camelias, qué bonitos!

—¡Y luego dirán—interrumpió con ironía el joven jurisconsulto—que en Madrid no hay flores!

Al oír la voz del abogado, de timbre sonoro y metálico, aunque velado un tanto, todos los convidados alzaron la cabeza como sorprendidos.

Era que aquella voz no se parecía á las demás; cualquiera diría que venía de una larga distancia, á la manera de esos ecos melodiosos, si bien apagados, que nos sorprenden en el campo, y que pudieran llamarse la voz de la naturaleza.

La voz del joven jurisconsulto tenía el poder de conmover y cautivar siempre.

—En Madrid hay flores todo el año—contestó el narrador;—las lindas ramilleteras las compran en las estufas ó invernaderos, y forman con ellas bonitos y frescos ramilletes, que venden después á muy subido precio en las puertas de los teatros.

Nada más gracioso que el contraste que ofrecen en este tiempo las calles cubiertas de helada nieve con esas hermosas muchachas de ojos negros y espesas trenzas de azabache que se sitúan al pie de la escalera de los teatros con su canastillo de ramos, orlados de papel calado y fino como un encaje.

Yo alargué la cabeza para mirar á la ramilletera de que hablo: era una de esas lindas muchachas que parecen criadas entre las flores, y que, como ellas, tienen tanta gracia y frescura; llevaba un traje de lana de colores vivos y bastante corto, un pañuelo de merino blanco con grandes

ramos, que hacía resaltar el brillo de sus grandes ojos negros y el sonrosado de sus redondas mejillas, y un delantalillo de seda azul.

Su blanca y redonda garganta estaba ceñida de corales, y sostenía en las manos un lindo canastillo de mimbres finos y blancos lleno de ramilletes.

—Niña, te los compro todos—dije á aquella hermosa muchacha, que no parecía pasar de los diez y ocho años.

—Que aproveche, caballero—contestó con un mohín lleno de esa gracia picante propia sólo de las hijas de Madrid.

—¿No quieres vendérmelos?

—¡Ay, señor, está demasiado flaco para que pueda tener el dinero que valen mis flores!

Y se puso á gritar en seguida:

—¡Ramitos de camelias, qué re... bonitos!

Iba á hablar de nuevo á la ramilletera, cuando vi pararse delante de ella á otra joven que embargó toda mi atención.

Jamás había yo visto, ni espero volver á ver, una tan divina aparición.

Su estatura, que no pasaba de mediana, podía tacharse quizá de demasiado esbelta; el óvalo prolongado de su rostro estaba coronado por una graciosa frente, que parecía como oprimida entre dos espesas y apretadas fajas de cabellos rubios.

Sombreados por dos cajas de color de castaña y de una finura admirable, brillaban sus grandes y rasgados ojos color de pizarra; su boca rosada y sonriente, su linda nariz y su barba, terminada por un precioso hoyuelo, acababan de dar á su fisonomía toda la pureza y expresión de una virgen de la escuela flamenca.

Su traje, más que modesto, era pobre; á pesar del riguroso frío que hacía llevaba un vestido muy usado de lanilla oscura y un pañuelo chal de infimo precio; su cabeza de ángel, guarnecida de espesas trenzas, ostentaba toda su hermosura á través de un humilde velo de tul.

No obstante, su cuello y sus mangas, lisas y de puño vuelto, eran de una blancura deslumbradora; sus diminutas manos estaban encerradas en unos guanteitos de color gris en muy buen uso todavía, y su largo traje no impedía del todo ver la tercera parte de un pie, calzado esmeradamente con una botita de satén negro.

Cuando se detuvo delante de la vendedora de flores, sus hermosos ojos pintaron toda la alegría propia de sus diez y siete años.

Cerca de ella se había parado también una niña como de catorce, contrahecha y humildemente vestida, que la acompañaba.

—¿Cuánto pide por este ramo?—preguntó la joven tomando el más bonito que había en la canastilla de la ramilletera, y dirigiéndose á ésta.

—Cuarenta reales—contestó la vendedora, mirando con desdén el pobre traje de la joven.

Esta bajó la cabeza con una mezcla de rubor y de tristeza, dejó el ramillete en la canastilla y separóse algunos pasos.

—¿Viene usted á divertirse manoseando flores que no ha de comprar?—gritó la ramilletera con desvergüenza.

—Son demasiado caras para mí—contestó la joven, cuyas blancas mejillas se vistieron de un color de rosa muy vivo.

—¿Y no puede ofrecer nada? ¡Vaya con la señorita vergonzante, que se enamora de las camelias en Enero!

—¡Son tan hermosas!...—murmuró la joven sin perder nada de su dulce moderación—¡son tan bellas que me cautivaron!... Pero, perdóname usted... no tengo dinero para comprarlas.

Dos gruesas lágrimas brotaron de sus ojos al pronunciar estas palabras.

En cuanto á la ramilletera la miró con mucha admiración, y luego, endulzando su voz, dijo á la joven, con esa nobleza que tantas veces se encuentra en el pueblo y que es innata en él:

—Vaya que yo también tengo un geniázo... ya lo dice mi Curro, y buenos moquetes me da por él; genio y figura hasta la sepultura; en fin ¿cuánto ofrece usted por las camelias?

—Todo cuanto tengo... diez reales.

—¡Por Dios, señorita, ese es todo el dinero que nos han dado en la tienda!—dijo la muchachuela jorobada acercándose á la joven.

—Eso es demasiado poco—repuso la ramilletera volviendo á su mal humor.

—No tengo más... y deseo me perdone usted por haberla entretenido tanto rato.

Al decir estas palabras, la joven volvió á llevar el pañuelo á los ojos para enjugar una lágrima rebelde, y echó á andar.

La ramilletera la siguió con la vista; mas apenas había dado veinte pasos echó á correr en pos de ella; yo la seguí también, y vi que alcanzó á la jorobadita, que iba detrás de la joven, y la tocó en el hombro.

—Escucha—le dijo, haciéndola detener.

—No puedo, porque mi señorita va sola delante.

—Únicamente es para preguntarte una cosa: ¿cómo se llama esa señorita?

—María de la Gloria.

—La gloria tiene ella en su cara. ¿Y dónde vive?

—En la calle de San Bernardino, núm. 3. Pero ¿á qué viene...?

—No te importa: toma esos dos reales por haber contestado á mis dos preguntas, y corre á alcanzar á tu señorita.

La muchachuela, llena de alegría, echó á co-

rrer para alcanzar á su joven ama, mas no sin dar á conocer antes en el aire con que guardó los dos reales que esta era la mayor cantidad que había poseído en su vida.

La ramilletera, al volver á su sitio, tenía que pasar por mi lado; detúvela por un brazo y le dije:

—Espérame aquí una hora y no vendas el ramillete que tanto ha gustado á esa joven, pues me le quedo yo.

Y sin esperar su respuesta, me puse en seguimiento de la hermosa niña.

Mas en vano, no la encontré: entonces me dirigí á la calle de San Bernardino.

La casa señalada con el núm. 3 tenía una apariencia humildísima; la puerta, que era en extremo reducida, estaba cerrada, y sobre ella se veían dos balconcitos de madera, con vidrios pequeños y emplomados.

El uno estaba cerrado, el otro tenía una de las hojas abiertas, y me pareció descubrir hacia el interior la sombra de una mujer; pero como no había portera en la casa á quien sondear, me contenté con mirar durante media hora los balcones y me fui desesperado en busca de la ramilletera, que acabó de arreglar mi mal humor.

—¿Pues cómo?...

—Porque se había marchado.

—¿Y no ha vuelto usted á...?—preguntó Fer-

nando de Silva, mirando profundamente al marqués.

—¿Cómo no? ¿Por quién me toma usted?—exclamó éste con arrogancia.

—Le tomo por un... novicio en casos de amor—respondió el joven abogado, haciendo en sus palabras una insultante y significativa detención.

El marqués se mordió los labios, finos y sonrosados como los de una mujer, hasta hacerse saltar sangre.

—Yo estoy cierto—dijo el hermoso pintor tratando de contener la ira que radiaba en los ojos del marqués—de que nuestro amigo ha vuelto todos los días...

—Y yo—añadió el coronel.

—Dejemos ya esa cuestión, señores, y hablemos de otra cosa—dijo el joven diplomático.

¿Quién de ustedes ha sido presentado á la bailarina francesa que acaba de llegar?

—Yo—dijo el pintor extravagante.

—Y yo—añadió Cellemare.

—¿Y qué les parece?

—Regular; tiene lo que todas las francesas; buena tez, ojos grandes, pero sin viveza ni expresión, pies mayúsculos y carnosos y enormes manos.

—A mí me parece encantadora—observó el conde.

—¡Cómo! ¿La ha visto usted, conde?—exclamó Silva.

—Sí, querido; ¿qué le admira en esto?

—Es que, á la verdad, es de admirar que vaya usted á ver bailarinas teniendo la dicha de ser esposo de Clotilde de Guzmán.

—¡Bah! De cierto que usted la ha visto también.

—No lo negaré.

—Entonces, ¿por qué se admira de que yo haya querido ser presentado á mademoiselle Pomerine? Creo que también es usted casado...

—Me vence usted con ese argumento—dijo á media voz Fernando de Silva, apoyando la mejilla en su diestra y sonriendo con alguna amargura.

—¡Cómo! ¿Es casado Silva?—preguntaron admirados el príncipe de Cellemare y el coronel.

—Casado, señores—repitió el abogado, decidido ya á arrostrar la tempestad:—casado, como creo que lo son también estos dos señores.

Fernando señaló, al decir estas palabras, al otro militar compañero del coronel y al joven diplomático.

—¡Ja, ja, ja!—exclamó el marqués.—¿Conque son ustedes cuatro en la cofradía? ¿Qué reservado lo tenían!

—¿Hay alguno que se jacte sin necesidad de pertenecer al santo estado?—preguntó el con-

de D... con aquella sonrisa, rara mezcla de malicia y de sensibilidad que le era habitual.

—Usted solo podía ser el que se vanagloriase de esto—dijo el diplomático mirando rencorosamente al abogado, que había descubierto lo que él creía ignorado.

—¡Ea, señores, á tomar el café!—gritó el conde al ver el mal aspecto que tomaba la discusión.

Levantóse, se asió del brazo de Fernando y, siguiéndoles todos, pasaron á otras habitaciones.

III

La sala de fumar.

La estancia brillantemente iluminada en que se hallaba preparado el café para los convidados era una verdadera maravilla de lujo refinado y de voluptuosa comodidad.

Las paredes estaban vestidas de tela de seda carmesí con ligeros dibujos de un carmesí más subido, armonizando perfectamente con la alfombra, que era de los mismos colores y de un grueso tejido.

Sobre la tapicería había una preciosa estantería de palosanto, cerrada con cristales, y colocados simétricamente en las diversas separaciones de que constaba se veían, en grandes bandejas de plata mate, todas las clases de tabaco co-

nocidas, desde el perfumado habano hasta los gruesos tronchos de hoja negra.

Las bandejas tenían en el centro las armas del conde en plata abrigantada.

El espacio que quedaba desde la estantería hasta el techo de la habitación estaba lleno de armas de todas clases, de todas formas y de todas naciones.

En el centro y en una mesa redonda y cubierta con un tapete de terciopelo carmesí, en cuyo centro estaban bordadas con seda las armas del conde, se veía un candelabro de filigrana de oro cargado de bujías, y en algunas bandejillas, de oro también y de diminuto tamaño, había mechas de papel perfumado.

Una sola ventana había en el aposento, y el lienzo de pared en que se abría estaba ocupado por una inmensa cantidad de pipas de diferentes clases y tamaños.

En la gran mesa del centro estaba dispuesto el servicio del café, de plata mate; el aromado Moka hervía en magníficas cafeteras de plata, en cuyo centro serpenteaban las azuladas llamas del espíritu de vino.

Cuatro lacayitos, con libreas galoneadas y rizados cabellos, estaban en pie esperando á los convidados para servir el café.

No bien éstos ocuparon sus asientos, empezó á humear el líquido en las tazas, y prepararon las

de D... con aquella sonrisa, rara mezcla de malicia y de sensibilidad que le era habitual.

—Usted solo podía ser el que se vanagloriase de esto—dijo el diplomático mirando rencorosamente al abogado, que había descubierto lo que él creía ignorado.

—¡Ea, señores, a tomar el café!—gritó el conde al ver el mal aspecto que tomaba la discusión.

Levantóse, se asió del brazo de Fernando y, siguiéndoles todos, pasaron á otras habitaciones.

III

La sala de fumar.

La estancia brillantemente iluminada en que se hallaba preparado el café para los convidados era una verdadera maravilla de lujo refinado y de voluptuosa comodidad.

Las paredes estaban vestidas de tela de seda carmesí con ligeros dibujos de un carmesí más subido, armonizando perfectamente con la alfombra, que era de los mismos colores y de un grueso tejido.

Sobre la tapicería había una preciosa estantería de palosanto, cerrada con cristales, y colocados simétricamente en las diversas separaciones de que constaba se veían, en grandes bandejas de plata mate, todas las clases de tabaco co-

nocidas, desde el perfumado habano hasta los gruesos tronchos de hoja negra.

Las bandejas tenían en el centro las armas del conde en plata abriantada.

El espacio que quedaba desde la estantería hasta el techo de la habitación estaba lleno de armas de todas clases, de todas formas y de todas naciones.

En el centro y en una mesa redonda y cubierta con un tapete de terciopelo carmesí, en cuyo centro estaban bordadas con seda las armas del conde, se veía un candelabro de filigrana de oro cargado de bujías, y en algunas bandejillas, de oro también y de diminuto tamaño, había mechas de papel perfumado.

Una sola ventana había en el aposento, y el lienzo de pared en que se abría estaba ocupado por una inmensa cantidad de pipas de diferentes clases y tamaños.

En la gran mesa del centro estaba dispuesto el servicio del café, de plata mate; el aromado Moka hervía en magníficas cafeteras de plata, en cuyo centro serpenteaban las azuladas llamas del espíritu de vino.

Cuatro lacayitos, con libreas galoneadas y rizados cabellos, estaban en pie esperando á los convidados para servir el café.

No bien éstos ocuparon sus asientos, empezó á humear el líquido en las tazas, y prepararon las

pipas para los que las pidieron con preferencia á los habanos.

En seguida, uno de aquellos cuatro diminutos servidores encendió el candelabro con una agilidad extraordinaria, y se retiró discretamente con sus compañeros hacia la ventana.

—Es usted, en verdad, bien dichoso, conde;—dijo el jovial coronel dirigiéndose al dueño de la casa;—tiene usted una casa *comfortable*, una bella figura, y puede hacer la vida que corresponde á su clase, lo cual nunca me ha permitido mi carrera militar.

—Pues todavía no conocen ustedes, señores, hasta qué extremo es feliz el conde—dijo uno de los pintores;—aun no saben que su esposa es un ángel de hermosura y de virtud, y que es padre de dos hermosísimas criaturas.

—No es usted sincero ahora, querido—repuso el conde con aquella gracia vivaz que le era tan natural;—usted es enemigo encarnizado del matrimonio.

—¿Y por qué lo es, amigo mío?—exclamó el coronel.—Por lo que yo lo soy también; porque sólo he visto, exceptuando el de usted, matrimonios infelices, casi siempre por la mala educación ó por la falta de tacto y de sensibilidad de las mujeres; porque conozco muchos pobres maridos que en vez de hallar en su casa un puerto de paz hallan en ella el teatro de una espantosa

guerra; porque las mujeres, en mi concepto, son el azote, el verdugo del hombre.

—¡Es posible, caballero, que hable usted así!—exclamó con indignación el noble y entusiasta príncipe de Cellemare.

—¿Y por qué no, caballero? Aquí no hay ninguna mujer que nos oiga, y puedo decir lo que siento sin faltar á las leyes de la galantería.

—Mas el que de ese modo habla de las mujeres se expone á que crea quien le escucha que jamás ha sabido hacerse amar de ellas.

—La opinión de usted, príncipe, en esta ocasión, es la de un hombre digno y sensato—dijo el conde;—los que como usted han visto hoy por primera vez á Eduardo, creerán que es muy poco afortunado con las mujeres, y que sus ideas son el resultado de un mezquino espíritu de venganza; y, sin embargo, yo, que le conozco desde hace algún tiempo, sé, aun sin haberle tratado con grande intimidad, que su carácter es tan noble como caballeroso é incapaz de denigrar á la parte más bella del género humano, y que esta hermosa mitad de nosotros mismos le ha tratado siempre con sobrada indulgencia.

—Tengo un placer en creer á usted, conde—dijo Cellemare, y su opinión con respecto á este caballero me hace mucho bien;—lo confieso, señores, prosiguió el príncipe, alzando la frente con dulce altivez: á pesar de mis veintiséis años,

conservo todas las ilusiones de mis diez y siete abriles.

—¡Feliz usted!—murmuró, suspirando, el coronel.

—¿Por qué dice usted eso?—exclamó el conde con calor.—¿A qué viene el manifestarse cruel y positivista cuando no lo es? ¿No le ha sonreído á usted siempre la fortuna? La sensibilidad de usted está intacta, y, por decirlo así, conserva aún toda su frescura, puesto que ha sufrido muy poco; quizá jamás ha amado usted, y lo que juzga hastío del corazón es que el corazón no ha despertado todavía.

—Mucho tarda, pues, en hacerlo, porque tengo ya veintiocho años!

—¿Y quién le ha dicho—continuó el conde—que el corazón tiene una época fija para despertar? ¡Hombres conozeo cuyo corazón está ya helado por la nieve de los años y que todavía no ha llegado á sentir! ¡Muchos hay que se hacen la ilusión de amar, porque lo desean así, y no aman aunque se obstinan en creerlo... y no falta quien baja al sepulcro sin haber conocido el primer amor, aunque muera agobiado de vejez, y por más que haya consumido tres partes de su vida en aventuras licenciosas y en frívolos galanteos!

—Pero entonces, señores, ¿cómo puede conocerse el amor? ¿Cómo se distingue de la apariencia la realidad de su existencia?

—¿Qué ha sentido usted cuando ha creído estar enamorado?

—Un extremo desasosiego y un constante mal-estar.

—¿Siempre?

—Siempre, sí.

—¡Nunca ha amado usted, pues!—exclamó el príncipe con su entusiasmo habitual.

—¿Lo cree usted así?

—¡Estoy seguro de ello: el verdadero amor no hace sufrir! Derrama, por el contrario, una dulce y completa tranquilidad en el alma y hace ver la existencia de un modo que no se había visto antes de sentirlo: ¡el mundo se ensancha ante nuestros ojos y toda la naturaleza se embellece!

—Bien se conoce, caballero, que es usted de un país donde todo es poesía—dijo el joven abogado, que desde la cuestión matrimonial había guardado un obstinado silencio.

—Yo llevo la poesía en el alma, amigo mío—repuso Collemare; y luego, clavando la profunda mirada de sus brillantes y hermosos ojos en Fernando, añadió:

—Y usted también; usted, por más que intente negarlo, lleva en su alma la bellísima y encantadora flor que llaman poesía, y cuyo aroma embalsama la senda de la vida.

—Está usted equivocado, príncipe—dijo rien-

do el conde;—el pobre Fernando halla el mundo muy amargo.

A pesar de la irónica sonrisa con que el conde acompañó estas palabras, el príncipe de Cellmare miró á Fernando con marcado interés y con cierta tristeza, que difundió por todo su semblante como una nube de profundo y tiernísimo sentimiento.

—¡Desgraciado!—murmuró en voz baja:—¿será posible que á su edad halle ya amarga la vida?

—Yo proclamo á usted, príncipe, por el hombre más feliz de la tierra—gritó el coronel, usando ya aquella familiaridad que es inevitable entre dos personas de relevantes cualidades desde la primera vez que se ven;—sí, añadió, lo creo á usted aun más feliz que el conde, porque tiene todas las ilusiones de un niño y toda la libertad de un hombre, en tanto que él está asediado por los cuidados de la familia.

—¡Feliz el que tiene esos dulces cuidados!—dijo el príncipe.—¡Felices los que tienen esposa é hijos! ¡Yo, desde que perdí á mi madre, estoy siempre triste y me veo solo en la tierra!

—¿Por qué no se casa usted?—preguntó uno de los pintores.—Su carácter me parece formado únicamente para las dulces afecciones de la familia.

—Tiene usted razón, caballero—contestó el

príncipe;—pero ha sólo un año que perdí á mi madre y he estado diez meses encerrado en mi palacio de Verona, ocupado únicamente en llorar tan irreparable pérdida; dos hace que viajo anhelando distraerme de un dolor que había llegado á alterar profundamente mi salud; durante la vida de aquella santa mujer su cuidado me rodeaba de tanta ternura, que mi corazón estaba satisfecho y nada más pedía á Dios sino que me la conservase.

—Mas usted debe conocer el amor cuando tan divinamente le pinta—dijo el diplomático.

—No he hecho más que adivinarle—repuso el príncipe—porque las almas buenas le presienten aunque estén rodeadas de otros afectos más tranquilos; pero desde que me falta la ternura de mi madre lo ansío.

—Luego ¿será posible que elija usted esposa en nuestro suelo?—preguntó el conde sonriendo.

—¿Y por qué no?—contestó el príncipe.—Las verdaderas mujeres sólo se hallan en esta hermosa España; en Francia, en Inglaterra, en Alemania son más instruidas, pero la educación que reciben tiene algo de masculino; en España, las mujeres son todas corazón, y su única ciencia se cifra en saber ser buenas esposas y buenas madres.

—¿En qué consiste, pues—repuso el coronel—que yo sólo he encontrado esposas infieles é hijas

desobedientes á sus padres, y esto por el menor de mis caprichos? Yo, príncipe, únicamente hallo amor en la mujer, pero nunca he encontrado en ella ni la prudente reserva, que es el aliciente y el sostén del amor, ni la suave modestia que le mantiene dulce y puro como el alabastro á los perfumes; he hallado en ellas mucha pasión, mucho abandono, mucha confianza en mi amor; pero tales torrentes de ternura embriagan el corazón durante algún tiempo, y luego acaban por hastiarle: así yo me he hastiado de todas las mujeres en muy breve tiempo, y ni una sola he visto á la cual hubiera querido hacer dueña de mi mano y de mi corazón y deseado confiarle mi honra.

—¿Qué mujeres ha tratado usted, pues?—exclamó el conde, cuyas mejillas se encendieron con una generosa indignación.

—Yo, querido? De todas clases: desde la pobre bordadora que va á los almacenes, acompañada de su madre, á devolver la labor que ha concluido durante el día, hasta la encopetada duquesa que sale en su carruaje, tendida como en su lecho y abrigada con perfumadas pieles de Astracán; y cuente usted que, entre esos dos extremos, han figurado mujeres encantadoras de la clase media, de esa clase que tiene todos los delicados instintos de la elevada y todas las privaciones de la pobre, y cuyas mujeres suelen estar

dotadas, por lo mismo, de tanta resignación como nobleza y gracias.

—Yo sostengo, pues—gritó el conde levantándose iracundo de la mesa—yo sostengo que todas esas mujeres debían tener algún motivo excepcional para perder con usted esa dignidad innata en la mujer, y, sobre todo, en la mujer española. Yo sostengo que usted, con tanta doblez como poca nobleza, ha buscado desgraciadas cuya educación había sido muy fatal, mujeres maltratadas por sus padres ó por sus esposos ó jóvenes hambrientas y miserables.

—¡Conde!...—exclamó el coronel, levantándose también colérico y con los ojos brillantes.

—En todo caso, es una desgracia para Eduardo el no haber hallado una sola mujer digna—dijo el diplomático, anhelando calmar aquella cuestión que se hacía más seria que la de los matrimonios.

—Si no estuviese usted en mi casa, coronel—continuó el conde, en cuyo pecho rugía una sorda cólera—si no se hallase usted aquí y si no nos uniese hace siete años una íntima y cordial amistad, diría á usted que es indigno de un hombre que lleva espada el hablar así de las mujeres.

—De lo usted por dicho—repuso el coronel.

—No tal—exclamó el conde, sentándose otra vez y poniendo la mano sobre su pecho, como si quisiera sofocar la ira que hervía en él;—no lo

he dicho: lo que si digo es que las mujeres á quienes ha hecho creer que las amaba usted le han amado por su parte con demasiada pasión, y que es lástima que la resistencia de alguna de ellas no le haya enseñado á respetar al sexo en general.

—Y yo sostengo que en las mujeres no hay más que dos extremos: una feroz virtud, arisca, áspera y grosera, para conservar su posición social si, siendo casada, tiene un marido muy rico, ó si es soltera, para encontrar un esposo más rico que su padre, y un cinico abandono, una ternura empalagosa y monótona en su extremosa igualdad, un olvido completo de toda dignidad y de todos los deberes.

—¿Quién de ustedes, señores, es de la opinión del coronel?—preguntó el príncipe de Cellemare dirigiéndose á los convidados.—¿Quién duda de la virtud de la mujer, de su modestia y de la nobleza de su corazón?

—Yo—dijo el marqués de la Oliva.

—Y yo más que nadie—añadió Fernando.

—Sois tres fiscales contra seis defensores—dijo el príncipe, con una sonrisa dulce y melancólica á la par, y es causa ganada;—no obstante, y para llevarme yo solo la gloria del vencimiento, quiero hablar algo de mi madre, lo cual creo que bastará para convencer á ustedes.

—Por mi parte deseo mucho convencerme de

que la mujer es buena—dijo el joven abogado con aquella gravedad severa que le era tan habitual, y que formaba tan singular contraste con la delicadeza de sus facciones.

—Yo estoy cierto de que todos los razonamientos de ustedes no alcanzan á variar la opinión que tengo acerca de la mujer—observó el coronel.

—Eso será que la opinión de usted le es provechosa y quiere conservarla—dijo el conde.

—No lo niego—repuso aquél;—ella me exime de muchas atenciones con el sexo bello, y, sobre todo, me libra de hacer ningún sacrificio.

—Lo mismo digo—añadió el marqués.

—¿Tiene usted madre?—preguntó el príncipe dirigiéndose á éste.

—Murió al darme á luz.

—Entonces disculpo á usted, pobre joven, porque, lo mismo que el coronel, han carecido del afecto más puro y santo de la vida, de ese afecto que forma el corazón y le hace sensible.

Yo sí la he tenido hasta hace un año—continuó el príncipe;—perdí á mi padre á los seis años de mi edad, y durante los otros veinte que cuento de existencia mi madre ha sido la que ha rodeado mi vida de la solicitud más tierna.

Aquella santa madre empezó á hacerme respetar la virtud y la debilidad de la mujer, hablándome continuamente de la Virgen, ese dulce

amor de los italianos; bien pronto me apasioné yo de una hermosa Madonna, colocada en una galería de mi casa, y á sus pies pasaba orando con mi madre la última hora del día: luego colocaba yo, en un jarrón de alabastro que había á sus pies, un fresco ramo de rosas, encendía mi madre una lámpara de plata y nos íbamos, ella llorosa y enternecida y yo pensativo y silencioso.

Era que todas las tardes oía á mi madre orar á los pies de la Madonna por el eterno descanso del alma de su esposo recomendándole á aquella imagen, llena de una belleza celestial, y mi tierna inteligencia empezaba á comprender cuánto de dulce, benéfico y amoroso hay en ese débil sér que llamamos mujer.

Mi madre no quiso colocar entre ella y yo á una aya que la descansase en las tareas de mi educación; dotada de una instrucción variada y profunda, ella me enseñó á leer, á escribir, á dibujar, la música, la historia, la geografía, el español, el francés y el inglés; para las demás materias que se me enseñaban iban á casa los maestros y daba las lecciones á la vista y bajo la inspección de mi madre.

Ella me enseñó todas las fórmulas de la oración que usa la Iglesia católica y muchas otras que su corazón sensible y poético sabía inventar.

Ella era la compañera de todos mis juegos y

diversiones; sólo tenía treinta y seis años cuando yo contaba veinte, y era para mí la madre más tierna y previsora y la más indulgente y cariñosa hermana.

Cuando alguna leve dolencia me obligaba á acostarme temprano, mi madre colocaba delante de mi lecho su veladorcito de sándalo y nácar, ponía sobre él una lámpara de alabastro, y tomando un libro leía con voz dulce y reposada para distraerme.

No puedo expresar á ustedes el encanto que adquirían en su boca los versos de nuestros mejores poetas. El Dante y el Ariosto, leídos por mi madre, me han hecho pasar las horas más dulces y bellas que puede soñar la humana fantasía.

A las doce dejaba el libro, cruzaba las manos y me decía:

—Recemos, hijo mío, por el eterno descanso de tu padre, por los pobres naufragos, por los huérfanos y por todos los que sufren.

Nada he visto después más hermoso que un cuadro que ofrecía la princesa mi madre, de rodillas, vestida con su larga bata de muselina blanca y rezando lenta y suavemente con su voz dulce y sonora como el canto de una alondra; caían sus largos cabellos negros reunidos en dos hermosas trenzas por su espalda y su semblante radiaba una luz celestial.

Me abrazaba y se retiraba á su habitación.

De este modo pasé yo hasta los veinte años, sin deseos culpables, sin ambición y sin pasiones; sin embargo, yo vivía en el mundo de la inteligencia, pensaba, sentía, era feliz y derramaba en torno mio innumerables beneficios.

Mi primer amor á esta edad le obtuvo una de esas mujeres que son el oprobio de su sexo, y que, si no encadenó mi corazón, dominó al menos mis sentidos de un modo absoluto: aquella pasión grosera y material tuvo, no obstante, gran influencia en mi método de vida; jugué mucho y perdí enormemente; los banquetes, las orgías, las fiestas ocupaban todo mi tiempo, y durante tres años bajé rápidamente hasta lo último de esa pendiente espantosa, cima de tantos jóvenes, abismo de tantas esperanzas.

Mi madre no empleó conmigo ninguno de los medios que regularmente se usan en casos análogos; no me dirigió amargas reconvenciones ni reprensiones duras; calló, pero se hizo más piadosa y más retirada; cuando yo volvía al amanecer de mis escandalosas cenas y de mis prolongadas orgías, la hallaba en el salón bordando ó leyendo á la luz de su lámpara.

—¿Por qué no te has acostado, madre mía?—le decía abrazándola.

—¿Podría yo dormirte sin besar tu frente, Honorio?—me contestaba.

—¡Ah, madre mía, cuán culpable soy en abandonar tu lado!—le decía yo dominado por el remordimiento.

—Tú te encuentras mejor, sin duda, entre tus amigos que conmigo—contestaba abrazándome de nuevo; y sin darme tiempo para responderle, añadía:

—Vete á descansar, hijo mio; la felicidad de tu madre depende de que la ames siempre, mas su ternura no te faltará jamás aunque le niegues tu amor.

—Yo me separaba de ella acusándome de ingrato y jurando separarme de la fatal mujer que así me hacía faltar á todos mis deberes; mas al día siguiente volvía á encontrar á mis compañeros de desorden y todas mis buenas resoluciones venían á tierra.

De súbito cayó mi madre enferma; la melancolía de su soledad, sus largas noches de vela esperándome y el pesar de ver mi conducta minaron su salud, ya muy delicada, y se apoderó de ella una fiebre lenta y peligrosa.

Yo me situé á la cabecera de su lecho, que no abandoné hasta que el riesgo cesó por completo; mas al volver á buscar á la mujer a quien amaba hallé que me había sido infiel por un hombre que me era muy inferior.

Desde entonces volví á consagrarme á la princesa, pero en mi corazón no quedó amargura,

33869

UNIVERSIDAD DE LEÓN
BIBLIOTECA II^a
"ALFONSO X el Sabio"
Apto. 1625 MONTECARMEN, LEÓN

sino una profunda tristeza; no había conocido el verdadero amor, porque aquella mujer me dominaba sin que yo la estimase y sin que ella me profesase tampoco el afecto más leve.

Así, pues, comprendí que había en el mundo mujeres muy despreciables, pero tenía muy arraigada en mi alma la conciencia de la virtud de mi madre, de su nobleza, de su dulzura y de su valor, para dejar de venerar en ella a todas las mujeres que se le pareciesen.

Tres años hacía que había vuelto a su amor cuando la perdí; su muerte no fué violenta; durmióse en su lecho, joven aún, hermosa, sublime y dulce como siempre; sus grandes ojos negros quedaron entreabiertos y velados entre las rizadas franjas de sus pestañas; cruzaron sus manos de alabastro sobre su seno y le formaron un almohadón con sus bellísimas trenzas de ébano.

Luego la acostaron en el panteón de su familia y en el mismo sepulcro de mármol blanco en que descansaba mi padre, quedando encerrados con ella todos los restos de la alegría de mi juventud.

IV

Clotilde.

Calló el príncipe, y ninguno de los bulliciosos y despreocupados jóvenes que le rodeaban se atrevió á añadir una sola palabra á las últimas de su historia; tal poder tiene el sentimiento, que en algunos instantes se transmite á las almas más frías.

Las fisonomías de Fernando de Silva y del marqués de la Oliva permanecieron, durante toda la narración del príncipe, impasibles ó burlonas; mas al llegar á la última parte de ella la de Fernando se transformó un tanto, perdiendo algo de su tensión los músculos de su semblante.

Es verdad que aquella historia había sido contada con tanto sentimiento y elocuencia que no hubiera podido dejar de conmover al corazón más duro; por eso los rostros de todos los convidados expresaban una conmoción profunda ó un tierno interés.

Uno solo había conservado su sonrisa amable y la alegre expresión de su semblante; sin que su corazón se alterase en lo más mínimo; éste era el marqués de la Oliva, cuya alma, helada y egoísta, no podía conmoverse por nada, puesto

que lejos de recibir sensaciones se embotaban en ella como en una plancha de mármol.

—A la verdad, caballero, la pintura que ha hecho usted de su santa y hermosa madre me ha conmovido profundamente—dijo el coronel rompiendo el primero el silencio y presentando su mano al príncipe, que la estrechó cordialmente entre las suyas.—Si yo hallase una mujer parecida á la princesa de Cellemare aseguro á usted que me casaría al instante.

—Yo también me casaré el día en que encuentre una mujer parecida á mi buena madre—dijo el príncipe, llevando á sus ojos su pañuelo de azulada batista para enjugar una lágrima que no se había ruborizado de dejar asomar á sus hermosas pupilas.—Sí—continuó con fuego—sea noble ó plebeya, rica ó pobre, yo haré mi esposa á la mujer que posea las adorables cualidades de aquella santa. ¡Oh! ¡Si supieran ustedes con cuánto orgullo se recuerda siempre á una madre como la mía, y cuánto se sufre con la memoria de los dolores que se le han hecho padecer! El que ha debido el ser á una de esas mujeres ángeles honra y ama á las mujeres en general; mas para partir su destino, no puede contentarse con mediarías: ama un ideal, y si no encuentra su realización en la tierra vive solitario y muere joven y devorado de tristeza.

—Al oír á usted, príncipe, me parece escu-

char al desventurado Tasso;—dijo el diplomático contemplando con admiración á aquel hombre tan fuerte, de una belleza tan enérgica y apasionada y que se expresaba con tanto candor y sensibilidad.

—Yo me hago la ilusión de estar hablando con el gran poeta desde que tuve la dicha de ver aquí al príncipe—añadió el hermoso pintor;—jamás he encontrado un hombre más parecido á los retratos que nos han quedado del Cisne de Sorrento.

—¿De veras?—exclamaron con admiración algunos de los convidados.

—Nada es más cierto—contestó el pintor; y luego, dirigiéndose al príncipe, continuó:

—Si quiere usted honrar mi taller, caballero, antes de dejar á Madrid, le enseñaré un retrato del Tasso y se reconocerá usted en él.

—Muchas veces me lo han dicho—repuso Honorio con dulce gravedad;—mi madre, sobre todo, me repetía, abrazándome, que yo era el verdadero retrato del infeliz amante de Eleonora, y atribuía tan extraordinaria semejanza á lo mucho que había leído sus obras mientras me llevaba en su seno.

Honorio dijo estas palabras con la mayor sencillez y sin parecer envanecerse en lo más mínimo para su rara y exquisita belleza; luego, volviéndose al pintor, añadió alargándole la mano:

—No puedo expresar á usted, caballero, cuánto estimo la amable invitación que me hace de visitar su taller, lo cual verificaré con el mayor placer dentro de dos días.

Inclinóse el pintor, estrechando con una especie de ternura respetuosa la mano del príncipe, é iba á responder, cuando un criado anunció, abriendo la puerta de par en par:

—La señora condesa.

Los convidados se levantaron presurosos, volviéndose con curiosidad hacia la puerta, en cuyo umbral se había detenido la condesa un tanto confusa.

El conde se levantó y fué á darla el brazo, entrando con ella en la sala de fumar y cediéndola su sillón con la misma galantería que pudiera emplear el más rendido amante.

Entre tanto todos los convidados miraban á la condesa con la más viva admiración, mientras ella, ruborizada de verse allí, no se atrevía á levantar los ojos.

Me aprovecharé de su confusión para hacer de ella una ligera pintura.

Clotilde de Guzmán llegaba apenas á los veinte años y conservaba todo el tímido decoro de la primera juventud, á pesar de ser una de las damas más elegantes de Madrid.

Su estatura, algo más que mediana, era admirablemente proporcionada, flexible y llena de

gracia; su tez trigueña y un tanto pálida, estaba animada por dos hermosos y rasgados ojos oscuros, guarnecidos de largas pestañas negras y coronados por arqueadas cejas del mismo color.

Terminaba el gracioso óvalo de su rostro una hermosa frente, pura y tranquila como la de una niña, y la hacían más agradable una boca fresca y diminuta y una lindísima nariz.

Su traje y adorno realzaban su graciosa y dulce belleza de un modo admirable, indicando al mismo tiempo que iba á salir.

Llevaba un vestido de terciopelo color de cereza y un prendido de gasa blanca bordada de plata, que armonizaba divinamente con las espesas trenzas de sus cabellos castaños y con el leve sonrosado de sus mejillas.

Su traje, escotado lo bastante para que tuviese una forma elegantísima, pero no tanto que hiciese alarde de una inmodestia que degrada á la mujer, dejaba ver su hechicera garganta y sus hombros, blancos como el marfil bruñado.

Un lindo aderezo de rubíes y diamantes, guantes blancos que ocultaban la mitad de sus brazos encantadores y un ramillete de camelias y violetas que tenía en la mano completaban tan distinguido atavío.

—Yo te creía ya en el teatro, querida mía—dijo el conde para animar á su esposa.

—Espero á la duquesa—contestó la joven, alzando, en efecto, los ojos, y he querido verte para...

Interrumpióse la condesa al decir estas palabras. Había fijado la vista por casualidad en Fernando de Silva y quedó como fascinada, con la boca entreabierta y las mejillas pálidas.

—¡Fernando... aquí!—murmuró sin separar del joven sus extraviados ojos, y con voz tan ahogada que sólo su esposo, que se hallaba á su lado, pudo percibirla.

Todos los convidados quedaron absortos mirando á la condesa; luego signieron la dirección de su ansiosa mirada y fueron á fijar las suyas en Fernando de Silva, que permanecía impasible é irónico como siempre.

Descompusieronse de un modo horrible las facciones del conde, y su fisonomía, tan serena de ordinario, se revistió de una expresión feroz; mas por un esfuerzo sobrehumano é incomprendible logró serenarse, acercóse á su esposa y tomó sus manos.

—Dios mío, Clotilde!—exclamó con voz dulce;—tranquilízate... En efecto, la semejanza es tristemente peligrosa y no podía yo suponer que entrases aquí.

Luego, volviéndose á los convidados, y sin dejar de sostener á la condesa, que estaba casi inanimada, continuó señalando á Silva:

—Este caballero es la imagen viva de un hermano de mi esposa que se ahogó en un naufragio...

La condesa dejó escapar un grito lastimero y quedó rígida y privada de sentido en los brazos de su marido.

—Ya ha llegado la señora duquesa—dijo un criado apareciendo en el umbral de la sala.

—Dígale usted que la señora va al instante—repuso el conde con voz segura y reposada.

Luego, inclinándose hacia el oído de su esposa con muestras de la solicitud más tierna, le dijo con voz casi imperceptible, pero con acento tan enérgico que vibró hasta lo íntimo del corazón de la condesa.

—¡Tenga usted valor!... ¡Finja como yo, ó té malo usted todo de mí!

La desdichada abrió los ojos y clavó en su marido una mirada dulce y sumisa.

—La duquesa te espera, mi querida Clotilde—continuó el conde con cariño;—haz un esfuerzo; ve al teatro y esto te distraerá.

Levantóse la joven y movió los labios como si quisiera hablar, mas no produjeron ningún sonido.

—Sé lo que ibas á decirme; que vaya á buscarte al teatro para conducirte á la embajada inglesa, ¿no es así?—dijo el conde con dulzura;—está bien, no faltaré, dentro de una hora.

Nada respondió Clotilde; saludó en silencio á los convidados y salió con su esposo, que la acompañó hasta la puerta.

Luego volvió con sus amigos.

—Sabe usted, conde, que, como ha dicho muy bien el coronel, no conocía la mayor de vuestras dichas?—observó el príncipe.—La esposa de usted es un tesoro de belleza y de gracia.

—Y un modelo de virtud y de dulzura—añadió el diplomático;—tiene el alma más encantadora que he visto y el talento más natural y más sencillo por decirlo así. Además, como han oído ustedes antes, ha dado al conde dos hermosos niños gemelos para que nada falte á su felicidad.

—Es muy completa, en efecto—dijo el conde, cuya fisonomía parecía respirar una dicha tranquila.

—Le dejamos á usted, conde—dijo el coronel;—ha ofrecido usted á su esposa que irá al Circo dentro de una hora y ese tiempo lo necesita para vestirse.

—No lo crea usted, querido; la embajadora de Inglaterra, de quien mi mujer es íntima amiga, recibe de confianza.

—A pesar de todo no puede usted perder un minuto—repuso el príncipe—y yo soy el que primero va á dejar á usted.

Al decir estas palabras, estrechó la mano del

conde y salió después de saludar á los demás concurrentes y de reiterar al pintor la promesa de ir á visitar su taller dentro de dos días.

Todos los demás se despidieron en seguida del conde y salieron en pos de Cellemare.

No obstante, Fernando y el marqués de la Oliva quedaron los últimos, aunque por bien diferentes razones.

El marqués miró á Silva como diciéndole que le esperaba; mas éste le contestó con otra mirada llena de altivez.

—Sin embargo, el marqués permaneció inmóvil.

Entonces Fernando se aproximó al conde y le alargó la mano, que éste oprimió con violencia, clavando al mismo tiempo en el semblante de Silva una mirada llena de odio.

—Le comprendo á usted—dijo en voz baja para evitar ser oído del marqués;—mañana á las ocho de la noche espéreme usted aquí.

En aquel momento el marqués, que aparentaba mirar las pipas que guarnecían los lienzos de pared cercanos á la ventana, se volvió, clavando en el conde y en Silva una mirada escrutadora; pero ya no pudo descubrir la expresión iracunda del esposo de Clotilde ni la amarga sumisión del abogado, pues ambos habían revestido de nuevo sus semblantes de aquella apacible indiferencia que es la máscara de la sociedad.

—Cuando usted guste, querido Carlos—dijo Fernando dirigiéndose al marqués.

—Agradezco á usted en el alma, amigo mío, el que me haya proporcionado la ocasión de ofrecer mi afecto al señor Silva—dijo á su vez el conde, hablando con el marqués;—nunca se me ha hecho una presentación que me haya sido más agradable.

—Yo le agradezco también tan lisonjeras frases por Silva y por mí—contestó el marqués con aquella sonrisa tan dulce y seductora en la apariencia, pero que en realidad estaba preñada de maldades.

Ambos amigos volvieron á estrechar las manos del conde, que les acompañó hasta la puerta con la sonrisa en los labios.

Mas así que hubieron desaparecido, se apoyó en un sillón, cubrió su rostro con ambas manos y prorrumpió en roncós sollozos.

El hombre de mundo había triunfado de su dolor en medio de la sociedad.

El esposo, el padre, cedía ahora á aquel dolor inmenso, asolador, que producen sólo las heridas de la honra, y que es el verdugo de todas las ilusiones y de toda la felicidad de la vida.

Durante algunos minutos el conde permaneció en aquella postura que indicaba sobradamente la desesperación de su alma; luego, sin descubrirse el rostro, como si le abrumase su

propia vergüenza, se dejó caer en uno de los asientos que sus convidados habían ocupado en derredor de la mesa de fumar.

—¡Yo soy—murmuró entre ahogados gemidos—yo soy el hombre que ayer se juzgaba el más feliz del mundo! ¡Yo tenía una fe ciega, una fe ardiente en la virtud y en el amor de la compañera de mi vida! ¡Yo era envidiado de todos, y á todos podía decir con el orgullo en la frente y la sonrisa en los labios: ved ahí en ese ángel de hermosura á la santa madre de mis hijos!... ¡Y hoy... hoy... toda mi ventura se la ha tragado el infierno y sólo veo en derredor mío tinieblas y muerte!...

El conde, como horrorizado de sus propias palabras, separó las manos del rostro, miró en torno suyo con desencajados ojos; nadie hubiera conocido en aquel hombre, sombrío y desfigurado por la más honda desesperación, al conde D... dos horas antes tan alegre, tan hermoso y tan feliz...

—¿Desde cuándo se me está engañando?—se preguntó á sí mismo levantándose y cruzando á largos pasos la estancia.—¿Desde cuándo se conocen? ¿Desde cuándo se aman? ¿Cómo la he visto tranquila y feliz en los dos años que vive á mi lado, albergando la voraz pasión que ese hombre parece inspirarla? Porque no hay duda, no, su nombre se escapó de los labios de Clotil-

de con un acento de amor; yo la vi perder el color, temblar y mirarle como fascinada... yo conté con ávidos ojos cada una de las palpitaciones de su corazón, y vi que se le quería salir del pecho... ¡Oh! ¡Cuánto debe amarle... cuánto!... ¡Desgraciado... desgraciado de mí! ¡Desgraciados de vosotros, hijos míos! ¡Pobres hijos míos!...

El conde permaneció sollozando durante algunos segundos; poco á poco sus gemidos se fueron apagando y cesaron del todo: entonces se levantó, arregló con la mano sus hermosos y desordenados cabellos, pasó por la frente, cubierta de sudor, su pañuelo de batista y salió, cerrando la puerta.

Dirigióse al cuarto de su mujer, en el cual estaba Avelina, la primera de sus camareras, encendiendo las bujías, pues la condesa ya no podía tardar en volver del teatro.

—Acaba pronto y márchate—dijo el conde, dejándose caer en un sillón dorado de los muchos que se veían diseminados en aquella elegante estancia.

Avelina le miró asombrada; pero demasiado acostumbrada á la prudencia, á esa prudencia que en los criados de casas grandes suple á la buena educación, acabó de encender los candelabros y salió, cerrando sin ruido la puerta.

V

La ópera.

Retrocedamos un poco, si te place, lector mio, y vamos á ver de qué modo pasó Clotilde en el teatro el tiempo que su esposo ocupó en su casa entregado á la desesperación más amarga.

Cuando ella y la duquesa entraron en el palco todos los lentes se fijaron en ambas.

La duquesa de Ríoclaro era una de las mujeres más á la moda de Madrid, una de esas mujeres sin edad y que, á despecho de los años, aparecen siempre espirituales, coquetas y graciosas.

Aparentaba treinta años, aunque sus enemigos, que no eran pocos, sostenían que pasaba ya de los cuarenta.

Por lo demás, Juana, duquesa de Ríoclaro, no era hermosa ni denotaba que lo hubiera sido jamás; pero poseía ese encanto, esa gracia muelle y descuidada, ese arte de embellecerse, esa coquetería provocadora y digna al mismo tiempo, que por más que los franceses quieren atribuírsela á sus mujeres, sólo se encuentra en las damas españolas.

No sabré explicarte, lector mio, cuánta impaciencia me causa el ver el afán con que se quiere

de con un acento de amor; yo la vi perder el color, temblar y mirarle como fascinada... yo conté con ávidos ojos cada una de las palpitaciones de su corazón, y vi que se le quería salir del pecho... ¡Oh! ¡Cuánto debe amarle... cuánto!... ¡Desgraciado... desgraciado de mí! ¡Desgraciados de vosotros, hijos míos! ¡Pobres hijos míos!...

El conde permaneció sollozando durante algunos segundos; poco á poco sus gemidos se fueron apagando y cesaron del todo: entonces se levantó, arregló con la mano sus hermosos y desordenados cabellos, pasó por la frente, cubierta de sudor, su pañuelo de batista y salió, cerrando la puerta.

Dirigióse al cuarto de su mujer, en el cual estaba Avelina, la primera de sus camareras, encendiendo las bujías, pues la condesa ya no podía tardar en volver del teatro.

—Acaba pronto y márchate—dijo el conde, dejándose caer en un sillón dorado de los muchos que se veían diseminados en aquella elegante estancia.

Avelina le miró asombrada; pero demasiado acostumbrada á la prudencia, á esa prudencia que en los criados de casas grandes suple á la buena educación, acabó de encender los candelabros y salió, cerrando sin ruido la puerta.

V

La ópera.

Retrocedamos un poco, si te place, lector mio, y vamos á ver de qué modo pasó Clotilde en el teatro el tiempo que su esposo ocupó en su casa entregado á la desesperación más amarga.

Cuando ella y la duquesa entraron en el palco todos los lentes se fijaron en ambas.

La duquesa de Ríoclaro era una de las mujeres más á la moda de Madrid, una de esas mujeres sin edad y que, á despecho de los años, aparecen siempre espirituales, coquetas y graciosas.

Aparentaba treinta años, aunque sus enemigos, que no eran pocos, sostenían que pasaba ya de los cuarenta.

Por lo demás, Juana, duquesa de Ríoclaro, no era hermosa ni denotaba que lo hubiera sido jamás; pero posela ese encanto, esa gracia muelle y descuidada, ese arte de embellecerse, esa coquetería provocadora y digna al mismo tiempo, que por más que los franceses quieren atribuírsela á sus mujeres, sólo se encuentra en las damas españolas.

No sabré explicarte, lector mio, cuánta impaciencia me causa el ver el afán con que se quiere

imitar en nuestra patria todo lo que hacen los franceses; si los que caen en tan ridícula manía se detuviesen á observar un poco, verían que casi todo lo bueno que aquéllos tienen está tomado de nuestras costumbres, de nuestras tradiciones, de nuestra particular y digna educación, y que les damos una importancia que no merecen copiando sus futilidades, al mismo tiempo que ellos se desviven por imitarnos.

Tienen, sin embargo, más astucia que nosotros, porque ellos nos copian en lo bueno y afectan despreciarnos, al mismo tiempo que nosotros nos vamos maleando con sus excentricidades, profesándoles, porque nos las dejan apreciar, mucho agradecimiento.

En cuanto á las mujeres, jamás tendría nada que ver la dama española con la *madame* francesa, ni en la parte moral ni en la física se puede encontrar la menor analogía, recayendo toda la ventaja de tan absurda comparación en favor de nuestras damas.

La duquesa, sin embargo, era una de esas mujeres toda arte, como generalmente se dice; pero es fuerza conceder que su arte consistía en aparecer realmente encantadora.

Apenas hubierais podido expresar lo que os agradaba en ella, pero sí hubierais podido asegurar que os hechizaba todo: su tez blanca era pálida y tersa como el nácar; sus ojos, de un co-

lor verdoso con cambiantes azules, eran dulces, alegres y llenos de viveza, hermanando estas tres expresiones, tan distintas entre sí y tan irresistibles todas; su boca, algo grande, era en extremo fresca y hermosa y estaba guarnecida de una preciosa y diminuta dentadura, que enseñaba continuamente por la frecuencia con que se reía.

La duquesa tenía el cabello algo escaso, y para disimular esta falta le llevaba cortado á la altura del cuello y rizado graciosamente como las antiguas romanas. De este modo su estrecha frente parecía hermosísima, guarnecida de anillos lustrosos de un rubio oscuro y un tanto encendido.

La estatura de Juana era pequeña y sus formas redondas, lo que le daba una apariencia encantadora de juventud y de frescura; nada más bonito y seductor que sus torneados brazos y su garganta redonda y transparente como el cristal cuajado.

Llevaba un traje de raso azul guarnecido de encajes blancos, un ramo de rosas blancas sujetaba la berta en el pecho y otros dos iguales recogían las mangas cerca del hombro; ceñía su rizada cabeza una corona de las mismas flores y lucía un soberbio aderezo de perlas de gran tamaño.

Clotilde era mucho más hermosa que la du-

quesa; pero su aire de inocencia y sus cándidos veinte años no perjudicaban en nada á la seductora coquetería de Juana, y menos aquella noche, en que la condesa parecía abrumada por un profundo pesar.

Algunos jóvenes de la alta sociedad ocupaban un palco bajo enfrente de las dos amigas.

—¡Qué dos mujeres tan bellísimas!—exclamó el marqués D'Arnouville, joven francés casado con una española y que hablaba bastante mal el hermoso idioma de Cervantes.

—Lo son, en efecto—contestó otro jovencito que no pasaba de diez y siete años y que ya lucía en uno de los ojales de su frac la cruz de San Juan.

—¡Parecen francesas!—continuó D'Arnouville con esa fatuidad tan propia de nuestros vecinos.

—No diga usted disparates, querido—repuso con irónica sonrisa el príncipe de Cellemare, que entrando en aquel instante en el palco había oído las palabras del marqués.—Sé de quien habla—continuó el príncipe tomando asiento—y le afirmo que no se asemejan en nada ni á las francesas ni á las mujeres de ninguna nación; son españolas y nada más.

—¡Qué aire de tristeza tiene esta noche la condesa!—dijo el joven conde de la Barcena, que era uno de los concurrentes, dirigiéndose á Cellemare.—Jamás la he visto así.

—Es que esta noche la ha afectado dolorosamente un acontecimiento imprevisto—contestó el príncipe.

—¿Cómo lo sabe usted?

—Como que la ocurrencia ha tenido lugar delante de mí.

—¿Visita usted su casa, príncipe?—dijo D'Arnouville con interés.

—Sí, estimo mucho al conde, su esposo, aunque hace poco tiempo que fui presentado á él.

—¿Sería usted tan bueno que quisiera presentarme á la condesa?

—Ya he dicho que sólo visito á su esposo.

—Es usted poco complaciente—repuso D'Arnouville, disimulando su contrariedad bajo una amable sonrisa;—pero añadió—¿no podríamos saber el acontecimiento que ha desazonado á la condesa esta noche?

—Sí, por cierto; el marqués de la Oliva ha presentado en su casa á un joven abogado muy conocido en la buena sociedad de Madrid, á Fernando de Silva.

—Le conozco, en efecto—dijo el jovencito con ese aire de petulancia del niño que se empeña en ser hombre.

Los demás se contentaron con hacer un signo afirmativo.

—Pues bien—continuó el príncipe—la condesa, que creía que las personas que habían co-

mido con su esposo se habían retirado ya, entró en su habitación á decirle no sé qué, y se turbó en extremo al hallarse entre ocho ó diez hombres desconocidos todos para ella.

—No lo dudo—dijo el francés.—Se dice que sus costumbres son en extremo inocentes y que vive bastante retirada.

—Pues bien, apenas había podido vencer su hechicero rubor y se preparaba á hablar, fijó los ojos en Silva y la palabra espiró en sus labios, dolorosamente contraídos por un agudo dolor.

—¡Es extraño!—murmuró el conde de la Bárcena.

—No es extraño—repuso el príncipe.—La condesa cayó desmayada, y el conde nos dijo que aquel trastorno provenía de la dolorosa impresión que había producido á su esposa la vista de Silva, quien se parece mucho á un hermano de la condesa que se ahogó en el mar.

—¡Un hermano de la condesa!—repitió asombrado el conde de la Bárcena.—Clotilde no ha tenido jamás ningún hermano.

Demudóse el expresivo rostro de Cellamare al oír estas palabras, conociendo que, sin quererlo, había abierto una herida mortal en el honor de Clotilde.

—¿Qué dice usted?—exclamaron todos los concurrentes con ese afán odioso que la sociedad

emplea para descubrir los dolores más ocultos.—

¿No ha tenido hermanos la bella condesa?

—Ninguno; la condesa es hija única.

—¡Pues entonces algún misterio debe ocultarse tras el desmayo!—exclamaron burlonamente los circunstantes.

—Ese Silva será sin duda algún amante temerario que por ver á la condesa lo habrá querido arriesgar todo.

—Eso no es creíble, señores—dijo con seriedad el conde de la Bárcena.—Clotilde es amiga íntima de mi hermana y conozco su acrisolada virtud.

Cellamare fijó una mirada de agradecimiento en el joven conde, y después, dando á sus ojos una significativa expresión, dijo:

—¿Quién sabe si sería algún hermano natural ese hombre que se ahogó?

—En efecto—repuso el conde, que comprendió la expresión de los ojos de Cellamare—ahora recuerdo que el duque de B..., su padre, tenía un hijo natural, que era un gallardo marino, y á quien ella amaba mucho; mas como entre nosotros los hijos que no tienen derechos legítimos á la casa ó á los títulos de la misma entran por poco, me había olvidado de él.

En aquel instante apareció el marqués de la Oliva en el palco que ocupaba Clotilde y ésta se volvió sobresaltada. Cubrióse su rostro de intensa

palidez y casi instantáneamente se vistieron sus facciones de un encendido carmín.

Afortunadamente para la pobre condesa, el telón se levantó en aquel instante y los jóvenes del palco de enfrente se volvieron hacia el escenario sin echar de ver la agitación que la dominaba.

Cantaba aquella noche una de las artistas más eminentes que han pisado nuestra escena, y la misma duquesa de Rtoclaro, que ordinariamente jamás volvía ni por distracción los ojos al escenario, fijó entonces toda su atención en él.

Mas la pobre Clotilde no vió siquiera que el telón se había levantado; una indescriptible expresión de enojo y de desprecio se pintaba en sus bellas facciones, haciendo un doloroso contraste con los suaves contornos de su rostro.

El marqués de la Oliva ostentaba un aire triunfante; dió la mano sonriendo dulcemente á la duquesa, inclinóse con un respeto lleno de ironía delante de Clotilde y tomó asiento á su lado, colocándose un poco á su espalda.

El príncipe de Cellamare, que, atraído por un interés tan noble como irresistible, no quitaba los ojos del palco de la condesa, la vió temblar y vió también que el rojo color que cubría sus mejillas se hacía más arrebatado.

—¿Qué tiene usted esta noche, condesa?—preguntó en voz baja el marqués de la Oliva, to-

mando para hacer esta sencilla pregunta el aire más á propósito para que el público creyese que dirigía á Clotilde alguna atrevida galantería.

—Tengo, caballero, una indignación que no sé describir al ver á usted cerca de mí—respondió Clotilde también en voz baja y contenida.

—¿Qué he hecho á usted, pues?

—¿Y tiene usted la osadía de preguntármelo?

—¿Acaso la he ofendido presentando en su casa á su antiguo amante?—preguntó el marqués con aire zumbón.

—¡Es usted un infame!—fué todo lo que Clotilde, sofocada por el llanto, pudo contestar.

—¿No me ha despreciado usted? ¿No se ha burlado de mi amor?—dijo el marqués, siempre en voz baja.—¿Pensaba usted—continuó—que yo me resignaría con sus desprecios y que la dejaría en libertad? ¡Pues no lo espere usted, señora! Todo cuanto he podido hacer ha sido tratar de olvidarla; no lo he conseguido, y ahora necesito ó que me ame usted ó vengarme!

—¿Pero qué venganza ha de tomar usted de mí, caballero? Y, además, ¿qué le he hecho? ¿Cómo quiere usted que le ame si ya no soy libre?

—Sin ser libre ama usted aún mucho á Fernando de Silva.

—¡Miente usted!—exclamó Clotilde olvidando

ya toda moderación y alzando la frente con orgullo.—Yo no amo más que á mi marido... Si temblé al verle, si perdí el color, es que el recuerdo de lo que le había amado se alzó en mi alma poderoso y fuerte, evocado de repente por la infame alevosía de usted.

—¿Llama usted alevosía á que haya presentado en su casa al señor Silva? ¿Qué sabía yo de esos lazos que habían unido á ustedes? El esposo de usted me convidó á comer estando yo con Fernando de Silva, y éste, que poco antes le había sido presentado por mí, fué incluido también en el convite: ¿qué hay de alevoso en todo esto?

—¡Usted sabía algo de nuestras relaciones de hace tres años, caballero!—exclamó Clotilde con profunda convicción.—¡Oh!—prosiguió—conozco á usted bien, y sé que nunca hace nada sin una torcida intención, y que cada una de sus acciones es una maldad calculada de antemano.

—Y bien, sí, sabía, porque Fernando me lo había confiado, que su primero y único amor había sido una joven llamada Clotilde é hija del duque de B..., mas aseguro á usted que al presentarle en su casa no me acordada ni del nombre de usted ni del de su padre; pero demos aquí punto á esta conversación, que me parece molesta á usted, condesa—dijo el marqués levantándose y apoyándose con familiaridad en el respaldo del asiento de Clotilde;—ya sabe usted que

la amo; ya le he dicho que he tratado en vano de olvidar á usted; necesito, pues, que me ame ó voy á descubrir á su esposo que Fernando de Silva ha sido su amante desde que usted se casó.

—¡Pero eso es una calumnia abominable!—exclamó la infeliz joven palideciendo de nuevo y juntando las manos con terror.—¡Yo no he visto á Fernando desde dos meses antes de casarme hasta hoy; él me abandonó..., él rompió cobardemente, y sólo por orgullo, los lazos de nuestro amor, bajo el pretexto de que jamás podría unirse á mí por la desigualdad de nuestras fortunas, y yo ahora amo sinceramente á mi marido, al padre de mis hijos!

—Lo creo, mas nada de eso puede hacerme desistir de mi empeño, Clotilde; ó paga usted mi amor ó envió esta noche misma esta carta á su esposo.

—¿Pero qué le dice usted en ella? ¡Dios mío!—exclamó Clotilde llena de terror y echándose hacia atrás, como si la fuera á morder una serpiente.

—Poca cosa: que sostiene usted relaciones criminales con Silva, lo cual creará fácilmente, pues la escena de esta noche le ha afectado más de lo que usted puede pensar.

—Yo le diré la verdad.

—¿Qué importa la verdad algunas veces, y, sobre todo, cuando la mentira es manejada por

un hombre tan diestro como yo? ¿De qué modo se borra la huella de la primera sospecha en el corazón de un hombre amante y honrado como el conde? Señora, usted es aún casi una niña, y demasiado pura é inocente para comprender la profunda huella, la herida mortal que ha dejado su desmayo de hace poco en el corazón de su esposo. Desde hoy se acabó su confianza, la tranquilidad de su alma y la paz de su corazón! Puede usted hacerle creer que desde que se casó con él no ha visto á Fernando... aunque le será difícil por la extrema libertad en que su confiado cariño ha dejado á usted... pero persuadirle de que no le ama usted le será imposible, porque usted no sabría persuadir con una mentira.

—¿Luego cree usted que le amo?...—murmuró con terror la inocente joven.

—Que si le ama usted!...—exclamó el marqués cerrando los puños con furor;—en su alma, señora, imperará siempre ese primer amor; cifró usted en él todas las esperanzas de su vida, y no es posible que vuelva á querer otra vez; en almas como la de usted no hay más que un solo amor; los demás son pálidos reflejos del primero; eso lo sabe el conde tan bien como yo, y desde hoy sabe asimismo, para su tormento, que usted ha sentido antes de conocerle esa primera y única pasión.

—¿Qué tiene usted, querida?—dijo la duquesa

que, volviéndose casualmente, advirtió el extremo abatimiento de Clotilde.

—La condesa se siente mal—contestó el marqués, al ver que la pobre joven no podía levantar la cabeza que tenía caída sobre el pecho.—Si me lo permite usted, duquesa, la acompañaré á su casa en mi coche.

—Es muy justo—dijo Juana distraída y sin separar sus lentes del palco que ocupaba poco antes el príncipe de Cellemare.—Pero—añadió—estoy mirando que hace una hora que ha salido de su palco ese hermoso toscano que, según dicen, es un príncipe, y no ha vuelto á parecer.

—¿Es usted también de sus apasionados?—preguntó el marqués, anhelando entretener á Juana para que no advirtiese el estado de la condesa.

—Sí por cierto—contestó jovialmente la duquesa;—se parece tanto al Tasso, que una mujer con pretensiones de pintora como yo debe admirarle.

—¿Quiere usted la paz?—preguntó el marqués á Clotilde en voz baja.

Esta no contestó; la desdichada nada oía; creía ver un abismo abierto ante sus pies que la iba á tragar.

El marqués dejó brillar en sus azules ojos un gozo cruel y repitió:

—¿Quiere usted la paz?

—¡Hijos míos, mis pobres hijos!—murmuró Clotilde entre un seco y dolorido sollozo.

—Por ellos al menos acepte usted la paz.

—¡Hijos míos!—repitió la condesa, con el corazón lacerado por el mismo pensamiento que en aquel instante destrozaba el de su esposo.

—Veo que quiere usted la guerra—continuó el marqués con feroz dureza.—Pero—añadió—mire usted que la lucha será muy desigual, y que perecerá usted en ella, señora; usted es demasiado buena é inocente; yo soy un malvado, y para que mis armas sean más poderosas, nadie, á no ser usted, me conoce por tal.

—¡Déjeme usted ya!—exclamó Clotilde levantándose con ímpetu y lanzándose á la puerta sin pensar siquiera en que estaba allí la duquesa.

—Permitame usted, señora, que la acompañe á su casa—dijo á esta sazón el príncipe, que, de pie en el umbral, casi la recibió en sus brazos.

—Caballero—exclamó el marqués rojo de cólera;—esta señora había aceptado ya mi coche y mi compañía.

—Miente usted—repuso Cellemare con voz fuerte y sonora.

El marqués levantó la mano para descargar un bofetón sobre el que le hacía tal injuria, pues su maldad no era cobarde; mas el príncipe le sujetó el brazo con una rapidez y una fuerza extraordinarias, y continuó, sonriendo con serenidad:

—Le doy por recibido: envíe usted al conde esa carta que tiene preparada para él, y en seguida aguárdeme usted aquí, en la plaza del Rey, pues así que deje á la condesa en su casa volveré... para matarle.

Tomó al decir esto la helada mano de Clotilde y la colocó en su brazo; mas esta acción, que hubiera podido calificarse de atrevida, estaba excusada en aquella ocasión por el excesivo abatimiento de la joven y por la gracia y mesura con que la acompañó.

En seguida bajaron la escalera; el coche de Cellemare esperaba á la puerta, pues Clotilde había venido con la duquesa y, por consiguiente, no tenía el suyo.

Cellemare ayudó á la condesa á subir al carruaje, subió él después y dijo al cochero:

—Al palacio del señor conde D...

Estas palabras terminaron, al parecer, el agonizante estupor de Clotilde, quien rompió en amargo llanto.

—¡Animo, señora!—exclamó el príncipe;—hoy he visto á usted por la vez primera, pero me intereso vivamente por su dicha y por la de su esposo, que es mi amigo; así que llegue usted á su casa, créame usted, cuéntele con franqueza toda su vida pasada; ábrale su corazón; nadie puede alentar á usted como él, y en nadie hallará usted un amigo más generoso.

—¡Pero esa carta... esa carta!...— murmuró con agonía la condesa.

—No pude quitársela á ese malvado, porque lo primero era salvar á usted del escándalo que empezaba á causar su agitación; toda la concurrencia que llenaba el teatro había reparado ya en el estado de usted; no obstante, ¡si yo pudiera evitar que llegase!...

Y el príncipe se lanzó á uno de los cristales del coche, le abrió y gritó al cochero:

—Pon al trote los caballos.

El cochero obedeció, y los soberbios animales sacaron mil chispas del pavimento con sus herrados cascos.

En aquel momento otro coche á galope pasó rozando con el del príncipe.

Este lanzó una exclamación de dolor, al mismo tiempo que la condesa, reconociendo la librea verde del marqués de la Oliva, murmuró, señalando aquel coche con profundo terror:

—¡Ahí va la carta, ahí va!...

En efecto, á través de los cristales se veía á un criado del marqués que, en pie en el fondo del coche, miraba ávidamente hacia la calle.

Cuando pasó el carruaje junto al del príncipe, el criado se asomó á la ventanilla y gritó:

—¡A escape!

—¡A escape!—gritó el príncipe á su vez.

Ambos carruajes partieron como dos flechas

sin cuidarse de las multas que, para tales casos, tiene impuestas la autoridad.

Ambos volaban como llevados por el viento; mas el del marqués llevaba algunos pasos de delantera.

Hubo un instante en que el del príncipe consiguió alcanzarle, mas el tiro del marqués de la Oliva era tan fogoso y valiente, que bien pronto le aventajó de nuevo.

Detúvose, sin embargo, al empezar la calle del Sordo, que era donde estaba situado el palacio del conde, y en el mismo instante saltó al suelo el criado que hemos visto en el fondo del coche, echando á correr hacia el palacio.

Los pobres caballos, cubiertos de espuma y de sudor, respiraron con toda la fuerza de sus pulmones.

Cuando el carruaje del príncipe paró á la puerta del palacio ya había entrado en él el mensajero.

En el anchuroso patio esperaba un chico haraposo, de esos que pululan por todas partes en Madrid vendiendo fósforos y billetes de lotería.

Así que vió la librea verde del criado se lanzó á él.

—Venga la carta y los cuartos—dijo.

—Sube la carta y ven á encontrarme al coche, que estará parado á la entrada de la calle—dijo el lacayo.

El muchacho tomó la carta y el criado desapareció.

El príncipe, ocupado en ayudar á apearse á la condesa, que estaba en extremo quebrantada, no vió, á pesar del cuidado con que sus miradas registraron el patio y el vestibulo, otra persona alrededor que un muchachuelo haraposo apoyado contra la puerta y que le dijo con voz doliente:

— ¡Una limosnita, señor, por Dios!

Cellemare echó una moneda de plata en la ennegrecida mano del chico y dijo al oído de Clotilde:

— ¡Animo, señora! El coche se ha detenido por no sé qué accidente; quizá se ha roto; el portador de la carta debe estar dentro de él, y ahora juro á usted que la carta no llegará; tenga usted valor, y adiós.

Nada contestó Clotilde; subió lentamente la escalera y se dirigió á su habitación, cuya puerta le abrió Avelina.

Mas no bien se hubo vuelto á cerrar, no bien sus dolientes ojos se tendieron por la habitación, lanzó un grito de angustia y de tórpor.

En pie, junto á la chimenea, pálido, inmóvil, rígido y severo había columbrado á su esposo.

Aquel grito desolado que se había arrancado del pecho de Clotilde fué á terminar á los pies del conde, donde cayó suplicante y temblorosa.

VI

Páginas del corazón.

Una espantosa llama se encendió en los ojos del conde y fulguró durante algunos segundos; era la ira que ardía en su corazón como el cráter de un volcán.

Hubo un instante en que levantó su puño crispado sobre la cabeza de su esposa como si hubiera querido aniquilarla.

Pero aquella mano volvió á caer sin tocar la hermosa cabeza que había amenazado; apagóse el fuego de los ojos del conde y las facciones de éste tomaron cierto carácter de amarga serenidad.

Guardó silencio por espacio de algunos instantes, como si hubiera querido ahogar completamente los rastros de un furor indigno y agresivo, y luego dijo á su esposa con voz firme:

— Levántese usted.

La pobre joven obedeció y permaneció delante de él inmóvil y con la cabeza doblada sobre el pecho.

Durante algún tiempo volvió á reinar el silencio.

Clotilde no tenía palabras.

Su marido buscaba sin encontrar las que ne-

El muchacho tomó la carta y el criado desapareció.

El príncipe, ocupado en ayudar á apearse á la condesa, que estaba en extremo quebrantada, no vió, á pesar del cuidado con que sus miradas registraron el patio y el vestibulo, otra persona alrededor que un muchachuelo haraposo apoyado contra la puerta y que le dijo con voz doliente:

— ¡Una limosnita, señor, por Dios!

Cellemare echó una moneda de plata en la ennegrecida mano del chico y dijo al oído de Clotilde:

— ¡Animo, señora! El coche se ha detenido por no sé qué accidente; quizá se ha roto; el portador de la carta debe estar dentro de él, y ahora juro á usted que la carta no llegará; tenga usted valor, y adiós.

Nada contestó Clotilde; subió lentamente la escalera y se dirigió á su habitación, cuya puerta le abrió Avelina.

Mas no bien se hubo vuelto á cerrar, no bien sus dolientes ojos se tendieron por la habitación, lanzó un grito de angustia y de tórpor.

En pie, junto á la chimenea, pálido, inmóvil, rígido y severo había columbrado á su esposo.

Aquel grito desolado que se había arrancado del pecho de Clotilde fué á terminar á los pies del conde, donde cayó suplicante y temblorosa.

VI

Páginas del corazón.

Una espantosa llama se encendió en los ojos del conde y fulguró durante algunos segundos; era la ira que ardía en su corazón como el cráter de un volcán.

Hubo un instante en que levantó su puño crispado sobre la cabeza de su esposa como si hubiera querido aniquilarla.

Pero aquella mano volvió á caer sin tocar la hermosa cabeza que había amenazado; apagóse el fuego de los ojos del conde y las facciones de éste tomaron cierto carácter de amarga serenidad.

Guardó silencio por espacio de algunos instantes, como si hubiera querido ahogar completamente los rastros de un furor indigno y agresivo, y luego dijo á su esposa con voz firme:

— Levántese usted.

La pobre joven obedeció y permaneció delante de él inmóvil y con la cabeza doblada sobre el pecho.

Durante algún tiempo volvió á reinar el silencio.

Clotilde no tenía palabras.

Su marido buscaba sin encontrar las que ne-

cesitaba, y no podía separar sus ojos de aquella mujer que le parecía más bella, más joven, más encantadora que nunca.

A pesar de su enojo, el abatimiento de Clotilde, aquel abatimiento, que, si probaba su crimen, probaba también hasta qué extremo desconocía el arte del disimulo, le enternecía profundamente, disipando á su pesar las negras nubes que invadían su alma.

Mas aquella emoción no duró largo rato; bien pronto el recuerdo de su pérdida felicidad, las memorias de sus pasadas ilusiones volvieron á encender en su alma un furor que le devoraba y hacia hervir toda su sangre.

Pudo, empero, volverse á dominar, y dijo á Clotilde señalándole un sillón.

—Siéntese usted.

Ésta obedeció, paciente y muda, la segunda orden como había obedecido la primera; pero su conmoción, producida por la difícil posición en que se encontraba y su espanto, originado por la excesiva timidez y blandura de su carácter, se habían un tanto disipado, y al ocupar el asiento pudo fijar en el semblante de su marido sus dulces ojos.

Aquellas nobles facciones, aquella mirada, cuya bondad tenía tan conocida, acabaron de extirpar de su alma las sombras del terror y llevaron la serenidad á su ánimo.

Los afectos profundos y legítimos son otros tantos consoladores del alma.

—Augusto—dijo Clotilde mirando á su marido con alguna emoción, pero también con aquella tranquilidad que emana de la conciencia—te doy gracias por haberte anticipado á mis deseos esperándome aquí. Yo deseaba mucho justificarte lo sucedido poco ha, y tú, sin duda adivinándolo, has venido á encontrarme para oír esta explicación.

—La espero, señora—repuso el conde friamente.

—Óyeme, pues, Augusto—continuó la condesa juntando sus manos con una gracia, llena de encanto y sencillez;—óyeme y cree lo que te diga, porque nunca he sabido mentir; mi sola culpa consiste en haberte callado mis primeros é inocentes amores; pero mi padre me mandó que así lo hiciera, creyendo, en su orgullo, que me degradaba confesándote que había amado á un joven sin títulos de nobleza y sin fortuna.

—¡Luego le ha amado usted!—exclamó el conde sordamente.

—¿A qué negarlo?—contestó Clotilde sin reparar en la expresión que habían tomado las facciones de su marido, y ocupada sólo en recordar todas las circunstancias de sus adolescentes amores.—Sí—continuó elevando al cielo sus rasgados ojos, á través de cuya húmeda llama se

veía radiar toda la ternura de sus recuerdos;— sí, Augusto, yo creo que le amé, puesto que por él desobedecía á mi padre y le veía cada noche á través de las rejas de mi cuarto.

Pero Fernando no era de mi clase y hubiera sido imposible además que mi padre hubiera permitido que me casara con él no habiendo cumplido yo todavía diez y seis años.

—¿Dónde le conoció usted?—preguntó el conde dominándose, porque deseaba saberlo todo y conocía que su esposa perdía el hilo de su narración, dejándose llevar del entusiasmo de sus recuerdos.

—Le conocí en Valencia—contestó Clotilde;—yo vivía con mi padre en la ciudad, cerca de la cual radica, como sabes, casi todo el patrimonio de mi madre, oriunda de aquel país; Fernando vivía con su familia en Segorbe, pequeña ciudad del mismo reino.

Una mañana de estío salí yo de Valencia con mi padre para dar un paseo á caballo; Fernando había salido con el suyo del Grao, donde á la sazón se hallaba, con el mismo objeto; nos encontramos en el camino... ¡Jamás—exclamó la joven interrumpiéndose con sublime inocencia—jamás he visto después una mirada que pueda compararse á la que me dirigió Fernando!... ¡Palpitó mi corazón con una fuerza inusitada, mis mejillas se encendieron y estuve

á punto de caer desvanecida de mi caballo!

Detúvose la joven un instante pasando por su frente, enrojecida con el calor de los recuerdos, su mano blanca como el alabastro.

El desdichado esposo se oprimió el pecho, hundiendo en él sus dedos crispados por el dolor.

Aquel hombre veía desvanecerse todos sus sueños de ventura, todas sus esperanzas de felicidad.

La única mujer á quien había amado, la única á quien podía amar, la madre de sus hijos, le abría su corazón por vez primera, mostrándole henchido de otro amor y desgarrando con cada palabra una de sus más queridas y gratas ilusiones.

¿Qué importaba que ella misma ignorase la existencia de aquel amor? ¿Qué importaba que su inocencia le impidiese conocer su extensión, si no era por eso menos grande, menos fogoso?

Jamás hasta entonces se había revelado el alma de Clotilde; su excelente y un tanto mística educación, su hermosa indole y la dulzura de sus sentimientos le habían impedido mostrar toda la energía y toda la pasión que era capaz de contener; su vida, en los dos años que llevaba de matrimonio, se había deslizado sin luchas, tranquila y apacible; el acero no había chocado con el imán, y el infeliz esposo conocía por primera vez cuánto podía sentir aquella virgen y

rica naturaleza y cuánta pasión era capaz de contener aquel corazón tan bueno y sensible.

El llanto amargo de la desesperación acudió á sus ojos, pero se dió prisa á tragarlo antes de que asomase, y esperó con aparente calma á que su esposa continuase.

Ésta lo hizo así:

—Desde aquel día Fernando siguió todos mis pasos; procuró hacerse presentar en mi casa, pero mi padre, á cuya perspicacia no se escapaba lo que pasaba en su corazón, se negó á recibirle y cortó de golpe y sin consideración alguna las relaciones corteses, pero frías, que había sostenido con el padre de Fernando.

Yo no tenía madre y por eso su vigilancia era tan celosa y tan severa. Fernando vió cerrados todos los caminos que podían acercarle á mí y tuvo que contentarse con hablarme cada noche por la ventana de mi cuarto, que daba á una calle solitaria; yo no sé cómo había logrado interesar á Agueda, mi nodriza, que dormía en mi misma habitación, y en cuyo celo tenía mi padre una ilimitada confianza.

—¡Pasó usted, pues, por todos los trámites de la seducción más vulgar!— exclamó amargamente el conde.—Y qué, señora, ¿no halla usted una sola circunstancia atenuante que decirme? ¿Hubo sólo lo que siempre, es decir, criados sobornados y coloquios al aire libre por la noche?

Clotilde no contestó; la pobre niña conocía que alguna cosa horrible pasaba en el alma de su marido, mas sólo era su instinto el que se lo avisaba, y únicamente podía darse cuenta de un presentimiento.

En cuanto al conde, dominóse de nuevo y dijo con aspereza:

—¡Prosiga usted!

—Augusto—repuso con dulzura la condesa—tú no querrás que mienta, ¿no es verdad? Si te incomoda mi narración, callaré... ¡pero sería tan feliz contándotelo todo... quedaría mi corazón descargado de un peso tan enorme!

—¡Prosiga usted!—repitió impasible en la apariencia el conde.

La joven cruzó sencillamente sus manos sobre las rodillas, y su móvil fisonomía, que había reflejado durante algunos instantes una profunda aflicción, se tornó de nuevo tranquila, apacible, casi sonriente.

Parecía imposible que aquella joven, casi adolescente, fuese la pobre y abatida criatura que sucumbía á su dolor poco antes en el fondo del palco en el teatro del Circo.

No era extraña semejante transformación: en el alma pura de Clotilde el cumplimiento de un deber era el mayor de todos los placeres, y ella creía cumplir con uno muy sagrado abriendo á su esposo por entero su corazón.

Entre tanto en el alma fogosa del conde se alzaba una tremenda tempestad y su corazón se agitaba en un piélago de fuego que le devoraba.

Clotilde fijó en el semblante de su marido sus hermosos ojos y continuó de esta manera:

—Los calores del estío se aumentaron y al mismo tiempo la falta de sueño, pues pasaba las noches enteras hablando con Fernando, á pesar de Agueda, que asistía siempre á nuestras entrevistas; la falta de sueño y el rigor de la estación alteraron mi salud de un modo tan sensible, que mi padre consultó á los médicos más afamados de Valencia, quienes declararon unánimemente que estaba amenazada de una enfermedad del pecho.

Aconsejaronme los paseos á caballo, y Fernando, á quien avisé de lo que ocurría, me propuso salir todas las mañanas acompañada de Antonio, el hijo de mi nodriza; él debía esperarme en la alameda en una plazoleta rodeada de bancos de piedra y sombreada por grandes árboles, y allí tendríamos libertad para hablar, pues Antonio estaba ganado por él.

Yo consentí en todo; Fernando tenía sobre mí un poder irresistible. Privada de mi madre, á quien no había conocido, y acostumbrada á los modales ásperos de mi padre, que si bien me amaba jamás me lo daba á conocer, la ternura y las dulces palabras de Fernando me fascina-

ban como un encanto poderoso y hasta entonces desconocido.

Todas las mañanas, al dar las cuatro, me vestía Agueda; Antonio tenía en el patio dos caballos del diestro; saltaba yo sobre el uno y él me seguía en el otro.

Dirigámonos al sitio indicado, donde ya nos esperaba Fernando, que había atado su caballo al delgado tronco de un álamo.

Antonio se separaba algunos pasos ó iba á aguardarnos á un pueblecillo inmediato, y nosotros pasábamos tres horas que nos parecían tres instantes.

Además nos veíamos por la noche; Fernando no quería renunciar á ningún medio de hablarme; mas su natural tristeza se iba aumentando día por día, y uno le dirigí algunas preguntas acerca de la sombría expresión de su semblante.

—Clotilde—me contestó tomando mi mano—tengo orgullo y sufro mucho al pensar que sólo puedo verte á hurtadillas y ocultándome como un malhechor.

Calló, esperando mi respuesta, pero yo no supe darle ninguna.

—¿Quieres casarte conmigo?—me preguntó tras algunos instantes de vacilación.

—¿Qué es eso de casarse?—repuso ásperamente mi nodriza acercándose á nosotros.—Sepa usted, señor de Silva, que jamás podrá usted

casarse con esta niña. ¡Hola! ¡No faltaba más! ¿Son estos los fines de usted? Lo que yo creía una inocente afición de niños no era otra cosa por parte de usted que un ambicioso cálculo? ¿Le han enamorado á usted sus tres millones de dote, eh? ¡Pero yo avisaré al señor duque, quien espantará á usted de buena manera!

Luego me separó con violencia de la ventana y la cerró de golpe.

—No llores, hija mía—continuó.—Ese hombre no te quiere; es un hambrón sin delicadeza... Yo no había sospechado que él tuviese codicia hasta ayer, que oí una conversación entre dos señores que había en la sala... Porque toda la ciudad sabe vuestras relaciones. Aquellos dos señores, á quienes no conozco, hablaban pestes del Sr. Silva, diciendo que quería hacer olvidar lo oscuro de su nacimiento y su plebeya fortuna atrapándote para su esposa... Desde entonces dije yo para mi sayo: ¡si... fresco está! ¡Se las tiene que haber conmigo!... Yo... ya se ve... como te quiero tanto, sólo traté de darte gusto permitiendo que te hablase en mi presencia y á través de la reja... Pensé que era hijo del conde F..., de Segorbe, como me dijo el bribón de su criado; pero ahora ni su sombra se arrimará á las paredes de esta casa.

—En efecto—prosiguió Clotilde, á cuyos bellos y rasgados ojos asomó una lágrima, que

se suspendió de sus largas pestañas como un diamante—¡desde aquel día no pude volver á ver á Fernando!... Agueda me espiaba con un celo cruel, y por más que le escribí, creo que mis cartas no llegaban á sus manos; sin embargo, un día que, sentada yo junto á la reja de mi cuarto, testigo de nuestras promesas de amor, lloraba, traspasado mi corazón por la amargura de los recuerdos, sentí deslizarse una mano en la canastilla de labor que había puesto á mi lado y de la cual aun no había tomado mi bordado.

Levanté la cabeza y vi huir á lo lejos al criado de Fernando.

Loca, delirante, me lancé á la canastilla y saqué con mano temblorosa un billete que leí con ansia y que estaba concebido en estos términos:

«Clotilde: Es en vano que se moleste usted escribiéndome cartas que no he de leer y que no miro siquiera; conozco hoy lo que mi locura no me dejó conocer antes: que es usted superior á mí en nacimiento y en fortuna, y que esta desigualdad pone á nuestro amor una barrera insuperable.

«Olvideme usted, pues; dé usted su amor á un hombre que sea igual á usted, que yo por mi parte buscaré una mujer cuya cuna y riquezas no excedan á las mías.»

Clotilde recitó esta carta con voz trémula y

con las mejillas encendidas; conocíase que aquel recuerdo le despedazaba el corazón y que sufría terriblemente al evocarlo.

El conde devoró con su homicida ansiedad estos síntomas tan fatales para sus esperanzas, y pensó, con amargura, hasta qué punto había quedado grabado aquel billete en la memoria de su esposa.

Ésta continuó con su dulce candidez:

—¡Mucho me hizo llorar este billete! Yo amaba aún á Fernando de Silva, y estos renglones venían á arrebatar-me mi última esperanza; no obstante, cansada de llorar, el orgullo recobró su imperio y me propuse olvidar al ingrato que en tan poco tenía mi amor.

Empezaba ya á conseguirlo cuando nos conocimos, Augusto; me amaste, y tu cariño cerró para siempre en mi alma las llagas de aquella desgraciada pasión.

—¡Con qué alegría acepté tu mano y qué feliz he sido junto á ti!

Interrumpióse Clotilde al pronunciar estas palabras y fijó sus hermosos ojos en el semblante de su esposo, espionando la primera señal de ternura y de perdón; pero el conde permaneció sombrío y mudo.

Ella prosiguió con menos seguridad:

—Ya te he referido, Augusto, todo cuanto ha sucedido; soy inocente, pues desde que vivo á tu

lado hasta hoy no he vuelto á ver á ese hombre; su vista me ha recordado otros tiempos y me ha causado una honda sensación; pero ¿puede una pobre criatura como yo dominar los impulsos del corazón?

—¿Luego, señora—repuso el conde amargamente—el corazón de usted es del Sr. Silva? ¡Bella esperanza de felicidad me ofrece usted para el porvenir!

—¡Por Dios, Augusto, por Dios, no interpretes así mis palabras! ¿Qué más puedo hacer que decirte cuanto siento? Y aunque yo le amara, aunque tú con tu experiencia vieses ese amor en el fondo de mi alma, ¿quién me protegería contra mí propia, si tú me desamparases? ¿Qué sería entonces de mí? ¡Ah!—exclamó Clotilde torciendo con fuerza sus blancas manos al ver la amarga impasibilidad del semblante de su marido.—Si en mi emoción ha habido crimen castiga por ella al infame que ha arrojado á Fernando en tu camino y en el mio, sólo por vengarse de los desprecios con que correspondo á su horrible amor!

Estas palabras conmovieron un tanto al conde, quien se acercó á Clotilde y preguntó con ansiedad:

—¿De quién quiere usted hablar, señora?

—Del marqués de la Oliva. ¡Oh, Augusto, si le hubieras oído esta noche en el teatro hubie-

ras comprendido hasta qué punto desea ese hombre vengarse de mí!

—Pero ¿qué le ha hecho usted?

—Desdeñar sus declaraciones de amor y reconvénirle por su atrevimiento; por eso no ha cesado de buscar un motivo para perderme en tu ánimo; ha podido averiguar por fin mis relaciones de soltera con Silva y te le ha presentado con la esperanza de que, viéndole yo, sucediese lo que no podía menos de suceder: que mi conmoción me vendiese y te hiciese creer que le amaba.

—¡Basta, señora!—interrumpió Augusto con voz de trueno.—Nada quiero saber de lo que concierne á usted; calle ya, y escuche lo que tengo que decirle.

—Pero... ¡Dios mío!

—Usted no me ama ni me ha amado nunca; el afecto de usted hacia mí no pasa de una agradecida amistad por los cuidados de que la he rodeado... No me interrumpa usted, Clotilde; no me ama usted, se lo repito; en almas como la de usted el primer cariño es el que dispone de la existencia, y usted no puede olvidar jamás á Fernando de Silva.

—¿Quién se lo ha dicho á usted?—gritó Clotilde, levantándose, con el cabello desprendido y la actitud desesperada.—¿Quién le ha dicho que yo no amo á usted, que yo amo á ese hombre?

—Mi orgullo; el orgullo, Clotilde, es el verdugo de usted, aunque desgraciadamente tiene muy poca entrada en su alma; el orgullo del hombre á quien usted amaba hizo á usted infeliz, pues le obligó á renunciar cobardemente á su mano; el orgullo del hombre que amaba á usted le inspira un valor que también le obliga á renunciar á usted.

—¿Qué quiere usted decir, Dios mío? ¡Me vuelve usted loca!...—exclamó la condesa con profundo terror.

El conde fijó en su esposa una mirada menos dura conmovido por su acento y actitud; los tres años de felicidad que había disfrutado al lado de Clotilde, el apasionado amor que ésta tenía á sus hijos, su ternura y el cuidado que la infeliz joven había puesto desde que se había unido á él en embellecer su vida, todas estas consideraciones se agolparon á su memoria, y un rayo de alegría brotó en su alma.

Hallaba una posibilidad de perdonar, y para almas como la de Augusto conceder un generoso perdón es la mayor de las felicidades y el más grande de los placeres.

Augusto dió un paso hacia su esposa, y ya extendía sus manos para estrechar contra su pecho la abatida cabeza de Clotilde, cuando se abrió la puerta y entró un lacayo llevando una carta en una bandeja de plata.

—Para el señor conde—dijo el servidor presentando la salvilla á su amo.

Este tomó la carta y rompió el sello, en tanto que Clotilde lanzaba un grito desgarrador, y el criado salía cerrando tras sí la puerta.

ALERE FLAMMAM
VERITATIS

VII

Lazos rotos.

En el sello de lacre que el conde acababa de romper no se veía blasón alguno ni aun iniciales.

La condesa había ocultado el rostro entre las manos con profundo abatimiento mientras que su esposo recorría la carta con ávidos ojos.

Era un anónimo, uno de esos infames escritos que en nuestro ilustrado y luminoso siglo circulan por todas partes y se deslizan en el seno de muchas familias honradas, dejando el veneno de la destrucción y hasta la desesperación que conduce á la muerte.

Aquel odioso billete decía así:

«Una amiga fiel y que tiene en mucho el honor de usted le avisa, señor conde, que está empañado con una mancha indeleble; su esposa tuvo amores antes de casarse con un joven llamado Fernando de Silva; el matrimonio de aquella con usted no interrumpió sus relaciones, y

por fin Silva ha encontrado medio, de acuerdo con la esposa de usted, de hacerse presentar en su casa; el marqués de la Oliva, sin saberlo, ha servido de instrumento en esta intriga.

Haga de este aviso el uso que quiera, pero cualquiera que este sea, la persona que escribe á usted cree deber manifestarle, para su consuelo, que las relaciones de la condesa con Silva han sido tan secretas y tan decorosas, por decirlo así, que al menos han evitado á usted el ridículo del escándalo.

Muchas pruebas de los amores de Clotilde con Fernando pudiera dar á usted la persona que esto escribe, pero no quiere mortificarle con evidencias, sino despertar únicamente en su alma una sospecha que le haga mas cauteloso y corte todo escándalo para lo sucesivo.

UNA AMIGA.»

El desdichado esposo acabó de leer este papel y lo estrujó entre sus crispadas manos con una fuerza convulsa.

Luego se acercó á la condesa con aire severo, pero firme, y que anunciaba una resolución irrevocable, que se pintaba también en su ancha frente y en la mirada brillante de sus ojos.

—Señora—dijo con acento frío y sonoro— desde hoy somos extraños el uno para el otro;

vivirá usted en sus habitaciones con sus hijos, á quienes no quiero volver á ver.

Clotilde alzó la cabeza y miró atónita á su marido; había oído el eco de su voz, pero no había comprendido ninguna de sus palabras.

—Para no dar pasto á las hablillas del mundo—continuó el conde—acompañaré á usted alguna vez al teatro y á los salones en que antes nos veían, pues no quiero que haya en nuestra vida ninguna mudanza ostensible; mas en el interior de nuestra casa, se lo repito á usted, seremos extraños el uno para el otro.

La condesa pareció penetrar entonces el sentido de estas palabras, porque lanzándose sobre la carta que el conde había arrojado al suelo la tomó y, desarrugándola, leyó su contenido.

—¡Es decir—exclamó amargamente—que porque ese hombre ha querido vengarse calumniándome reniega usted de mí, de la madre de sus hijos!

—Reniego de usted y de ellos, señora, es cierto.

—Pero ¿no ve usted adónde alcanza esa carta? ¿No conoce usted de quién es?

—No señora.

—La ha escrito el marqués de la Oliva.

—Estoy cierto de que se equivoca usted; esa letra es de mujer.

—El es capaz de haberla falsificado. ¡Oh, Au-

gusto!—prosiguió la desgraciada joven.—¡Augusto! ¿Será posible que me abandone usted á ese hombre, usted á quien amo tanto? Poco ha que el príncipe de Cellemare tuvo que librarme de los insultos del marqués... El fué quien oyó las insolentes amenazas que me hizo en el teatro, quien me acompañó aquí y quien al despedirse me aconsejó que refiriese á usted cuánto había mediado entre Silva y yo.

—¡Siempre ha de tener usted ese nombre aborrecido entre los labios, señora!

—Es preciso nombrarle por desgracia, Augusto... es preciso... También á mí me quema ese nombre los labios y quisiera no tener que pronunciarle jamás. Pero ¿qué quiere usted que haga, Dios mío? Augusto, crea usted en mi virtud, en mi amor, en mi honradez!... Augusto... ¡fíe usted en mí y nunca volverá á oír de mi boca ese nombre!

Calló la condesa quebrantada por su profundo dolor y se apoyó desfallecida en una silla.

Pero el semblante de su esposo no expresó ni el dulce sentimiento de la piedad ni siquiera el interés más leve; tenía razón, el orgullo se había posesionado de su alma, herida por la creencia de que Clotilde amaba á Fernando de Silva.

Así, pues, en vez de conmovirse con las palabras de la joven, se acercó á ella y le dijo:

—Prevengo á usted, para evitar en lo sucesivo

escenas dramáticas de esta clase, que voy á hacer la vida de marido disipado.

—¡Usted!—gritó Clotilde levantando su bella cabeza, como si hubiera atravesado por sus sienas un dardo de fuego.

—Yo—respondió el conde con su terrible calma—voy á jugar, á pasar fuera de casa las noches, y á...

—¡No, no lo hará usted!—exclamó la condesa.

—Lo haré, señora; si la vista de mi disipación le hace daño puede usted irse al lado de su padre.

—¿Pero qué he hecho á usted? ¿De qué modo he podido merecer la horrible suerte que nos prepara usted, tanto á mí como á nuestros hijos?

Anublóse terriblemente la frente del conde, que apretó los puños y murmuró con voz sorda:

—¡Señora... si estima usted su vida y las suyas... no me nombre usted jamás á sus hijos!...

Y moderándose luego, en virtud de un poderoso esfuerzo de su voluntad, añadió:

—Aun amo á usted por mi desgracia, y para olvidar que usted ama á otro y que esto lo sabe la persona que ha escrito este anónimo, no perdonaré medio alguno, se lo advierto; poco me importa que todo el resto del mundo lo ignore: ese hombre ó esa mujer lo saben, y basta para que yo desee mejor pasar por un marido ingrato y culpable que por un marido víctima.

—¿Conque va usted á castigarme por culpas imaginarias?—observó la condesa con voz ahogada por las lágrimas.

—Señora—respondió Augusto—si llama usted castigo á una decisión que la deja en plena libertad, no seré yo quien se lo impida; llámela usted como más le agrade, pero culpe usted tan sólo á la posición excepcional en que la suerte nos ha colocado; usted será inocente... no quiero meterme á discutir en este punto; será usted inocente de voluntad, pero no lo es de pensamiento, y yo tengo la fatalidad de ser muy exigente y de no contentarme con medias tintas; he querido siempre todo ó nada, y puesto que tengo que renunciar á una parte de su corazón renuncio á todo sin pena.

El conde, al decir estas palabras, se dirigió á la puerta, mas Clotilde le cerró el paso, y tomándole las manos con fuerza, exclamó:

—Yo digo á usted, Augusto, que me calumnias indignamente, y que es usted muy culpable en empujarme así hacia la desesperación; le prevengo que no es justo abandonar así á una pobre mujer cuando ella viene á pedir á usted amparo, aunque esa mujer llevase en el fondo del corazón un amor culpable; más yo sabré pagar á usted bien por mal y le evitaré el que Dios pueda pedirle cuenta de mi vida y de mi honor... sí, porque quiero vivir para mis hijos, para sus

hijos; quiero luchar contra la fatalidad de mi destino y decir á usted algún día: si amé, supe matar mi amor con el deber, pues el deber es el verdugo de todas las pasiones culpables; usted, que me hizo ver en el fondo de mi corazón una pasión cuya existencia ni siquiera sospechaba, para abandonarme después á sus ímpetus, á sus luchas, á sus dolores venga á que le perdone, porque perdonarle ansia la pobre mujer á quien rechazó sin piedad.

Detúvose aquí Clotilde y en vano esperó la respuesta de su esposo; la funesta ceguera de éste ni se había disipado ni le había dejado conmoverse con las enérgicas y sentidas frases de la joven.

—El porvenir me es completamente indiferente, señora —dijo—; olvidaré el pasado, y en cuanto al presente sólo existirá para mí en los placeres de toda clase que desde hoy voy á procurarme; usted nada ha perdido á los ojos del mundo; haré como que no veo las galanterías del marqués de la Oliva; pero queda usted en completa libertad de corresponder á ellas; á los ojos de la sociedad seré un marido complaciente, ó, como dan en decir los necios, un marido á la moda; mas entre los dos quedan rotos todos los lazos que nos unían, y nada somos, nada podemos ser jamás el uno para el otro.

El conde, así que pronunció estas palabras,

salió del cuarto de su esposa y se dirigió al suyo.

Clotilde apoyó sus manos contra el pecho y dejó escapar un hondo gemido.

Un instante después se levantó, dirigióse á una imagen de la Virgen, situada á los pies de su lecho, y oró hasta que la luz del alba vino á hacer palidecer el resplandor de las casi extinguidas bujías.

VIII

El duelo.

Preciso es retroceder algún tanto, lector mío, y que nos traslademos al instante en que el príncipe de Cellemare volvió á buscar al marqués de la Oliva, después de dejar á Clotilde en su casa.

Esperábale, en efecto, el marqués paseando lentamente entre los árboles de la plaza del Rey, y en honor de su valentía debe decirse que pensaba menos en el peligro que iba á correr batándose con el príncipe que en el efecto que su carta debía producir en el ánimo del conde.

Porque él estaba bien cierto de que su anónimo llegaría á su destino, aunque debiese costar la vida á su emisario.

Muchos meses hacía que el marqués sólo veía ante sus ojos la imagen de Clotilde; la angelical virtud de esta joven hacía tan gran contraste

hijos; quiero luchar contra la fatalidad de mi destino y decir á usted algún día: si amé, supe matar mi amor con el deber, pues el deber es el verdugo de todas las pasiones culpables; usted, que me hizo ver en el fondo de mi corazón una pasión cuya existencia ni siquiera sospechaba, para abandonarme después á sus ímpetus, á sus luchas, á sus dolores venga á que le perdone, porque perdonarle ansia la pobre mujer á quien rechazó sin piedad.

Detúvose aquí Clotilde y en vano esperó la respuesta de su esposo; la funesta ceguera de éste ni se había disipado ni le había dejado conmoverse con las enérgicas y sentidas frases de la joven.

—El porvenir me es completamente indiferente, señora —dijo—; olvidaré el pasado, y en cuanto al presente sólo existirá para mí en los placeres de toda clase que desde hoy voy á procurarme; usted nada ha perdido á los ojos del mundo; haré como que no veo las galanterías del marqués de la Oliva; pero queda usted en completa libertad de corresponder á ellas; á los ojos de la sociedad seré un marido complaciente, ó, como dan en decir los necios, un marido á la moda; mas entre los dos quedan rotos todos los lazos que nos unían, y nada somos, nada podemos ser jamás el uno para el otro.

El conde, así que pronunció estas palabras,

salió del cuarto de su esposa y se dirigió al suyo.

Clotilde apoyó sus manos contra el pecho y dejó escapar un hondo gemido.

Un instante después se levantó, dirigióse á una imagen de la Virgen, situada á los pies de su lecho, y oró hasta que la luz del alba vino á hacer palidecer el resplandor de las casi extinguidas bujías.

VIII

El duelo.

Preciso es retroceder algún tanto, lector mío, y que nos traslademos al instante en que el príncipe de Cellemare volvió á buscar al marqués de la Oliva, después de dejar á Clotilde en su casa.

Esperábale, en efecto, el marqués paseando lentamente entre los árboles de la plaza del Rey, y en honor de su valentía debe decirse que pensaba menos en el peligro que iba á correr batándose con el príncipe que en el efecto que su carta debía producir en el ánimo del conde.

Porque él estaba bien cierto de que su anónimo llegaría á su destino, aunque debiese costar la vida á su emisario.

Muchos meses hacía que el marqués sólo veía ante sus ojos la imagen de Clotilde; la angelical virtud de esta joven hacía tan gran contraste

con su cinismo, que quizá de este mismo contraste nació la frenética pasión que el marqués le profesaba, pues una de las prerrogativas de la virtud es ejercer una invencible atracción aun en los seres más depravados y perversos.

Por una aberración de la naturaleza, el marqués de la Oliva estaba dotado de tanto talento como maldad, y de una percepción y un tacto en extremo exquisitos; era capaz de apreciar todo lo que valía Clotilde y se quejaba con amargura de lo que él llamaba su feroz virtud.

¡Quizá no la hubiera amado tanto á ser ella menos pura y angelical! Pero la misma dulzura y suavidad que cautivaban el acre y amargo corazón del marqués le servían para que abusase infamemente de estas celestiales cualidades, aterrando á la pobre joven con las amenazas que le hacía proferir su exasperación.

En tanto que Cellamare conducía á la condesa á su casa, pensaba el marqués con delicia en el efecto que su anónimo podría producir en el ánimo del conde.

—Ya está perdida—se decía—ya está perdida para ella esa felicidad doméstica de que tanto alarde hacía su imbécil marido; éste ya no puede dudar de que una tercera persona sabe los amores de su mujer con Silva, y para distraerse de su desengaño correrá de placer en placer, rompiendo para siempre los lazos que le unían á

Clotilde, pues conozco á ésta demasiado bien para no estar cierto de que llegará á dejar de amar á su marido si va en busca de placeres degradantes.

Las reflexiones del marqués fueron interrumpidas por el ruido de unos pasos precipitados que se dirigían al sitio en que él estaba.

Era Cellemare, seguido de un criado que llevaba una magnífica caja de pistolas.

Al verlos, el marqués se detuvo: Cellemare hizo seña al criado de que dejara la caja sobre un banco de piedra de los que había diseminados por la plaza, lo cual hizo el doméstico, retirándose en seguida á una nueva señal de su amo.

—He hecho á usted la justicia de creer que no se movería de aquí, señor marqués—dijo Cellemare—y por eso traigo armas para los dos.

—¿Y sabe usted si esas armas me acomodan?—preguntó el marqués con altivez.

—No me he detenido en pensarlo—contestó Cellemare con aquella calma mesurada y fría que le daba tanto ascendiente sobre cuantos le rodeaban.

—Permítame usted, sin embargo, que le diga que es muy extraño no se le haya ocurrido esta consideración. Una persona de mi condición no se bate sin testigos y con las armas que su contrario guste imponerle.

—Mi condición, señor marqués, es, por lo me-

nos, tan elevada como la de usted; y advierta que no he dicho *mucho más elevada* por modestia; pero, en este instante, su condición y la mía desaparecen: usted es un infame, que ha insultado á una mujer inocente é indefensa, abusando de la ausencia de su esposo; yo soy un hombre honrado que defiende á esa mujer y le pide cuenta de su conducta.

El marqués se mordió los labios hasta hacerse sangre.

El exceso de su rabia no le permitió pronunciar una palabra.

En aquel momento dieron las dos de la madrugada; el príncipe miró en derredor suyo para ver si el tránsito de las gentes podía estorbarle en su mortífero designio; nada se oía; concluida la función del teatro, todos los espectadores se habían retirado á sus casas, y la plaza del Rey estaba silenciosa y desierta.

Solamente se veía á un sereno apoyado en un ángulo de la plaza; el príncipe se acercó á él, le dijo algunas palabras en voz baja, y al mismo tiempo se oyó un ruido metálico y leve.

El sereno se alejó prudentemente, y Cellemare volvió cerca del marqués, que le esperaba inmóvil.

La luna llena enviaba sus rayos de plata sobre aquellos dos hombres, que iban á tener un duelo á muerte.

De repente pareció á Cellemare oír ruido de pisadas y se dirigió hacia el sitio de donde partía el rumor.

Era producido por los pasos de un hombre, que venía embozado hasta los ojos en una larga capa, y cuya frente se ocultaba bajo un sombrero de anchas alas.

Cellemare reconoció, sin embargo, su andar desembarazado y su elegante porte.

Por su parte el incógnito reconoció también á Cellemare.

—¡Ah! ¿Es usted, príncipe?—exclamó alegremente.—¿Qué hace usted por aquí á estas horas?

Otro que el príncipe hubiera quedado confuso al oír esta pregunta; pero el carácter de Cellemare era tan firme y su conducta tan noble en todas ocasiones, que no daban lugar nunca á la confusión.

—Conde—dijo—no me pregunte usted, porque no puedo contestarle; si quiere usted saber el objeto que me hace estar aquí á estas horas tendrá usted que adivinarlo.

—¿Quizá un duelo?

—Podrá ser... pero usted ¿por qué se halla también en este sitio?

—Yo voy en busca de una aventura.

Al oír estas palabras, el príncipe miró atónito al esposo de Clotilde. Éste continuó:

—¿Quién es el adversario de usted? ¿Tampoco me lo dirá usted?

—Perdóneme usted que le calle el nombre—repuso gravemente Cellemare.

—Es usted misterioso como una novela de Ana Radclife, querido; pero de nada sirve su reserva, porque veo á su adversario y le he conocido: es el marqués de la Oliva.

—Pues hágame usted el favor de ser tan discreto como perspicaz, y á nadie diga lo que va á mediar entre él y yo.

El conde levantó la cabeza con altivez, y preguntó al príncipe, mirándole de hito en hito:

—¿Por quién me toma usted?

Luego añadió, suavizando la voz y la mirada:

—¿Puedo saber por qué es el duelo?

—Por el honor de una mujer desgraciada y muy digna de ser feliz; pero hace ya bastante tiempo que estoy haciendo esperar al marqués y no quisiera que en esta ocasión me acusara de remiso.

—¿Es el duelo á primera sangre?

—Será á muerte.

—¿Luego la dama en cuestión no tiene padre, ni hermano, ni esposo?

—Tiene esposo y padre.

—Entonces es mucha generosidad la de usted, ó ama usted en extremo á esa dama para exponerse á perder la vida por ella, teniendo, como

tiene, apoyos legítimos y naturales; pero ¡ah! ya esigo—continuó el conde;—el padre será demasiado viejo, y en cuanto al marido... ¿qué marido se bate ya? Caería sobre el euitado que tal hiciese un ridículo eterno.

El conde pronunció estas palabras con una risa estridente y contenida, y luego, como si no pudiesen abrirse paso más palabras á través de sus labios, hizo á Cellemare un ademán de despedida y desapareció con lento paso.

El príncipe volvió cerca de su enemigo.

—Perdóneme usted—dijo—ha pasado por aquí el conde D... y he aprovechado la ocasión para hablarle de un asunto mío.

El marqués abrió la boca para preguntar si este asunto concernía á Clotilde; pero tenía sobrado conocimiento del mundo para permitirse nombrar á la mujer objeto de su contienda.

—Tiraremos á diez pasos—dijo Cellemare con una tranquilidad perfecta y presentando dos pistolas al marqués.

Éste palideció, porque conoció que á tan corta distancia era segura la muerte de entrambos; no obstante, tomó una pistola, se inclinó fríamente y contó diez pasos; volviéndose en seguida.

Ya le esperaba el príncipe; dispararon á un tiempo y las balas partieron silbando.

La del marqués pasó el hombro izquierdo de Cellemare.

La del príncipe quedó dentro del pecho del marqués.

Este se apoyó contra un árbol; en un banco inmediato había quedado la caja de pistolas de Cellemare, que tenía otras dos cargadas.

El príncipe se acercó con paso firme á la caja y tomó las pistolas; alargó una al marqués y se quedó con otra en la mano, volviendo á separarse diez pasos.

El marqués seguía apoyado en el árbol con el brazo derecho, porque se desangraba, y con la mano izquierda volvió á apuntar al príncipe.

Mas los dos adversarios bajaron el brazo al ver la imponente figura del conde D... en medio de la distancia que los separaba, es decir, á cinco pasos de cada uno.

Hubo algunos instantes de silencio y de sorpresa, que fueron interrumpidos por el ruido pesado que hizo el cuerpo del marqués de la Oliva al caer al suelo.

Cellemare quiso correr hacia él, mas el conde le detuvo.

—No le mate usted—dijo con voz lenta y solemne, extendiendo su brazo hacia el marqués, como si hubiera querido protegerle.—Las estúpidas leyes de la sociedad me impedían batirme con ese hombre, que persigue é infama á mi mujer; mas no me prohíben vengarme de él de otra manera: doquiera irá en pos ó delante de él; haré

abortar todas sus empresas, le robaré todos sus amores, le heriré en todas sus afecciones. ¡Vivamos con el mundo y según debe vivirse en este siglo de las luces! ¡En este siglo que hace caer el ridículo sobre el marido que se bate por su honor y que le permite vengarse por todos los demás medios posibles!

El conde, al concluir de pronunciar estas palabras, dió un silbido particular y dos hombres acudieron al instante; uno de ellos conducía del diestro al pobre y flaco caballo de un coche de alquiler, que el escuálido animal arrastraba con trabajo.

—Meta usted á ese hombre en el coche—dijo el conde, dirigiéndose al lacayo suyo, que servía de cochero.

Éste, ayudado de su compañero, obedeció la orden.

—Ahora—continuó Augusto—llévenle ustedes á su casa; es el marqués de la Oliva. Es probable que sólo vuelva de su desmayo cuando un médico le haya prodigado los socorros de su ciencia. Así, pues, entréguenle ustedes á Juan, su ayuda de cámara, guardando el más absoluto silencio acerca de lo que acaba de ocurrir.

Los domésticos se inclinaron con sumisión y en seguida echó á andar el coche, llevando á los dos criados en el pescante.

El conde se volvió á Cellemare, que había

permanecido inmóvil y silencioso, y le alargó la mano.

—¡Gracias, noble corazón!—murmuró con una mirada humedecida de lágrimas.—Si algo es en este valle de miserias el saber que hay un sér que pertenece á usted, yo soy suyo mientras tenga un soplo de vida. Muy sombríos veo sus horizontes... Padre sin hijos, esposo sin esposa, la fatalidad me traza con su descarnada mano el camino de mi existencia; mas aun veo en él una luz purísima que le ruego no aniquile, la de su amistad.

Cellemare estrechó, sin contestar, la mano de aquel hombre desventurado, y ambos se separaron en dirección opuesta.

Al día siguiente, y á las ocho de la noche, Fernando de Silva, fiel á la promesa que había hecho al conde, fué á verle á su casa.

Éste le recibió con una política mesurada, que encubría el odio más ardiente y sangriento que jamás ha podido albergar el corazón de un hombre.

Al ver á Fernando, toda su pasada felicidad, todas sus muertas ilusiones se desplegaron como un delicioso y risueño panorama.

Mas este hermoso cuadro se cubrió muy pronto con el negro manto de la desesperación y del desengaño.

Contúvole, empero, esa amarga sujeción del hombre del gran mundo que ha de parecer impasible ante todo.

Fernando de Silva le refirió lo mismo que Clotilde; mas pintó el amor que ésta le había tenido con tanta vehemencia, dió á conocer tan claramente que el haber renunciado á ella había amargado su alma y le había precipitado en la vida de desorden que llevaba, y se manifestó, aun sin saberlo, tan arrepentido por haberla perdido, que si el conde hubiera abrigado alguna duda acerca del amor que ambos jóvenes se profesaban, hubiera desaparecido por completo.

Fernando, cuyo carácter era muy altivo é independiente, no ofreció al conde ahogar su amor hacia Clotilde; dióle á entender más bien que estaba en su derecho sintiéndole y acariciándole como á su único bien.

La ira, los celos, el furor hervían en el alma ardiente del conde en tanto que Silva hablaba; no obstante, el desgraciado hombre de mundo no pestañeó ni perdió su aire cortés é indiferente.

¡Él, que hubiera dado toda su vida por poder ahogar á su enemigo entre sus manos!

¡Extrañas exigencias de la sociedad!

Cuando Silva se despidió del conde lo hizo con una cortesía helada.

Quedaban enemigos irreconciliables; pero sus combates debían tener lugar en los salones.

El conde no le acompañó hasta la puerta, ni le hizo ningún cumplido; en los hombres de honor no tiene cabida la mentira, aunque les exija el mundo un profundo y doloroso disimulo.

Cuando Silva hubo desaparecido, el conde corrió á un *secrétaire*, le abrió y sacó un par de pistolas; cargó y cebó una y acercó el cañón á la sien con mano convulsiva.

Mas de súbito la soltó estremecido, levantó los ojos al cielo y murmuró:

—¿Quién sabe si soy padre!

IX

Malvina.

Las cinco de la tarde del día 28 de Febrero serían, poco más ó menos, cuando una muchacha jorobada y en extremo baja de estatura entraba en el portalito de la casa núm. 3 de la calle de San Bernardino.

La pobre criatura apenas contaría catorce años; á pesar del intenso frío de aquella tarde de invierno, no llevaba más abrigo que un vestido de indiana que había sido azul, y que, á fuerza de lavarle, se había quedado blanquecino.

Habiéndose roto con el uso las primitivas mangas por la parte inferior, la jorobada las había remendado con un pedazo nuevo, flamante, de la misma tela, que hacía parecer el resto del vestido más viejo y deslucido.

La falda, algo corta, permitía ver sus piececillos calzados con unos zapatos de cordobán muy usados, que hacían lucir tristemente la blancura de sus gruesas medias de algodón.

Llevaba en el cuello una esclavina de lana negra, hecha, al parecer, para una persona de mucha más altura; esta esclavina era muy vieja, pero estaba limpia y cuidadosamente conservada y guarnecida con un flequillo de seda que, por haberse roto su primitivo adorno ó quizá por una inocente coquetería de la muchacha, parecía recientemente puesto.

El semblante de esta pobre niña no era bonito, pero tenía cierta expresión de melancólica dulzura que encantaba; sus facciones eran gruesas, sus ojos garzos y una hermosa cabellera rubia se enlazaba detrás de su cabeza con gruesas y apretadas trenzas, rizándose en derredor de su ancha frente.

Cuando entró en el portal sus dientes daban unos contra otros de frío y llevaba en el brazo derecho una cestita cubierta y en la mano un ramo de hermosísimas camelias blancas y de un rojo encendido.

En el estrecho portal trabajaba un zapatero muy anciano.

—Buenas tardes, señor Martín—le dijo la jorobada, al penetrar en el patio, con voz temblorosa por el frío.

—Buenas te las dé Dios, Malvinita—contestó el anciano, que recogía sus utensilios por falta de luz para trabajar, sin levantar la cabeza y conociendo por la voz a la persona que le hablaba;—¿de dónde vienes con este frío?—continuó echando en su cesto las hormas y los retazos de piel que quedaban por el suelo.

—Vengo de comprar la cena, señor Martín—contestó Malvina, mostrando su cestita al viejo.

—¡Ah, qué hermoso es hoy el ramillete!—exclamó el señor Martín, viendo por primera vez las flores que la jorobada tenía en la mano.

—¿Verdad que sí? ¡Poco contenta se va a poner la señorita María!

—¿Pero a las otras no les gustan las flores?

—¡Pues no les han de gustar! Todas tres delirán por ellas; pero como Rosa se las regala a la señorita María, ya se ve... tiene ella más derecho que las otras.

—¿Cómo está la señorita Ofelia?

—Mejor: ya ha cosido hoy desde el alba.

—Ese es el medio de que recaiga.

—Pero ¿qué ha de hacer, señor Martín? Sus hermanas no podían con la labor; la pobre seño-

rita Blanca se ha pasado bordando cuatro días con sus noches casi sin levantarse de la silla.

—¿Y tienen ahora mejor gana de comer?

—¡Cá! No comen nada, señor Martín. Yo no sé qué darles de comer que les guste... Ya se ve, si yo tuviera más dinero de que disponer, ya sabría hacerles cosas apetitosas y manejarme, aunque tengo pocos años; mas ¿para qué me alcanza?... Para una sopa, arroz, un poco de leche y... ¡se acabó!

—¡Pobres señoritas!—exclamó el anciano con melancolía.—¡A esa edad huérfanas y solas!

—¡Y sin más amparo que lo que ganan con sus manos, señor Martín!

—Si yo me atreviese...—dijo el zapatero pensativo;—pero es claro, como tienen ese aire, aunque dulce, algo altanero... y eso que mi mujer dice que son unas palomas sin hiel.

—Es verdad; cuando entra la señora Antonia en nuestra casa siempre dice: «Voy a visitar el nido de las palomas.» Mas ¿dónde se encuentra la señora Antonia?

—Arriba, en la buhardilla, haciendo la cena.

—Aun la tengo yo aquí—dijo la niña mostrando la cestita que llevaba en el brazo, y luego añadió:—a bien que la de la señora Antonia será más entretenida.

—¡Pse! Algo más; una tortilla y una ensalada, que para eso ya ganan estas viejas manos; pero

creo, hija mía, que tanto á Antonia como á mí nos amarga lo que comemos pensando en la triste situación de esas pobres jóvenes; muchas veces le digo: «Antonia, bájales algo á las señoritas;» pero ella me contesta: «Vaya, Martín, no me atrevo; ¿con qué pretexto les doy yo unas patatas, unos huevos ó un panecillo, que es lo único que les puedo ofrecer? Si fuera alguna cosa delicada ¡vaya con Dios! podrían pensar que se les hacía este obsequio por lo particular del género; pero ofrecerles pan ó aceite es decirles que se sabe su miseria, cuando ellas nunca se quejan y ponen tanto cuidado en ocultarla!» Yo conozco que dice bien, y le contesto, según mi costumbre—tienes razón, Antonia—aunque no por eso me duele menos el no poder servir de algo á esas desgraciadas jóvenes.

—Una cosa me ocurre, señor Martín.

—Di, Malvina, tú eres viva como una centella y me gustan tus ocurrencias.

—Cuando la señora Antonia quiera dar algo á las señoritas que me llame y me lo entregue á mí; yo diré que lo he comprado y ellas lo creerán, porque no saben los precios de las cosas.

—¡Cuando digo que eres una centella!—exclamó el señor Martín, contemplando á Malvina con admiración.—¡Vamos, sólo á ti te podía ocurrir una idea semejante! Bien dicen que todas las jorobadas son la misma viveza.

Malvina se sonrió tristemente, en tanto que el zapatero se acercaba á la escalera.

—¡Antoníaaaa!—gritó con su robusta voz.

—¿Qué quieres, Martín?—contestó otra voz cascada desde lo alto de la estrecha escalera.

—Baja.

Oyéronse al instante unos pasos tardos, y la señora Antonia apareció, por fin, en la escalera.

Era la señora Antonia una mujer como de sesenta y seis años, baja de estatura y muy gruesa; su cara grande y alegre estaba animada por dos ojillos vivos y penetrantes, á los cuales servía de dosel una ancha frente coronada de cabellos blancos como la nieve.

Su vestido de percal estaba remendado por muchas partes, pero limpio y bien cortado; llevaba en el cuello un pañolón de lana muy usado, formando cuadros encarnados y verdes, medias azules y fuertes zapatos de cordobán, obra de su marido.

Acabó de bajar la escalera, y cruzando sus gruesas manos sobre el vientre miró al señor Martín y le preguntó:

—Vamos, ¿qué quieres?

—Oye, Antonia—contestó el zapatero—súbete á Malvina y pónle en su cestita alguna cosa de lo que tengas para que lo aumente á la cena de las señoritas; á ella se le ha ocurrido decir que o ha comprado y...

—¡Calla, pues es verdad!—exclamó la señora Antonia, interrumpiendo á su marido.—Vamos, ¡si esta chica sabe más que un *doctor*! ¡Y yo que no discurría cómo hacer para ayudar á esas pobrecitas!... ¡Porque, en fin, como son así, tan llamadas, tan tristes, y con ese aire!...

—Señora Antonia, tengo mucha prisa—observó tímidamente la jorobada;—si usted quiere subiremos al instante, porque las señoritas no tienen aceite para la luz hasta que yo vaya.

—¿Le llevas ahí, hija?

—Sí, señora.

—Pues abulta muy poco.

—No llevo más que una panilla (*); me quedaron sólo seis cuartos y las señoritas se van á entristecer mucho, porque después de hacer el arroz para cenar, ya ve usted cuán poco queda para el yelón.

—Mejor, así coserán menos.

—Pero si no acaban lo que están haciendo no tendremos dinero para mañana.

—Antonia, pónle aceite en la cesta—dijo magistralmente el señor Martín á su esposa.

—Aceite no puede ser porque se acabó, pero tengo dos velas y se las daré, aunque son de

(*) Medida que equivale á la cuarta parte de un cuartillo.

sebo, para que se remedien, que más vale algo que nada; vaya, sube, hija, sube.

La señora Antonia empezó á subir lentamente la escalera seguida de Malvina.

El señor Martín cerró la puerta de la calle y siguió también á su esposa, llevando á la espalda el cesto que contenía las herramientas de su oficio y la obra empezada.

X

Caridad.

La señora Antonia empujó la puerta de su buhardilla, que había dejado entornada, y entró en ella con su marido y Malvina.

Si no habéis estado, lectores míos, en una buhardilla de Madrid, no podréis tener una idea exacta de lo que son las buhardillas, pues las de provincias se diferencian mucho de éstas.

Mas en las buhardillas de la corte hay también sus categorías, y la de la calle de San Bernardino, adonde os he conducido, era una de las peores de la coronada villa, es decir, de las peores del mundo.

Figuraos un camaranchón de diez pies cuadrados, y cuyo techo, que empieza ya muy bajo junto á la puerta, va descendiendo progresivamente hasta tocar al suelo por el extremo opues-

—¡Calla, pues es verdad!—exclamó la señora Antonia, interrumpiendo á su marido.—Vamos, ¡si esta chica sabe más que un *doctor*! ¡Y yo que no discurría cómo hacer para ayudar á esas pobrecitas!... ¡Porque, en fin, como son así, tan llamadas, tan tristes, y con ese aire!...

—Señora Antonia, tengo mucha prisa—observó tímidamente la jorobada;—si usted quiere subiremos al instante, porque las señoritas no tienen aceite para la luz hasta que yo vaya.

—¿Le llevas ahí, hija?

—Sí, señora.

—Pues abulta muy poco.

—No llevo más que una panilla (*); me quedaron sólo seis cuartos y las señoritas se van á entristecer mucho, porque después de hacer el arroz para cenar, ya ve usted cuán poco queda para el yelón.

—Mejor, así coserán menos.

—Pero si no acaban lo que están haciendo no tendremos dinero para mañana.

—Antonia, pónle aceite en la cesta—dijo magistralmente el señor Martín á su esposa.

—Aceite no puede ser porque se acabó, pero tengo dos velas y se las daré, aunque son de

(*) Medida que equivale á la cuarta parte de un cuartillo.

sebo, para que se remedien, que más vale algo que nada; vaya, sube, hija, sube.

La señora Antonia empezó á subir lentamente la escalera seguida de Malvina.

El señor Martín cerró la puerta de la calle y siguió también á su esposa, llevando á la espalda el cesto que contenía las herramientas de su oficio y la obra empezada.

X

Caridad.

La señora Antonia empujó la puerta de su buhardilla, que había dejado entornada, y entró en ella con su marido y Malvina.

Si no habéis estado, lectores míos, en una buhardilla de Madrid, no podréis tener una idea exacta de lo que son las buhardillas, pues las de provincias se diferencian mucho de éstas.

Mas en las buhardillas de la corte hay también sus categorías, y la de la calle de San Bernardino, adonde os he conducido, era una de las peores de la coronada villa, es decir, de las peores del mundo.

Figuraos un camaranchón de diez pies cuadrados, y cuyo techo, que empieza ya muy bajo junto á la puerta, va descendiendo progresivamente hasta tocar al suelo por el extremo opues-

to; figuraos también en este extremo una ventanilla, abierta en el mismo suelo y que da á un espacioso tejado, paseo de todos los gatos de la vecindad, mas por lo mismo, muy limpio de ratones y sabandijas.

Este tejado, además, tenía, preciso es confesarlo, un aspecto muy alegre; las lluvias habían tapizado de un tupido musgo sus anchas tejas y habían hecho nacer en las uniones algunas hierbas.

Pero no era nada de esto lo que le prestaba el mayor de sus encantos, sino la habilidad del señor Martín y el cuidado y la paciencia de su esposa.

Todo el espacio que daba frente á la ventanilla de la buhardilla, y formando un cuadro como de tres varas, se veía cubierto con unos cueuruchos ó gorros de estera, primorosa y sólidamente cosidos con bramante.

Aquello era una especie de toseo invernadero: durante las horas de sol, la señora Antonia iba levantando los aparatos de estera é iba apareciendo un verdadero huerto.

En los dos primeros surcos que formaban las tejas había colocado el señor Martín espesas capas de tierra traída de los campos en los paseos que daba con su esposa durante las tardes de los días festivos; allí había plantado maíz, judías, lechugas y lentejas.

Este huertecillo estaba cercado y ensanchado por cuatro cajones de madera comprados en el Rastro (*).

Estos cajones contenían perejil, hierbabuena, geranio de rosa y sándalo, esa hermosa planta cuyo aroma y verdor duran tanto tiempo y son respetados por el rigor de las estaciones.

Había además delante de la ventana cuatro macetas de barro con resedá, mejorana, ajedrea y toronjil, pero tan frondosas y lozañas, que hacían olvidar se estuviese en el mes de Enero.

La ventana se cerraba con su correspondiente puerta de madera y además con una cortina de bayeta encarnada, hecha de la parte mejor de una basquiña vieja de la señora Antonia, y á su lado se veía la cama de los esposos, grande, alta, mullida y cubierta con una colcha de indiana oscura con fleco blanco.

Aquella hermosa cama, sin embargo, constaba sólo de un tablado con sus bancos de pino pintados de verde; de un colchón y de un jergón, cuya tela de estopa había hilado la señora Antonia de recién casada; este jergón estaba tan relleno de paja fresca, que parecía lucir toda su obesidad inspirado por el benéfico deseo de di-

(*) Sitio donde se venden en Madrid toda clase de ropas, muebles y trastos viejos á los precios más ínfimos.

simular la tisis del colchón que le hacía compañía.

En efecto, éste no podía ser más delgado; pero si hubierais levantado las sábanas de blanco lino perfumadas con espliego, las dos mantas de algodón y la colcha de indiana, os hubierais enamorado de su limpieza y del esmero con que estaba zurcido en mil partes.

Volvió sobre la colcha un gran dobléz de la sábana de encima, guarnecida con una tira de picos de punto de aguja, y coronaban el lecho dos almohadas de tela de algodón blanquísima y orladas de una guarnición como la de la sábana.

Sobre la cabecera del lecho se veía un gran crucifijo de yeso, un marco de nogal que encerraba una estampa de la Virgen de la Almudena y una pilita de barro con agua bendita, y debajo de todo esto una pequeña palma, también bendita, sujeta á dos clavos con dos lacitos de cinta de color de rosa.

Enfrente del lecho había una mesita de pino pintada de oscuro, cubierta con un tapete de la misma indiana de la colcha y guarnecida con los mismos picos.

Sobre la mesa había una urnita de vidrios, unidos con cintas azules, en cuyo fondo se veía á Santa Teresa de Jesús rezando en su celda.

La señora Antonia, que había sido cocinera

de un convento antes de casarse con el señor Martín, y que aun seguía siendo mandadera del mismo, había recibido aquella urna como regalo de las religiosas, y preciso es confesar que estaba trabajada con un primor admirable, advirtiéndose una propiedad sin igual en los detalles.

A los dos lados de la urna había dos candelabros de estaño con dos velas de sebo que rodeaban unas arandelas de papel recortado.

Había además en el aposento un gran arcón, ennegrecido por el tiempo, cuatro sillas de pino iguales y otra más baja que sostenía el cesto de la calceta de la señora Antonia y estaba colocada junto á la ventana.

A los pies del lecho había una puertecita cubierta con una cortina de algodón blanco.

Allí estaba la cocina ó más bien un estrecho retrete que servía de tal, con su fogón de ladrillos, su vidriado resplandeciente de limpieza y su alacena.

El señor Martín colocó el cesto de su labor y su esposa alzó la cortina blanca, aumentándose instantáneamente el delicioso olor á tortilla que salió de la cocina.

—Tienes color de frío, pobrecita—dijo después á Malvina;—vaya, acércate al fuego; somos demasiado pobres para tener brasero, pero aquí en la hornilla podrás calentarte las manos.

—Gracias, señora Antonia—contestó la ni-

ña;—no puedo detenerme, porque ya he dicho á usted que las señoritas estarán á oscuras y no podrán trabajar.

—¡Qué buena es!—exclamó la señora Antonia mirando á su esposo.—¡Quién había de decir, cuando vivían sus padres, que había de ser tan infeliz!

—¡Es verdad! ¡Han tenido ustedes la dicha de conocer á mis padres!—dijo Malvina á la anciana.

—Sí, hija mía; muchos años han vivido en el cuarto segundo de esta casita inmediata; eran dos jóvenes muy buenos y hacían una vida ejemplar; tu padre era pintor, tu madre bordaba primorosamente y ayudaba á su marido á ganar el pan; la pobre Mercedes era muy hermosa, y en esto no te pareces á ella.

Estas crueles palabras no hirieron el corazón de la infeliz jorobada, que estaba pendiente, por decirlo así, de los labios de la señora Antonia, como siempre que ésta hablaba de sus padres, que lo hacía con mucha frecuencia.

Malvina repuso con acento triste:

—Nunca me canso de oír á ustedes hablar de mis padres, señora Antonia; aun los recuerdo yo, pero así, como se recuerda un hermoso sueño; me parece que los veo todavía, á mi padre pintando países de abanico, á mi madre bordando á la luz de su lámpara, sentada junto á la

misma mesa en que mi padre trabajaba. También recuerdo la cuna en que me acostaban, tan blanca, con sus almohaditas de encaje y sus cortinas recogidas con lazos azules.

—Pues bien pequeñita los perdiste, hija mía—dijo la señora Antonia encendiendo su velón, pues ya no se veía nada en la buhardilla.

—A pesar de eso, señora Antonia, los recuerdo muy bien.

—Aun recordarás mejor los malos tratamientos que te daba la malvada de tu tía cuando fuiste á su poder.

—Me acuerdo menos de eso que de mis padres—respondió Malvina,—yo tengo la dicha de olvidar muy pronto el mal que me hacen; además no podré olvidar jamás que mi tía consintió en que viniese á vivir con mis buenas señoritas, que son tres ángeles.

—Sí, como dice mi mujer, son tres palomas sin hiel—observó el señor Martín, que había colocado la luz en una mesilla y se había puesto á trabajar.

—Lo cual no quita—añadió la señora Antonia—que esta pobrecita pase hambre y frío con ellas y no gane un cuarto; al menos su tía, la almacenista de bordados, es rica.

—¡Ay, Dios mío! ¿Tienen las señoritas dinero que darme? Mi tía, para cuya casa trabajan, les paga muy mezquinamente sus labores; en cuan-

to al hambre y al frío, ellas lo pasan también; además, señora Antonia, me daría vergüenza tomar dinero por lo poco que las sirvo; prefiero vestirme con lo que ellas dejan... mire usted esta esclavina que ha sido de la señorita Ofelia y que con tanto primor ha arreglado para mí.

—Si no te pareces á tu madre en el cuerpo te pareces á ella en el alma—dijo la buena anciana mirando conmovida á Malvina;—pero—añadió—es muy tarde, tú estarás haciendo falta; dame la cestita y te pondré cuatro huevos frescos que me han dado hoy las señoras religiosas, una tacita de miel blanca, que también me han regalado y estas dos velas de mis candeleros, pues no tengo otras.

—Pero, señora Antonia, ¿va usted á dejar sin miel al señor Martín, cuando tanto le gusta?

—Las señoras le guardan siempre y ya la comerá otro día.

—¿Y deja usted los candeleros sin velas?

—Mañana le pagarán á Martín los zapatos que está concluyendo y compraré otras; eso sí, que á mí me gusta tenerlo todo *aparente*; pero hoy nadie lo ha de ver ya.

—La señora Antonia colocó en la cesta de Malvina los huevos, la taza con la miel y las velas que sacó de sus candeleros de estaño, cuidando mucho de no echar á perder las arandelas de papel.

—Dios le pague á usted su caridad, señora Antonia—dijo la jorobada, ya en el umbral de la puerta.

—Vaya, hija, que él te acompañe—repuso la buena anciana;—pero espera á que te alumbre.

—No, que se va á quedar á oscuras el señor Martín—contestó la niña, dejando la puerta abierta;—veré á bajar la poca escalera que hay.

Malvina, después de decir esto y de dar las buenas noches á los ancianos, bajó ligeramente la escalera; pero aun oyó decir á la señora Antonia:

—Vamos á cenar, Martín; después acabaré yo la calceta y tú los zapatos, y mañana podré comprar un buen cuarto de gallina para esa pobre señorita Ofelia, que está tan delicada.

XI

Un nido de palomas.

Malvina llegó al piso situado debajo de la buhardilla del zapatero, que era otra buhardilla con menos escalera y algo más capaz y mejor acondicionada.

La puerta era muy estrecha, y su pintura, que parecía reciente y estaba brillante como la caoba bruñida, contrastaba tristemente con la

fealdad de la angosta escalera de yeso, que ni aun pasamanos tenía.

La casa no constaba de más pisos que el ocupado por las jóvenes y la buhardilla del zapatero: el terreno interior se había convertido en grandes almacenes que el dueño de la casa tenía llenos de madera y cerrados con llaves que guardaba en su poder.

A pesar de la fealdad del patio, de lo estrecho, húmedo y oscuro de la escalera y de lo ennegrecido de las puertas de los almacenes, la casa tenía en su interior un aspecto risueño, gracias al hermoso y nuevo vestido de cal con que se habían engalanado las paredes.

Malvina llamó suavemente y al instante se oyeron unos pasos ligeros y el roce de un vestido al arrastrar por el suelo.

—Soy yo, señorita—dijo la niña antes de que preguntasen.

La puerta se abrió y una esbelta figura apareció en el umbral.

—¡Cuánto has tardado, Malvina!—dijo con dulce voz la persona que había abierto.

—Señorita, hace un frío que...

—¡Y nosotras sin luz para trabajar! Nos has hecho mucho daño, Malvina, porque nos faltará tiempo, aunque velemos toda la noche, y ya sabes que mi pobre hermana no puede atarse aún.

—Voy á encender corriendo el velón, señorita María—dijo Malvina, entrando por una puertecita que había á la izquierda.

Un instante después salió con un veloncito de hojalata en la mano, que brillaba como si fuera de plata, y entró en una estancia cuya puerta estaba situada frente á la de la escalera.

Un pintor hubiera deseado tener ante los ojos el cuadro que se ofreció á la vista de Malvina para inspirarse en la belleza infinita.

La jorobada colocó la luz en un veladorcito que se veía en el centro y la estancia se iluminó aunque débilmente.

Ésta era reducida y estaba muy pobremente alhajada; pero todo ello respiraba el encanto del orden, de la limpieza y de yo no sé qué sencilla y apacible elegancia.

En el fondo dos grandes alcobas contenían la una dos lechos cubiertos de blanco y velados entre cortinas blancas también, y la otra un lecho igual y una mesa tocador, cubierta y adornada con cortinas de muselina.

En la salita había dos cómodas de madera pulimentada, y sobre una de ellas una graciosa librería de la misma madera, llenas ambas de libros bien encuadernados.

Cuatro columnas de muy buen gusto y de bastante altura servían de rinconeras, sosteniendo cada una de ellas una escultura que re-

presentaban los cuatro elementos; estas esculturas de bronce antiguo eran también de una rara belleza artística y parecían restos de una opulencia, á la cual habían ido unidos un gusto exquisito y un gran sentimiento de lo bello.

Dos balconcitos de madera iluminaban la estancia durante el día; sus puertas eran de vidrios verdosos y emplomados; pero en aquel momento toda su fealdad estaba cubierta con unas anchas cortinas de muselina festoneadas de azul, como las de las alcobas.

Un sofá y algunas sillas de madera tallada, con asientos de cerda oscura, llenaban los huecos del aposento, menos los que quedaban entre las dos alcobas y los dos balcones.

A los dos lados del sofá había dos grandes sillones de cuero oscuro, como la cerda de los demás asientos.

Cuatro cuadros grandes, pintados al óleo, ocupaban las paredes, representando uno á Santa Teresa de Jesús en actitud de escribir; otro á Rafael pintando; otro á Corina improvisando en el Capitolio, con su lira, y otro á Miguel Angel concluyendo una estatua de la Virgen.

Sobre el sofá había suspendidos los retratos de un hombre y de una mujer, jóvenes aún y de rara belleza.

El hueco que quedaba entre las dos alcobas estaba ocupado por un hermoso piano, y, final-

mente, entre los dos balcones se veía un *secrétaire* de maderas preciosas, lleno de embutidos y de una hechura antigua y elegante.

Nada más lindo, más poético y más triste á la vez que aquella piececita, baja de techo y cubierta de una estera de las más baratas, pero limpia y cuidadosamente conservada.

Mas lo que aumentaba su encanto era la belleza de sus habitadoras.

Eran tres: Ofelia, María de la Gloria y Blanca de Valdés; su padre, pintor de profesión, había muerto dejando á la mayor de quince años de edad, de catorce á la segunda y de trece á la más pequeña; siguióle muy pronto su esposa, no pudiendo sobrellevar la amargura de una pérdida tan cruel.

Las tres huérfanas quedaron sin apoyo sobre la tierra, y hubo gentes tan despiadadas que se presentaron á ellas quejándose de deudas que seguramente no había contraído su honrado padre, ó que si las había contraído había sido en mucha menor cantidad que la reclamada.

¿Qué podían hacer las desgraciadas criaturas? Llorar en silencio. Dijeron que no poseían más que los muebles de su casa y los cuadros de su padre, y los crueles acreedores se llevaron lo mejor que había, ó más bien casi todo lo que tenía algún valor, sin que las pobres niñas opusieran resistencia alguna.

Cuatro meses después el dueño de la casa en que vivían las despidió, haciéndoles saber al mismo tiempo que le debían aún cuatro mil reales de alquileres de cuando vivían sus padres.

Las infelices repitieron su respuesta:

— Sólo poseemos en el mundo los pocos muebles que nos han dejado en la casa; tome usted lo que guste para cobrarse.

El rico propietario se indignó, juró y maldijo su generosidad, acabando por llevarse todo lo que aun quedaba de algún valor.

Las tres hermanas resolvieron buscar un cuarto más barato y se mudaron á él con los pobres restos que la rapacidad de aquellos seres sin corazón les habían dejado.

En su nueva vivienda y en el cuarto segundo de la misma casa habitaba una viuda y su hija, que ganaban su subsistencia bordando y cosiendo, y buscaron labor á las pobres niñas, compadecidas de su abandono y de la miseria que les amenazaba de cerca, pues habían consumido la escasa suma que les había quedado á la muerte de sus padres.

Pero su trabajo no bastaba para su manutención y pagar la casa, y empezaron á deber al casero, que, á los dos meses, las despidió, como el anterior, quedándose también con cuantos muebles pudo.

Solamente se salvaron, por la previsión de la

viuda, el piano de las huérfanitas, los retratos de su madre y de su padre, el escritorio de éste, la sillería peor de la casa y las esculturas de bronce, última compra que había hecho su pobre madre llena de alegría, pues eran objetos que siempre había deseado mucho.

La caritativa viuda les buscó en seguida el modesto cuarto de la calle de San Bernardino, las enseñó á arreglarse á lo que tuvieran, por poco que fuese, y les hizo comprender la amarga verdad de que estaban reducidas á vivir con el trabajo de sus manos.

Además les llevó, para que las ayudase y les hiciese compañía, á la pobre Malvina, niña entonces de once años, y cuya tía, dueña del almacén de costuras y bordados para donde ella y su hija trabajaban, le daba muy mal trato.

Las amables jóvenes acogieron con el mayor cariño y alegría á aquella otra niña, más desgraciada aún que ellas, y la trataron desde aquel día como una hermana menor.

Pero Malvina, á cuyo delicado instinto no se escapaba nada de lo que debía hacer, conocía la diferencia que había entre ella y sus señoritas, como llamaba á las tres hermanas.

El zapatero Martín, que era quien calzaba á la viuda y á su hija, por ser muy barato, fué quien le habló de aquel cuartito desalquilado y quien le llevó á Malvina, diciéndole que su padre ha-

bia sido siempre un buen ayudante del eminente pintor Valdés, el cual le confiaba algunos trabajos de poca importancia, que luego le pagaba muy bien.

XII

Las tres gracias.

Cuando Malvina colocó sobre el velador el veloncito de hojalata que llevaba en la mano, la estancia se iluminó con una luz vaga, pero bastante para distinguir á las tres huérfanas, que la esperaban con una ansia mezclada de pena.

Nada podía dar mejor una idea exacta de esas tres bellísimas hermanas que la fábula nos ha hecho conocer con el nombre de las tres gracias como estas tres encantadoras jóvenes.

Ofelia, la mayor de ellas, apenas contaría diez y ocho años, y si hubiera existido ya en el mundo en los tiempos del gran Shakespeare, se hubiera podido creer que de ella había copiado el poeta la suave y poética amante del príncipe de Dinamarca.

Todos los que han leído el *Hamlet* han podido concebir á la dulce Ofelia, alta, blanca, casi aérea, con grandes y tristes ojos negros y elásti-

cos bucles de azabache jugueteando por su frente y hombros.

Tal era Ofelia de Valdés; en el instante en que la presento á mis lectores estaba sentada en uno de los dos sillones que ocupaban los lados del sofá y tenía el codo apoyado en uno de los brazos de su asiento y la mejilla en la palma de su mano, blanca y casi diáfana.

La actitud y el aire de su figura indicaban el sufrimiento y un abatimiento triste é hijo de la resignación.

Llevaba un traje de lana de color de café, cerrado hasta el cuello y vuelto sobre él un cuello blanco y liso que realizaba la gracia virginal de su garganta.

Bajaban las mangas de su traje hasta sus hermosas manos, abrochándose allí y haciendo el oscuro color de la tela resaltar su ebúrneo dibujo.

Era alta, flexible, y en su rostro, en su talle y en toda ella había tanta belleza como dulzura é idealidad.

Su tez, blanca y tersa como el nácar, era suave como el cristal cuajado: bajo su frente, inocente y pura como la de una niña, brillaban dos ojos negros, rasgados, guarnecidos de largas y convexas pestañas y llenos de mansedumbre y de ternura; cortaban esta frente dos cejas de suave dibujo, negras y sedosas como el cabello,

que, en gruesas trenzas, rodeaba su cabeza de virgen.

Su rostro, de un óvalo prolongado y gracioso, terminaba en una linda barba, cuya suavidad hacia un delicioso contraste con el dibujo majestuoso de su frente; conocíase que su boquita había sido de púrpura poco antes, pero ahora ostentaba sólo un dulce matiz de rosa.

El resto de sus facciones era un modelo de gracia juvenil y cándida, pero su talle frágil y sus manos delgadas hasta la transparencia acusaban, no menos que su palidez, el mal estado de su salud.

Gloria, la segunda, después de haber abierto la puerta á Malvina, permanecía de pie junto al piano esperando la luz; nosotros ya la conocemos un poco por la pintura que de ella hizo el marqués de la Oliva durante la comida que tuvo lugar en casa del conde.

Nada había exagerado al describir su belleza el marqués; su talla, menor que la de Ofelia, no pasaba de mediana; tenía el cabello de un rubio dorado y vaporoso y los ojos del más hermoso azul.

Las demás facciones se asemejaban á las de su hermana en la corrección de su dibujo, en la delicadeza de sus contornos y en la suavidad de su expresión.

Su nombre parecía embellecerla, porque nada

puede dar tan exacta idea de la hermosura de un ángel como aquella blonda joven, tan suave, tan rosada, tan graciosa y de una belleza tan muelle é inocente.

Su traje se diferenciaba poco del de Ofelia: llevaba otro vestido oscuro de lana, tan usado como el de aquélla, y tan largo, que se doblaba en gruesos pliegues sobre el pavimento; de este modo su graciosa figura adquiría un aire de majestad llena de gracia y que no perjudicaba en nada á la blandura de sus diez y siete años.

Gloria llevaba sobre su traje, y encubriendo los contornos de su talle, una esclavina negra, en todo idéntica á la que le hemos visto á Malvina, y vuelto sobre ella un cuellecito igual al de su hermana.

Apoyada junto al balcón y cantando una sonata, cuyo compás llevaba con los dedos sobre los vidrios, estaba Blanca, la más joven de las tres huérfanas.

Su estatura era igual á la de Gloria; pero entre su semblante y el de ésta había tanta diferencia como entre el de Gloria y el de Ofelia.

Blanca era mas trigueña que sus hermanas, pues así como la belleza de las dos primeras armonizaba con sus nombres, la de la menor parecía formada para desmentir el suyo.

Sus ojos garzos, de ese color tanto mas hermoso cuanto es mas indefinible, eran rasgados,

dulces y llenos de la alegría de la adolescencia, pues sólo contaba diez y seis años; coronábanlos unas tendidas cejas de color castaña, lo mismo que sus largas pestañas y que sus cabellos, espesos, sedosos y naturalmente rizados en copiosas y suaves ondas.

Su estrecha frente y su boca, pequeña y purpurina, no menos que el color castaño subido de su rica cabellera y el seductor matiz de sus grandes ojos, la hacían asemejarse á una bella escultura.

Ostentaban sus formas, más redondas y perfectas que las de sus hermanas, esa seductora robustez de la adolescencia cuando aun no han combatido al corazón sus primeras penas, ni la imaginación ha soñado, ni los ojos han pasado sin dormir una sola noche.

Su seno, elevado y turgente, hacía parecer más seductora la graciosa delgadez de su cintura; su garganta, redonda, era blanca, pero no diáfana como la de sus hermanas; llevaba el cabello, que se cortaba á la altura del hombro, partido sobre la frente, y bajaba después en gruesos y lustrosos rizos acariciando su cuello y sus mejillas.

En cuanto á sus diminutas manos y á sus piecillos, esas dos perfecciones cuya imposible adquisición desespera á las personas vulgares, eran seductores como los de sus hermanas.

Blanca llevaba un traje igual en hechura al de Ofelia y al de María, pero en mejor estado y de un color mas lindo, pues era de merino violeta.

No llevaba esclavina, sino un cuellecito blanco y liso, como los de sus hermanas, sobre el cerrado escote de su traje.

Nada más puro, más risueño, más fresco, más rico de gracia y de juventud que la figura de Blanca.

A pesar de no llevarle Ofelia más que dos años y uno solamente Gloria, ambas la mimaban con entrañable amor y la preferían en todo á sí propias, recordando el profundo cariño que sus padres le habían profesado, y creyendo que, como la menor, tenía derecho á toda su ternura.

La generosa índole de Ofelia y de María, el carácter dulce y apasionado de ambas se revelaban, mejor que en nada, en su inmenso amor á Blanca, quien, por su parte, les pagaba con usura sus cuidados y su afecto.

Las tres hermanas parecían haber sido formadas por Dios para patentizar hasta qué punto puede hacer hermosa á la mujer y cuántas fases puede dar á su belleza moral y física.

Ofelia, alta, majestuosa, espiritual y perfecta hasta lo sublime.

Gloria, rubia, angelical, blanda, suave y llena de poesía y mansedumbre.

Blanca, inocente, fresca, robusta, voluptuosa, risueña é infantil.

Y las tres bondadosas, sensibles, sumisas, generosas, bellas de corazón hasta el heroísmo, bellas de cuerpo hasta la idealidad.

XIII

La velada.

Malvina, después de dejar la luz, cerró las maderas del balcón de la derecha y luego se aproximó al de la izquierda, en el cual estaba apoyada Blanca, para cerrarle también.

—¿Se ha paseado usted á su gusto, verdad, señorita Malvina?—dijo Blanca haciendo una cortesía que puso su estatura al nivel de la exigua talla de la jorobadita.

—No, señorita—contestó dulcemente la niña;—no he paseado nada: ¡si supiera usted qué frío hace para pasear!

—¿Pues en dónde has estado?—preguntó á su vez María en tanto que colocaba el velador del centro de la sala cerca del sitio donde estaba sentada Ofelia.

—Me entretuvo Rosa, señorita—contestó la jorobada cerrando el balcón que ya había dejado libre Blanca.

Luego añadió:

—Rosa me encontró en la calle, iba á llevar un hermoso canastillo de ramilletes á casa del conde D....., que da un baile esta noche; las flores eran para el tocador de las señoras, y á fin de que éstas puedan cambiar las que se marchiten de su *bouquet* y su peinado.

Ofelia dejó á este tiempo su sillón y acercó al velador una silla bajita para ella y otras dos para sus hermanas.

—Dios mío, ¡qué aturdida soy!—exclamó Blanca corriendo hacia Ofelia y quitándole de la mano una de las sillas.

—¿Por qué?—preguntó Ofelia sonriéndose.

—¡Estás mala y te dejo traer las sillas!... ¡perdóname, hermanal!

Ofelia, por toda contestación, selló la frente de la niña con un beso y ocupó su silla levantando la mano á sus sienes con un ademán de sumo y concentrado sufrimiento.

—¡Qué pálida estás, Ofelia!—exclamó Gloria, poniendo cerca del velador una canastilla de labor llena de costuras y bordados.

Sonrióse de nuevo Ofelia; pero su sonrisa era violenta y se conocía que dictada sólo por el deseo de disipar las inquietudes de sus hermanas.

—Me siento bien—dijo con dulzura;—pero vosotros os habéis empeñado en alarmaros y alarmarme también: ea—añadió—tomemos la labor... pero ¿qué veo? Blanca, ve á ponerte tu esclavina.

Blanca, inocente, fresca, robusta, voluptuosa, risueña é infantil.

Y las tres bondadosas, sensibles, sumisas, generosas, bellas de corazón hasta el heroísmo, bellas de cuerpo hasta la idealidad.

XIII

La velada.

Malvina, después de dejar la luz, cerró las maderas del balcón de la derecha y luego se aproximó al de la izquierda, en el cual estaba apoyada Blanca, para cerrarle también.

—¿Se ha paseado usted á su gusto, verdad, señorita Malvina?—dijo Blanca haciendo una cortesía que puso su estatura al nivel de la exigua talla de la jorobadita.

—No, señorita—contestó dulcemente la niña;—no he paseado nada: ¡si supiera usted qué frío hace para pasear!

—¿Pues en dónde has estado?—preguntó á su vez María en tanto que colocaba el velador del centro de la sala cerca del sitio donde estaba sentada Ofelia.

—Me entretuvo Rosa, señorita—contestó la jorobada cerrando el balcón que ya había dejado libre Blanca.

Luego añadió:

—Rosa me encontró en la calle, iba á llevar un hermoso canastillo de ramilletes á casa del conde D....., que da un baile esta noche; las flores eran para el tocador de las señoras, y á fin de que éstas puedan cambiar las que se marchiten de su *bouquet* y su peinado.

Ofelia dejó á este tiempo su sillón y acercó al velador una silla bajita para ella y otras dos para sus hermanas.

—Dios mío, ¡qué aturdida soy!—exclamó Blanca corriendo hacia Ofelia y quitándole de la mano una de las sillas.

—¿Por qué?—preguntó Ofelia sonriéndose.

—¡Estás mala y te dejo traer las sillas!... ¡perdóname, hermanal!

Ofelia, por toda contestación, selló la frente de la niña con un beso y ocupó su silla levantando la mano á sus sienes con un ademán de sumo y concentrado sufrimiento.

—¡Qué pálida estás, Ofelia!—exclamó Gloria, poniendo cerca del velador una canastilla de labor llena de costuras y bordados.

Sonrióse de nuevo Ofelia; pero su sonrisa era violenta y se conocía que dictada sólo por el deseo de disipar las inquietudes de sus hermanas.

—Me siento bien—dijo con dulzura;—pero vosotras os habéis empeñado en alarmaros y alarmarme también: ea—añadió—tomemos la labor... pero ¿qué veo? Blanca, ve á ponerte tu esclavina.

—No tengo frío—contestó la niña haciendo un gracioso mohín.

—Eso no importa: esta noche hiela mucho y toserás.

—Pero tú tampoco llevas abrigo ninguno, Ofelia—repuso Blanca,—y eso que estás más delicada que yo.

—¡Ay, Dios mío! ¿Cómo lo ha de llevar si me ha dado á mí su esclavina?—dijo Malvina con acento de profunda emoción; después añadió con timidez:

—Si no la hubiera usado ya, señorita Ofelia, rogaría á usted que la tomase de nuevo.

—Te la di porque te hacía más falta que á mí—dijo Ofelia, y, por lo tanto, te ruego que la lleves siempre.

—Pues á mí me hace daño la esclavina viéndote á ti desabrigada—dijo Blanca;—esta es la razón de no ponérmela, que no lo dejo de hacer por gana de desobedecerte, hermana.

—Vamos, te la pondrás ahora mismo si quieres darme gusto, Blanca: yo soy la mayor, y por consiguiente la más fuerte de las cuatro. Malvina es la más pequeña y más débil de todas, y por lo mismo le hacía falta mi esclavina.

—¿Por qué no le has dado la mía?—dijo Blanca.

—O la mía—añadió María.

—Porque las necesitáis.

—Pues yo no la llevaré como no hagamos un convenio—dijo Blanca con su obstinación de niña mimada.

—Veamos el convenio.

—Que hemos de llevar la mía un día tú y otro yo: tú te la pondrás esta noche.

—Yo pido lo mismo—añadió María:—lleveremos mi esclavina por su turno las tres; mañana se la pondrá Blanca.

—Convenido—dijo Ofelia con su dulce y apacible sonrisa;—tráeme tu esclavina, Blanca, y pongámonos á trabajar, que ya hemos perdido un cuarto de hora.

Blanca entró en una de las alcobas que ocupaba con María, y sacó su esclavina, que echó sobre los hombros de Ofelia, abrochándosela cuidadosamente, mientras Malvina, después de haber arreglado las sillas, salía de la salita.

Las tres jóvenes ocuparon sus asientos en torno del velador y se pusieron á trabajar á la escasa luz de su mísero velón.

—Dame mi bordado, Ofelia—dijo María á su hermana, quien le alargó un pañuelo de espumosa y transparente batista: mas al mismo tiempo que fijaba en él sus ojos exclamó dolorosamente:

—¡Gloria, tienes que hacer calados... de noche... y con esta luz! ¡Dios mío, Dios mío, vas á quedarte ciega!

—No te acongojes, hermana;—repuso la joven

intentando encubrir bajo una sonrisa la angustia que se pintaba en sus preciosas facciones;—todo se reduce á gastar más tiempo; pero haré los calados y no temas que salgan mal.

—¡A costa de inmenso trabajo!—murmuró Ofelia, mientras dos gruesas lágrimas, desprendiéndose de sus ojos, rodaban por sus blancas mejillas.

—Vengan los calados—dijo alegremente Blanca;—yo los haré y Gloria acabará mi peinador.

—¿Tienes tú, por ventura mejor luz que yo?

—No, repuso la niña; pero tú llevas tres días de hacer calados y yo he cosido liso: vaya, cambiemos.

Y la voluntariosa niña asió el pañuelo y echó sobre las rodillas de su hermana un peinador casi concluido y cuyas mangas estaban orladas de riquísimos encajes.

En seguida se acercó la luz, la atizó con una horquilla y la inclinó hacia delante para que luciese mejor; mas de repente lanzó un grito de angustia.

—¿Qué tienes?—preguntó Ofelia asustada.

—¡Ay, Dios mío, el velón está casi sin aceite!... ¿Cómo trabajaremos?

—No asustarse, señoritas—dijo Malvina entrando en la estancia con el ramo de camelias en la mano;—tengo dos velas allá dentro.

Las últimas palabras de la jorobada no fue-

ron oídas por ninguna de las tres hermanas, que habían lanzado un grito de alegre sorpresa al ver las flores, arrojándose todas hacia Malvina.

—¡Oh, qué hermosas!—exclamó Ofelia tomando el ramillete.

—¡Qué bien estarían dos de ellas entre mis cabellos!—murmuró Blanca.

—¡Qué buena es Rosa!—dijo á su vez Gloria.

Estas tres exclamaciones pintaban la cualidad distintiva del carácter de las tres jóvenes.

En Ofelia, el sentimiento de lo bello.

En Blanca, la coquetería.

En Gloria, la bondad.

—¿Dónde has encontrado á Rosa?—preguntó Gloria.

—Voy á dejar arreglada la cena y me vendré á coser—dijo la jorobada.

—Y mientras trabajamos nos contarás lo que te ha dicho Rosa—añadió Blanca.

Desapareció Malvina y las tres jóvenes se pusieron á trabajar con afán.

No obstante, un observador curioso hubiera podido reparar que Ofelia dejaba caer de vez en cuando su labor como desfallecida, llevándose una mano á la frente como si la sintiese abrumada de dolor.

Sus hermanas, absortas en trabajar con la mayor prisa posible, nada advertían.

—¡Mañana vamos á cobrar mucho dinero, mu-

cho!—dijo María manejando su aguja con una asombrosa rapidez.—¡Lo menos seis duros!

—Debemos cuatro al casero—repuso tristemente Blanca.

—¡Bah! Se esperará otro mes.

—Y le deberemos ocho.

—¡Calla por Dios!—murmuró María acercando su linda cabeza al oído de su hermana.—No recuerdes nuestras deudas, Blanca. ¡No ves que Ofelia necesita un médico!

Blanca hizo un signo afirmativo, y una lágrima asomó á sus ojos.

—Ya está aquí Malvina—dijo María volviéndose hacia la puerta, por donde, en efecto, entraba la jorobada, para disimular su conmoción.

—Y que traigo muchas cosas que contar—dijo la niña.

—Ea, pues siéntate y empieza; ¡ya se ve, como tú eres la única que se pasea, en tanto que nosotros estamos aquí siempre metidas!

Blanca, al decir esto, echó sobre las rodillas de la jorobada una pieza de tela blanca, en la cual se puso á coser Malvina con actividad.

—Pues señor—empezó ésta—cuando fui á llevar las camisas al almacén iba yo muy contenta; pero cuando salí salía muy triste.

—¿Pues qué te pasó?—preguntó Blanca.

—¡Ay, señorita! Que los judíos de los almacenistas no me quisieron dar más que la peseta

que restaba del adelanto que nos hicieron la semana pasada.

—¿Entonces no has traído nada para que eene Ofelia?—exclamó María en voz baja, pero con profundo terror.

—¡Cómo se entiende, señorita! ¡Vaya! He traído arroz, huevos frescos, miel blanca y dos panecillos; ítem más, dos velas para trabajar hasta que se concluya la labor y poder cobrar mañana mucho dinero.

—¿Con una peseta has comprado todo eso?—exclamó Blanca sonriendo con malicia.—¡Bah, bah! No lo creo.

—¡Si ahora está todo muy barato... casi regalado! ¡Vaya! ¿Pues con qué había de comprar si no tenía más dinero? Mire usted, yo ando y busco lo que tiene menos precio y corro plazuelas... y tiendas... y luego como me ven así... jorobada... y tan fea... me dan casi de balde las cosas.

La generosa criatura explotaba su propia deformidad en beneficio de las huérfanas, aquella deformidad que tan cruelmente la atormentaba, pues la hacía el blanco de las burlas de todos.

Al penetrante talento de Malvina, talento que iba unido á una percepción exquisita y propia sólo de los pobres seres que se le asemejan, á su claro talento, digo, no se escapaba tampoco que

estaba privada para siempre de todos los goces y de todas las consideraciones de la vida.

Ofelia comprendió todo lo que había de heroico en las palabras de Malvina, aun sin saber de dónde procedía el socorro inesperado que le ofrecía, y por un movimiento espontáneo tomó entre sus manos la cabeza de la pobre niña y estampó en su frente dos tiernos besos.

Arrasáronse de llanto los ojos de Malvina al sentir aquella dulce caricia y besó á su vez la blanca mano de la joven.

XIV

La sombra de la princesa.

—¿Sabremos lo que te ha dicho Rosa?—preguntó impaciente Blanca.

—Como digo, señorita—continuó la niña—iba yo muy triste, y al doblar la calle del Príncipe vi de lejos á Rosa parada en una acera... ¿con quién dirán ustedes?

—¿Con quién?—preguntó María.

—Con aquel señor tan hermoso que todos los días la espera cuando sale de aquí y que nos ha dicho que es...

—El marqués de la Oliva—dijo Blanca.

—Justamente, ese; pues bien, cuando yo llegaba á ellos vi que el señor marqués daba á

Rosa una moneda de oro... así, muy reluciente y bonita.

—¡Ah, ya!—dijo cándidamente María; sería de ochenta reales; como aquellas tres que envié á Ofelia aquella señora por el traje de bautismo que bordó á su niño.

—Sí, sí, lo mismo que aquellas. Rosa la rehusaba y decía: *miste*, señorito, yo no he hecho nada *pa* tanto dinero; tomaré un *durejo* porque no crea usía que es desaire y servirá *pa* *refrescal* con mi Curro; ¡pero tanto, ni por piensol!

—Yo soy muy rico—respondió el señor marqués.

—¡Ea, que no!—replicó Rosa.

Pero al fin tanto instó el otro que Rosa tomó la moneda y se la guardó.

Entonces me acerqué yo.

—¡Hola, chical—me dijo Rosa.—Me alegro de verte, porque me ahorras un viaje al *destierro* de tu casa.

En seguida puso en el suelo un hermoso canastillo de mimbres blancos que llevaba lleno de ramilletes y empezó á elegir.

Ninguno le parecía bastante bueno y los sacó todos, poniéndolos sobre la acera; por fin encontró éste y me dijo:

—Toma, para la señorita.

—¿Por qué me da usted el más hermoso?—la pregunté.

—¡Bah! Cuando se da una cosa se da lo mejor; y además, ¿hay algo que sea bastante bueno y bonito para la señorita María?

—¿Por qué la quiere usted tanto?

—¡Qué sé yo! Tiene un *aquel* y un... Desde el día en que la *probecita* quiso comprarme flores y yo la insulté porque no tenía dinero para pagarlas tan caras como yo las vendía, la quiero más que á mi vida. ¡Luego tiene esa cara de ángel!...

—Pero tan hermosas lo menos son las otras y no las quiere usted tanto.

—*Verdá* es; pero es que á las otras no las he hecho yo llorar como á la señorita Gloria... ¡Y con qué paz y con qué dulzura contestó á mis insultos!... ¡Cuando se lo conté á Curro casi me mata de un palo!

—Animal—me dijo.—¡Si tienes un geniazo!... ¡Cuando nos casemos te he de zurrar hasta que te dome!

—¿Calla, hombre—le respondí;—ya he preguntado á la corcovadilla que la acompañaba dónde viven, y ahora voy á llevar á la señorita el ramo que le gustó.

—¿Y todos los días le llevarás otro igual, ¿estamos?

—Como quieras; pero ¿sabes que un usía que presencié mi conversación con la señorita *dende* la puerta del café de Levante se empeñó en comprarme todos los ramos?

—¿Como te vea *gastar palique* con un *futraque* te *afosilo*.

—¿Y quién le gasta? ¡Pues *miste* qué...!

María y Blanca soltaron la carcajada al ver la propiedad y donosura con que Malvina remedaba á Rosa y á Curro, atiplando la voz para imitar á aquella y ahuecándola para imitar á éste.

En cuanto á Ofelia no hizo más que sonreír con aquella expresión penosa que cada instante revelaba un padecimiento mayor, aunque valerosamente contenido.

—Rosa me dijo—continuó Malvina—que el caballero que le había querido comprar todos los ramos era el marqués de la Oliva.

—También á mí me lo dijo el otro día—añadió Blanca—y me le enseñó, pues al mismo tiempo pasaba por aquí.

En aquel instante el toque de una campana del convento de las religiosas capuchinas indicó que eran las ocho.

—¡Dios mío, Ofelia, qué pálida estás!—exclamó María, que por casualidad había fijado los ojos en su hermana.

—Es que no ha comido nada—repuso Blanca;—Malvina, vamos á cenar.

María y Blanca desocuparon el velador y la jorobada sacó un mantelillo muy blanco que extendió sobre él.

Blanca la ayudó en seguida á traer lo necesario para acabar de poner la mesa, en tanto que Gloria pasaba su pañuelo por la frente de su hermana, bañada de helado sudor.

Blanca puso sobre la mesa cuatro cubiertos de boj y algunos platos de loza ordinaria y Malvina trajo un plato de arroz humeante y los cuatro huevos donativo de la señora Antonia.

Las huérfanas hacían sentar á su mesa á la pobre Malvina, pues ya he dicho que la trataban como á una hermanita menor.

Sentáronse María y Blanca, y esta última empezó á partir el pan, en tanto que Malvina corría en busca de la miel.

Mas un doble y terrible grito la hizo volver temblorosa y asustada.

Ofelia había caído desplomada desde su silla al suelo; á sus lados Blanca y María pugnaban inútilmente por levantarla.

Arrojóse Malvina de rodillas junto á las dos hermanas, viniendo su triste llanto á aumentar la desolación de aquel grupo.

En aquel instante llamaron con fuerza á la puerta de la calle; pero las pobres jóvenes no se apercibieron de ello.

Ofelia seguía en el suelo; la debilidad de aquellas tres infelices criaturas no alcanzaba á mover aquel cuerpo rígido y helado, como si le hubiera invadido la muerte.

De súbito sonaron pasos en la escalera, y un instante después llamaron á la puerta de la habitación.

Malvina abrió maquinalmente, sin cuidarse de preguntar quién era, y el señor Martín apareció en el umbral, seguido de dos hombres embozados en largas capas.

—Señoritas—dijo el honrado zapatero—estos dos caballeros desean ver á ustedes; yo estaba trabajando, oí llamar y bajé á abrir... Pero, ¿qué es eso? ¿Se ha puesto mala otra vez la señorita Ofelia? ¡Bien digo yo que tanto atarearse!...

El honrado zapatero dejó su luz sobre una cómoda é iba á levantar del suelo el cuerpo inanimado de Ofelia, mas al volverse vió á uno de aquellos hombres que había acompañado despojándose de su capa para ejecutar lo mismo que él quería hacer.

Bajo aquella capa apareció la serena y hermosa figura del príncipe de Cellemare.

Arrojó también el sombrero, que ocultaba sus facciones, luego levantó el cuerpo de Ofelia y le depositó en el lecho que Gloria le señalaba.

Ofelia quedó inmóvil, blanca y hermosa como una estatua de alabastro caída sobre una tumba.

Cruzóse el príncipe de brazos, contempló la adorable figura de Ofelia y murmuró en voz queda y temblorosa:

—¡La sombra de mi madre!

XV

El doctor.

Mientras que el príncipe permanecía absorto mirando á Ofelia, otra escena muy distinta tenía lugar en el fondo de la estancia.

El otro embozado que había subido con el príncipe se había desembarazado igualmente de su capa y de su sombrero, arrojándolo todo sobre una silla.

Al verle se acercó Malvina á Blanca y le dijo al oído:

—¡El marqués de la Oliva!

Mas la pobre niña no la oyó, absorta en la afición con que contemplaba á su hermana privada de sentido.

Gloria, por el contrario, había fijado maquinalmente sus ojos en el semblante del recién llegado y un subido carmín coloreó sus blancas y transparentes mejillas.

Había reconocido en él al hombre que sin cesar la seguía y se presentaba ante sus ojos.

Desde el día en que había querido comprar á Rosa su primer ramillete, veíale en todas partes; si se acercaba al balcón, le encontraba situado en la acera de enfrente; si salía para entregar labor con Malvina ó alguna de sus hermanas le

encontraba siempre, y muchas veces la imagen de aquel hermoso joven se había mezclado al insomnio producido por el exceso del trabajo ó por la falta de alimento, pues aquellas pobres niñas habían sentido con frecuencia los rigores del hambre.

El marqués, débil aún y pálido, pues estaba convaleciente de su herida, se dejó caer en el sofá y apoyó la mejilla en la mano, pareciendo reflexionar profundamente.

En tanto el príncipe, saliendo de su contemplación, había acudido al socorro de Ofelia, á cuya nariz acercó su pañuelo impregnado de un fuerte perfume.

Ofelia hizo un movimiento, y el príncipe, volviéndose vivamente hacia las personas que había á su espalda, dijo con voz fuerte:

—¡Un médico!

El señor Martín puso en movimiento sus largas piernas, pero María, con los ojos arrasados de lágrimas y las manos cruzadas, le cerró el paso.

—¡No tenemos dinero!—murmuró con voz tan ahogada, que sólo el anciano pudo percibirla.

—¿Y qué importa que no haya dinero?—repuso éste con acento decidido y con aquella impremeditación propia de las personas en quienes la educación no ha modificado los transpor-

tes del alma.—¡No faltaba más sino que pudiendo yo trabajar aún careciese la señorita de un buen facultativo!

Esto diciendo salió apresuradamente, en tanto que el príncipe contemplaba á Blanca y á María de la Gloria con un interés á través del cual se traslucía una profunda pena.

La contestación del zapatero le había iluminado acerca de lo que la joven podía haberle dicho.

Contemplaba, pues, aquella habitación, en la cual el buen gusto luchaba con la miseria de un modo tan enérgico; aquella pobre cena cuyos manjares no sabía él que existiesen; el menos que modesto lecho en que estaba acostada Ofelia, y sobre todo las abatidas figuras de Blanca y de María, quienes sólo contenían su llanto por un efecto de su dignidad y de su orgullo.

Las desgraciadas niñas, absortas en su pena, ni habían advertido el espionaje del príncipe ni tampoco la malvada alegría que se retrató en las facciones del marqués al contemplar su indigencia y abandono.

Ofelia había vuelto á cerrar los ojos; Blanca y María, inclinadas una á cada lado del lecho, se asemejaban á las estatuas del dolor y de la tristeza.

El príncipe se acercó á Gloria y le rogó con dulzura que le oyese algunas palabras.

La joven, dócil como un corderillo y cediendo á la confianza que le inspiraba aquel hombre de aspecto tan grave y noble, le siguió cerca de uno de los balcones.

—Señorita—dijo Cellemare—yo he sido uno de los admiradores del padre de usted y además uno de sus amigos; artista como él, pero de una nación extranjera, me hallé en Madrid hace seis años sin recursos y sin medio alguno de subsistencia. El padre de usted ocurrió con la mayor generosidad á mi pobreza y me facilitó la cantidad que necesitaba para terminar el cuadro que estaba pintando y poder regresar á Roma, donde debía venderle. Mucho tiempo he buscado á usted y á sus hermanas—continuó el príncipe:—anoche supe, por fin, dónde se hallaban ustedes y he venido á satisfacerles la deuda que contraje con su padre, de cuya muerte tuve noticia en Venecia, con profundo sentimiento.

El príncipe, al decir estas palabras con voz conmovida, presentó á María un bolsillo de seda verde, á través de cuyas mallas brillaban muchas monedas de oro; pero su actitud era tan respetuosa como si hubiera demandado un favor de gran valía.

Gloria alzó los ojos al cielo con expresión de indecible gratitud y sus labios se movieron como si rezase.

—¡Gracias, señor!—dijo con voz trémula y

oscurecida por las lágrimas que contenía con trabajo.—¡No sabe usted el bien que nos ha hecho acordándose de nosotras, pobres huérfanas desvalidas!... Al amigo de nuestro padre puedo decirse todo... ¡Señor, la noble conducta de usted salva á mi hermana de una muerte cierta, pues hace mucho tiempo que está enferma, sin que nuestra indigencia nos haya permitido poner los medios que pueden curar su mal!

El príncipe no respondió á estas tristes palabras, contentándose con mirar á Ofelia con marcado enternecimiento.

La llegada del médico, que venía acompañado del señor Martín, hizo variar la situación; el príncipe, para evitar á María la penosa acción de tomar su bolsillo, le colocó sobre una cómoda y se acercó con la joven al lecho de su hermana.

El doctor asió la helada mano de Ofelia, aplicó el oído á su pecho y tocó sus sienes, bañadas con el sudor de la congoja.

—Aquí no hay más que debilidad y sufrimientos morales—dijo en voz baja;—esta señorita debe haber padecido de espíritu más de lo que puede sobrellevar una edad tan tierna.

El médico pronunció estas palabras con un acento afectuoso, casi paternal; más al fijar sus ojos en las hermosas figuras de Cellemare y del marqués, anublóse su frente y una sonrisa amarga asomó á sus labios.

—¿Qué debemos hacer, señor doctor?—preguntó ansiosamente Blanca, siguiéndole fuera de la alcoba.

—Nada tengo que recetar, querida—respondió el médico con frialdad;—contra las causas que motivan el mal de esa joven no tiene la ciencia remedio alguno.

El doctor se dirigió á la puerta, mientras que la pobre niña rompía á llorar amargamente.

—Nómbreme usted la enfermedad de esta joven, señor doctor—dijo severamente el príncipe, saliendo al encuentro del médico.

—¿Es usted su amante?—preguntó tristemente el médico, que era un anciano de grave y digno aspecto.

—No, señor—contestó con firmeza el italiano.

—¿Es usted su esposo?

—¡No!

—¿Su hermano?

—Tampoco.

—Entonces bien puedo decirle la verdad.

—Dígala usted.

—El mal de esa joven es... ¡disolución!

—¡Doctor!—gritó Cellemare con voz terrible.

—¿Qué quiere usted?—contestó el médico volviéndose desde el umbral.

—Vea usted que no sabemos á quién infamamos, usted profiriendo esas palabras y yo escuchándolas.

—Podrá ser que no sepa usted quiénes son estas jóvenes: yo tampoco lo sabía al venir, mas desde que las vi conocí que estaba en el famoso *nido de palomas*.

—¿Qué quiere usted decir?

—No ha oído usted hablar desde que está en Madrid, porque su acento me hace comprender que es usted extranjero, no ha oído usted hablar del *nido de palomas*?

—Sí... ¡Oh... sí!—exclamó sordamente el príncipe llevándose las manos á la frente.

—En él se halla usted, pues,—dijo el médico bajando la escalera con Cellemare, que le siguió gritando como un loco:

—¡No... no!... ¡No puede ser esa mujer, la sombra de mi santa madre!...

No bien hubieron salido el príncipe y el doctor, seguidos del señor Martín, que fué á alabar, desapareció Malvina; sentóse Blanca á la cabecera de Ofelia y María quedó sola con el marqués de la Oliva.

Durante algún tiempo reinó en la estancia el silencio más profundo.

María, confusa y ruborizada, no se atrevía á levantar los ojos, sintiendo, por decirlo así, la cínica mirada del marqués.

Éste, que tenía sobrado conocimiento del mundo y del corazón de la mujer para que pudiese olvidar durante largo rato lo embarazoso

de semejante posición, rompió al fin el silencio diciéndole á la joven:

—Señorita, la presencia de personas extrañas y el desgraciado accidente de la hermana de usted me han impedido hablarle antes del asunto que me conduce á su casa.

El marqués guardó de nuevo silencio, esperando una contestación, ó quizá reflexionando si debía nombrar al príncipe, á quien desde que subieron la escalera había reconocido; ambos se habían medido con una mirada igualmente terrible, mas la del príncipe estaba respirando desprecio hacia el marqués, al mismo tiempo que la de éste revelaba el odio mas profundo y concentrado.

Resolvióse, por último, á no nombrarle, y viendo que María continuaba en su silencio añadió:

—Mi amiga, la señora duquesa de Ríoclaro, quien por una grave indisposición no ha podido venir personalmente á verla, me ha dado una carta para usted.

—¡Una carta para mí!—repitió sorprendida María de la Gloria;—¡si yo no conozco á esa señora!...

—Lo creo, señorita, pero ella conoce á usted como puede ver por la carta de que le he hablado.

Carlos, al decir estas palabras, presentó, en

efecto, á la joven, una carta de papel rosado, perfumada, y en cuyo sobre se leía con una letra clara y menuda:

«A la señorita María de la Gloria Valdés.»

María rompió el sello, que lo formaba una corona ducal, impresa en lacre blanco, y leyó el billete, concebido en estos términos:

«La duquesa de Rioclaro participa á la señorita María de la Gloria Valdés que, teniendo noticia de su rara habilidad para la música, desearía dñese lecciones de piano á su hija Nélida, de edad de siete años.

«La duquesa espera mañana, á las cuatro de la tarde, en su palacio, á la señorita María, para que fije por sí misma sus honorarios y la hora de dar las lecciones.»

María guardó este billete, y una viva alegría iluminó su semblante encantador.

¡Podría ganar algún dinero para que sus hermanas no trabajasen tanto!

Este pensamiento no le dejó ver el estilo humillante de la carta; no advirtió que en ella la duquesa no llamaba á su hija *señorita*, sin duda por no igualarla con ella.

Su inocencia no le hizo tampoco extraño el singular medio de que se había valido la duquesa para enviarle su carta; mas el marqués, que era sagaz hasta un punto increíble, se apresuró á decir:

—La duquesa, señorita, podía haber á usted enviado esta carta por uno de sus criados; mas le han hablado tan favorablemente del carácter y costumbres de usted y de sus hermanas, que me ha rogado me encargase de este asunto por deferencia hacia usted y su familia.

—¿Quién ha podido hablarle de nosotras?—preguntó cándidamente María.

—Lo ignoro, señorita.

—Nadie nos conoce y vivimos absolutamente retiradas.

—Quizá son ustedes más conocidas de lo que se imaginan—repuso el marqués con una maligna sonrisa;—quien las ha visto una sola vez no puede olvidarlas, pues son ustedes tres bellezas de un género tan perfecto como diferente; pero—añadió el marqués—no quiero ofender sus oídos con galanterías que quizá le disgustará escuchar, atendido el estado delicado de su querida hermana; dígame usted únicamente si podré asegurar á la señora duquesa que verá á usted mañana.

—Sí, caballero—contestó María;—puede usted asegurarle que mañana, á las cuatro, tendré el honor de verla.

La joven, á pesar de su inocencia, de su preocupación y de su absoluta ignorancia del mundo y de sus costumbres, hizo, al decir estas palabras, una señal de cabeza al marqués, que dió á

entender á éste con bastante claridad se había concluido su entrevista.

El marqués, admirado de la nobleza y dignidad de aquel movimiento, permaneció inmóvil, contemplando á Gloria; mas ésta, creyendo que no le había comprendido, le dijo con dulzura:

—Perdone usted, caballero, que no pueda consagrarle más tiempo, pues tengo que cuidar á mi hermana.

Vivamente herido en su orgullo el marqués, saludó y se retiró; aquella pobre joven era la primera mujer que no le había rendido un digno homenaje, ó al menos significádole una inmedesta preferencia.

Al llegar al patio oyó llamar y tuvo que esperar un instante á que Malvina bajase á abrir, pues el señor Martín se hallaba ya acostado.

La pobre niña, aturdida con los sucesos de aquella noche, bajó presurosa y abrió la puerta.

Una vieja, antítesis de la apacible y honrada señora Antonia, asomó desde la calle su sombría cabeza.

Era alta, seca, y venía vestida de negro y cubierta con una gran mantilla.

El marqués, para quien no podía ser indiferente nada de cuanto pasase en aquella casa, salió á la calle y, cubriéndose el rostro con el embozo de su capa, se puso en acecho á la parte de afuera.

—¿Vive aquí una joven que se llama Blanca Valdés?—preguntó la vieja á Malvina.

—Sí, señora—contestó tímidamente la niña.

—Quiero verla.

—Suba usted.

La puerta se cerró, quedando dentro las dos mujeres, y el marqués de la Oliva no pudo oír más.

No obstante, permaneció allí como una figura de piedra adherida á la pared.

Seguiremos á Malvina y á su acompañanta, y luego volveremos á encontrar al marqués.

La anciana entró en la estancia donde se hallaban las tres hermanas, Blanca y María muy afligidas por el estado de Ofelia y por la desaparición del médico, que nada había ordenado para remediarlo.

Blanca, recostada en el sofá, lloraba desconsoladamente, mientras María procuraba calmarla; la recién llegada se aproximó á la joven sin vacilar entre ella y su hermana, y la dijo:

—Vengo, señorita, á pedir á usted un favor.

—¿Un favor... á mí?—dijo Blanca levantando su bello rostro bañado en lágrimas y mirando sorprendida á su interlocutora.

—Si me lo negara usted, señorita, me haría mucho daño—prosiguió aquella mujer clavando en Blanca una mirada que la hubiera amedrentado si hubiera podido comprender su expresión.

—¿Qué quiere usted de mi hermana?—preguntó María de la Gloria con bondad;—hable usted, buena mujer, nosotras somos también muy desgraciadas y deseamos consolar al que sufre.

—¡Oh, bien se conoce que son ustedes muy buenas, mis queridas señoritas!—dijo aquella mujer echando en derredor suyo extrañas miradas.—Pero voy á decir á usted el objeto de mi venida, porque he dejado sola á mi hija.

—¿Tiene usted una hija?—preguntó Blanca, cuyo carácter tierno se interesaba por todas las jóvenes.

—Y muy hermosa, señorita; ella es la que me envía aquí. Madre, me dijo esta tarde, al volver yo á casa he visto en un balcón de la calle de San Bernardino á la más linda joven que se puede usted imaginar; justamente el modelo que yo necesitaría para pintar la Virgen que me han encargado las comendadoras de Santiago.

—¿Es pintora la hija de usted?

—Sí, señorita, pintora de gran talento á pesar de su juventud, pero que todavía no ha podido adquirir nombre por nuestra mísera posición; de ese cuadro de la Anunciación que le han encargado las comendadoras depende nuestro porvenir, con él pagaremos muchas deudas que hemos contraído por una enfermedad que yo he padecido, y Paulina podrá entregarse al trabajo con más tranquilidad.

—¿Y qué es lo que desea de mí la hija de usted?—preguntó Blanca.

—Yo diré á usted: toda la tarde anduvo triste, y cerca del anochecer me dijo:

—¡Madre, si fuera usted tan buena que quisiera ir á la calle de San Bernardino!

—¿Para qué?—le pregunté yo admirada.

—Para rogar á esa hermosa joven que se digue venir durante dos horas á mi taller ó que me permita ir á su casa, á fin de que su belleza me sirva de modelo para mi Virgen. ¡Oh, en ese caso sí que saldría divina!

—Dígale usted, pues, que puede venir cuando quiera,—dijo María dirigiéndose á la alcoba, en la cual daba Ofelia penetrantes gemidos.

—Sí—añadió Blanca—diga usted á su hija que seré dichosa si puedo contribuir al buen éxito de su obra; y perdone usted, señora, que el estado de mi hermana me obligue á dejarla.

—Es que, señorita—observó aquella mujer con vacilación—á mi hija no se le ha alcanzado la dificultad de pintar fuera de su taller; pero yo juzgo imposible que pueda hacerlo; allí tiene sus paletas, sus pinceles, sus caballetes, todo cuanto necesita, en fin, al paso que aquí carece de todo, quizá hasta de la luz conveniente.

—Pues bien, yo iré,—dijo Blanca llevada de la irreflexión y viveza de su carácter, de la generosidad y blandura de su bella índole, y sobre

todo de su deseo de desembarazarse de aquella mujer importuna.

Los ojos de la vieja brillaron como dos aseuas, levantóse apresurada, como si temiese que la joven se retractase de su promesa, y dijo:

—Ya que es usted tan buena, señorita, yo vendré á buscarla mañana á las once de la mañana.

Blanca hizo un signo de asentimiento y desapareció detrás de las cortinas de la alcoba de Ofelia, cuyos quejidos se hacían más dolorosos á cada instante.

.....
 Cuando la vieja salió á la calle una sombra se destacó de la pared, tomó cuerpo y dejó ver la figura arrogante de un hombre envuelto en una capa.

La luz del único farol que se veía en la calle alumbró sus facciones y dió á conocer al conde D....

Otra sombra se destacó de la pared de la casita.

Era el marqués de la Oliva, que se puso en acceho de lo que hablaban el conde y la vieja.

—¿Qué hay?—preguntó el esposo de Clotilde.

—Íra—contestó la mujer con aire triunfante.

—¿Sola?

—Conmigo; he quedado en que vendré á buscarla mañana á las once.

—¿Estás segura de la prudencia de Paulina?

—¿No he de estarlo si depende de mí?

Una sonrisa burlona pasó por los labios del conde; luego sacó por debajo de la capa su mano derecha y dijo alargándola á la vieja:

—Toma.

—Dejóse oír un ruido metálico; la vieja se volvió hacia la luz del farol, contó y dijo con ira:

—Es poco.

El conde dió dos pasos para irse, mas la vieja le detuvo por la capa.

—¿Cómo es eso?—exclamó con voz estridente.—Hace mes y medio que está usted loco por esa niña sin lograr ni aun verla, y cuando yo...

—¡Suelta, bruja—dijo el conde arrancando su capa de manos de aquella Megera—y déjame en paz si quieres que sea más liberal mañana!

Esto diciendo echó á andar apresuradamente y la vieja tomó por el lado opuesto, maldiciendo entre dientes.

De súbito se vió atajada por una persona que la cerró el paso.

—¡Hola vestiglo!—dijo la armoniosa voz del marqués de la Oliva.—¿Qué te trae por acá?

—El encargo de cazar á una de las palomas de ese nido—contestó la vieja señalando á la casita de las jóvenes.

—¿A cuál de ellas?—preguntó con voz sorda el marqués, asiendo con fuerza el brazo de la vieja.

—A la más niña—contestó ella con una risa cínica que dejó ver sus enefas enteramente des-pobladas de dientes.

—Es que—observó el marqués—si contribuyes en lo más mínimo á la perdición de la joven rubia te mato.

Tembló la vieja, pues conocía que el marqués era muy capaz de cumplir su amenaza; pero, recobrándose al instante, respondió con descaro:

—¿De qué perdición habla usted? ¿Quién puede perderlas más de lo que ya lo ha hecho la lengua de usted? Hace un mes nadie sabía que esas muchachas vivían en el mundo, y desde que habla usted de ellas en el casino, en el teatro y en...

—Yo tengo mis razones para obrar así—dijo secamente el marqués;—mas si olvidas lo que acabo de advertirte sabe que en ello te va la vida.

El marqués pronunció estas palabras á modo de despedida y en seguida tomó la misma dirección que el conde.

La vieja se perdió por una callejuela oscura, haciéndose cruces.

Al final de la calle en que había entrado el marqués vió éste al conde recostado en la esquina y hablando consigo á media voz, como si fuera presa de la agitación más vehemente.

El marqués pasó junto á él sin ser visto y se detuvo en la otra esquina para escuchar su monólogo.

—¡Sí, Clotilde—decía el conde—todo lo intentaré por olvidarte! Hasta hoy tu amor ha imperado en mi corazón y tu imagen, profundamente grabada en él, me hacía creer que necesitaba arrancarle del pecho.... Ahora quiero buscar el último de los remedios... Mi alma abrasada no se alivia en las orgías ni en el juego; por eso he buscado una alma joven, casi infantil, con la esperanza de que sus frescas emociones despierten las mías... ¡Oh, cuánto tardará en lucir para mí el día de mañana!

El marqués no quiso oír más y se fué en busca de su lecho, porque hacía tres noches que no dormía, ocupado en rondar el palacio del conde para ver si podía columbrar la sombra de Clotilde á través de las colgaduras de seda y oro de sus balcones.

A tanto había llegado la pasión del libertino, exaltada sin cesar por el desvío de la condesa.

XVI

La autora á sus lectores.

Preciso es, lectores míos, que retrocedamos algunos días para que podáis comprender mejor los diversos acontecimientos de esta historia.

Desde la noche en que, por una terrible obcecación de su orgullo, rompió el esposo de Clotilde

de todos los lazos que le unían á ella, esta desgraciada joven permanecía sumergida en un profundo abatimiento y entregada únicamente al cuidado de sus hijos.

—¿Qué he hecho yo?—se decía.—¿No le he sido fiel desde que le pertenezco? ¿Hay en la corte nombre mas puro que el mío? ¿He dado un solo disgusto á ese hombre cruel que hoy me abandona y reniega de sus hijos? ¿Cuál es mi culpa?

Mas al hacerse esta última pregunta cubría-se su frente de intensa palidez y temblaban sus labios; era que en el fondo de su alma se alzaba la imagen de Fernando de Silva y aquella imagen le decía sonriendo con ternura:

«¡Tú me has amado siempre! Ni un solo día has dejado de consagrarme un recuerdo ni una sola noche una lágrima!»

Al oír aquella voz, que partía de su conciencia, la infeliz joven se cubría el rostro con las manos é iba á echarse de rodillas entre las cunas de sus hijos para librarse de sí misma.

Durante muchos días sostuvo valerosamente estos combates de su corazón refugiándose en el cariño que profesaba á sus hijos y en la oración, ese puerto único en las tempestades de la vida; mas llegó un instante en que Satanás alzó en su alma un pensamiento homicida, hijo del despecho que le producía el abandono en que la dejaba su marido.

Este pensamiento empezó á acosarla el primer día que salió de su casa para ir á la iglesia.

Apoyado en una columna, inmóvil y pálido, estaba Fernando de Silva.

El corazón de Clotilde dió un vuelco y ella le preguntó si se hubiera atrevido Fernando á ponerse á su paso yendo acompañada de su esposo.

Su corazón le respondió que no, aunque es probable que Silva hubiera hecho lo mismo. Desde aquel día le vió en todas partes: si abría un balcón, le veía inmóvil en la acera de enfrente; si iba á misa le encontraba apoyado en una columna de la iglesia; si iba al teatro, Fernando ocupaba un palco próximo; y la primera noche que la condesa abrió su salón á sus amigos de más confianza, según acostumbraba á hacerlo una vez por semana desde que se casó, la segunda persona que entró en él fué Fernando de Silva.

Poco después entró el conde, dió la mano á todas las personas á quienes verdaderamente estimaba y la dió también á Fernando; luego se sentó á jugar á una mesa de tresillo; la condesa mandó servir el té, costumbre que el conde había adquirido en Inglaterra y que hacia seguir en su casa para dar más amenidad y confianza á su pequeña reunión.

El servicio del té ocasionó algún movimiento;

formáronse grupos y conversaciones particulares, y Fernando se halló al lado de la condesa naturalmente y sin que nadie sospechase nada.

Ésta tembló, y Silva, que sentía por ella, no ya amor, sino una especie de deseo feroz de venganza, empezó á pintarle todo lo que había sufrido durante aquellos tres años que habían estado separados, alegando como un sacrificio su voluntaria renuncia á su amor.

Clotilde tuvo que levantarse desvanecida y con la cabeza hecha un volcán del lado de Silva; éste había recobrado todo el imperio que antes ejercía sobre el alma de la infeliz joven; su voz vibraba en los oídos de Clotilde como los ecos del primer amor, y comparando la conducta del conde con la pasión que le pintaba Fernando, volvió á preguntarse si no merecía disculpa que se abandonase á un cariño contra el cual ningún apoyo le prestaba su marido.

Un pensamiento salvador vino á arrancarla del lado de aquel hombre peligroso; Fernando de Silva era casado y ella lo sabía, pues cuando éste se enlazó con su esposa, hija de uno de los más ricos propietarios de su provincia, se lo escribió Agueda su nodriza.

Clotilde evitó en cuanto pudo desde aquella noche la presencia de Fernando; mas éste buscaba la suya con tanto ahinco como ella ponía en huírle.

La desgraciada joven se consumía en medio de esta lucha terrible; la mujer que toda su vida es buena sin combates no es la más meritoria á los ojos de Dios; la que cruza la senda de la vida con las mejillas constantemente rosadas, con la frente siempre serena, con los labios perpetuamente sonrientes, debe abrigar un corazón helado y haber nacido sin pasiones.

No son por cierto esas mujeres las que llevan rodeada su frente con la hermosa y fulgente corona de la virtud; no hay gloria sin combates ni hay palma sin vencimiento.

Este era el estado del alma de Clotilde cerca de dos meses después de empezarse esta historia, es decir, al mismo tiempo que ocurrían en casa de las huérfanas los acontecimientos que acabo de referir.

Separémonos de ella, lectores míos, y echemos una ojeada al marqués de la Oliva, que alcance á la noche en que fué herido por Celemare y en que el conde le salvó la vida llevado del deseo de una venganza mayor.

Conducido á su casa, fué curado por su médico, que extrajo la bala con una rara habilidad, declarando que la herida no era mortal.

Carlos se dejó cuidar dócilmente porque anhelaba la salud, y tenía bastante fuerza de voluntad para sufrir con paciencia un régimen severo y bienhechor.

Por eso veintiséis días después de su desafío con el príncipe pudo salir en carruaje á investigar por sí mismo dos cosas que ansiaba saber.

Era la una conocer la posición en que había quedado la condesa con su marido después de la tormenta que debía haber provocado en su matrimonio la aparición de Silva, seguida de su anónimo; mas esto no pudo lograrlo, porque, en la apariencia al menos, Clotilde seguía viviendo con su esposo en la más completa armonía.

El otro deseo que le atormentaba era el de saber algo acerca de la encantadora joven que había visto hablando dos meses antes con la vendedora de ramilletes; á fuerza de inquirir, logró averiguar que vivía con dos hermanas más y que eran huérfanas y muy pobres.

Un día vió entrar en la casita de las jóvenes á Rosa con un gran ramo de flores en la mano, y salir sin él al cabo de algún tiempo; el marqués recordó al instante lo ocurrido entre la ramilletera y la joven y no dudó de que las flores eran para ésta.

Infatigable, se informó del modo de vivir de Rosa; supo que era muy honrada, que se mantenía y mantenía á su anciana madre con el producto de sus flores y que tenía relaciones amorosas con un joven oficial de carpintero, llamado el Curro.

El marqués buscó al Curro, le encargó varias

obras para su casa, pagándolas doble de lo que valían, y se mostró muy aficionado á él, hasta el punto de ofrecerle para dentro de algún tiempo la suma que necesitaba para establecerse y casarse con Rosa.

El Curro era de genio violento, pero hombre de bien, agradecido, y estaba dotado de una increíble candidez de sentimientos; así, pues, no sabía cómo pagar al marqués lo que éste hacía por él.

Cuando Carlos estuvo seguro de su gratitud, le confió su pasión por una hermosa joven desconocida y al parecer pobre que vivía en la calle de San Bernardino, núm. 3. Antonio, el Curro, se felicitó de poderle dar las noticias que deseaba, y le dijo que su novia llevaba todas las semanas un ramillete á dicha joven.

Por Antonio, pues, supo el marqués cuanto necesitaba saber, y pocos días después esperó á Rosa cuando salía de dejar su ramo, y le habló dándose á conocer como el marqués de la Oliva, del cual tenía noticias por su novio.

El marqués supo aquel día que María de la Gloria era una excelente profesora de música y al instante meditó un plan de ataque.

Pensó desde luego para llevarle á cabo en la bella duquesa de Ríoclaro, á quien ya conocen mis lectores por haberla visto con Clotilde en su palco de la Opera: la duquesa, viuda cinco años

hacia, sentía una verdadera pasión por el marqués de la Oliva, quien había pensado en casarse con ella por sus muchas riquezas.

La duquesa tenía una preciosa niña de siete años: sólo rodeando á esta criatura de cuidado y de cariño había conseguido el marqués hacerse dueño del corazón de su madre.

El día mismo en que supo que María de la Gloria poseía la música con tanta perfección, resolvió hacer un instrumento para sus fines de la inocente niña, hija de la mujer á quien había jurado un eterno cariño.

Desesperado de no poder entrar por ningún medio en casa de las huérfanas, pues sabía por Rosa y su prometido que nadie las visitaba y que jamás salían, hizo comprender á la duquesa que su hija Nélida debía ya empezar el estudio de la música y le habló de una joven que podía servirle de excelente maestra, encareciéndole las ventajas de que se encargase de su enseñanza una persona de su sexo.

La duquesa cayó en el lazo y Carlos fué bastante sagaz para conseguir de ella el billete que le hemos visto presentar á María y que le sirvió de pretexto para introducirse en su casa.

Retírase lleno de contento; su obra estaba acabada, porque desde el día en que había visto entrar á la joven en aquella casita de tan pobre y mezquina apariencia, juzgó, llevado por la

bajeza de sus sentimientos, que era de conducta equívoca, y en este sentido habló de ella á sus amigos; mas no bien supo que eran tres hermanas y que vivían solas, su maledicencia tomó mayor incremento y ya no designó su casa más que con el apodo de *un nido de palomas*.

XVII

Más explicaciones de la autora.

El conde D..., por ese fanático culto que profesaba á todas las exigencias del gran mundo, siguió viendo al marqués de la Oliva con la sonrisa en los labios, después de la noche del desaffo de este último con el noble y magnánimo príncipe de Cellemare.

Ya sabemos que el marqués no oyó las palabras del esposo de Clotilde por estar desmayado: así, pues, cuando volvió á encontrarle en el mundo y el conde le preguntó con admiración por la causa de su herida, el marqués le respondió con indiferencia que la debía á un lance ocasionado por el juego.

En seguida entabló su conversación favorita y preguntó al conde si conocía el famoso *nido de palomas* de la calle de San Bernardino.

—Algo he oído hablar de él—contestó el conde,—es la conversación del día en las reunio-

hacia, sentía una verdadera pasión por el marqués de la Oliva, quien había pensado en casarse con ella por sus muchas riquezas.

La duquesa tenía una preciosa niña de siete años: sólo rodeando á esta criatura de cuidado y de cariño había conseguido el marqués hacerse dueño del corazón de su madre.

El día mismo en que supo que María de la Gloria poseía la música con tanta perfección, resolvió hacer un instrumento para sus fines de la inocente niña, hija de la mujer á quien había jurado un eterno cariño.

Desesperado de no poder entrar por ningún medio en casa de las huérfanas, pues sabía por Rosa y su prometido que nadie las visitaba y que jamás salían, hizo comprender á la duquesa que su hija Nélida debía ya empezar el estudio de la música y le habló de una joven que podía servirle de excelente maestra, encareciéndole las ventajas de que se encargase de su enseñanza una persona de su sexo.

La duquesa cayó en el lazo y Carlos fué bastante sagaz para conseguir de ella el billete que le hemos visto presentar á María y que le sirvió de pretexto para introducirse en su casa.

Retiróse lleno de contento; su obra estaba acabada, porque desde el día en que había visto entrar á la joven en aquella casita de tan pobre y mezquina apariencia, juzgó, llevado por la

bajeza de sus sentimientos, que era de conducta equívoca, y en este sentido habló de ella á sus amigos; mas no bien supo que eran tres hermanas y que vivían solas, su maledicencia tomó mayor incremento y ya no designó su casa más que con el apodo de *un nido de palomas*.

XVII

Más explicaciones de la autora.

El conde D..., por ese fanático culto que profesaba á todas las exigencias del gran mundo, siguió viendo al marqués de la Oliva con la sonrisa en los labios, después de la noche del desaffo de este último con el noble y magnánimo príncipe de Cellemare.

Ya sabemos que el marqués no oyó las palabras del esposo de Clotilde por estar desmayado: así, pues, cuando volvió á encontrarle en el mundo y el conde le preguntó con admiración por la causa de su herida, el marqués le respondió con indiferencia que la debía á un lance ocasionado por el juego.

En seguida entabló su conversación favorita y preguntó al conde si conocía el famoso *nido de palomas* de la calle de San Bernardino.

—Algo he oído hablar de él—contestó el conde,—es la conversación del día en las reunio-

nes de hombres solos; pero—añadió—dígame usted, porque no estoy bien enterado, ¿qué nido es ese?

—Una casita muy pobre y extraviada en la cual viven tres jóvenes que son tres ángeles de belleza; una de ellas es aquella que nombré á usted el último día que tuve el gusto de comer en su casa.

—¿La joven rubia que quería comprar camelias?

—La misma.

—He oído elogiar la belleza de esas muchachas—repuso el conde—y me han ponderado además su juventud.

—No cuenta todavía diez y ocho años la mayor, la cual lleva el poético nombre de Ofelia; le sigue en edad María de la Gloria, que es una belleza celestial, y tendrá diez y siete, y la última, acaso la más hermosa de las tres, acaba de cumplir diez y seis primaveras.

Dejó escapar el conde un hondo suspiro; esta edad contaba Clotilde cuando él la conoció, y sus desgracias presentes le exageraban toda su pérdida felicidad y le hacían más punzantes los halagüeños recuerdos de lo pasado.

Aun estaba sumergido en estos tristes pensamientos cuando se acercó á él el príncipe de Cellemare; se asió de su brazo, y sin mirar siquiera al marqués de Oliva, se alejó con el conde á tra-

vés de la muchedumbre que llenaba los salones de la embajada de Francia, donde se encontraban.

—¿Qué decía á usted ese hombre que así se ha preocupado?—preguntó el príncipe al esposo de Clotilde.

—Me hablaba del nido de palomas que hoy ocupa la atención de tantos jóvenes de nuestra aristocracia.

—Él ha hecho tan tristemente célebres á esas pobres criaturas—contestó Cellemare con indignación.

—¡Cómo!

—Sí, amigo mío, desde el día en que ese hombre vió á una de ellas entrar en una modesta casa ha hecho mil perversas suposiciones acerca de ella y de sus hermanas y las ha dado por ciertas; por eso la solitaria calle en que viven se ve hoy cruzada sin cesar por los jóvenes más libertinos de Madrid, quizá sin que ellas mismas lo sepan, pues yo he visto siempre escrupulosamente cerrados sus dos pobres balconillos. Crea usted, á los instintos de mi alma, Augusto, esa miseria se oculta, y la miseria pudorosa debe ser siempre respetada.

—Yo quisiera ver á esas jóvenes—dijo sombriamente el conde;—mi corazón necesita distraerse, olvidar... ¡Honorio, yo ansio, yo necesito enamorarme de otra mujer que separe mi pensamiento de Clotilde!

—Entonces, amigo mío, cumple usted todas las secretas é infames miras del marqués.

—¿Piensa usted, pues...?

—Pienso que ese hombre ha querido excitar la curiosidad de usted para ver si logra hacerle infiel á la condesa; él conoce demasiado el corazón de la mujer, y sabe que á veces el orgullo herido la precipita en abismos adonde no puede conducirla el amor con toda su magia.

—¿Y qué me importa que ella ame á quien quiera?—exclamó amargamente el conde.—¿No estoy bien seguro de que no me ama á mí?

—Nada diré á usted para contrarrestar esa fatal creencia, que veo, por desgracia, demasiado arraigada en su alma—repuso tristemente el príncipe;—sólo le ruego que espere.

—No, no—exclamó Augusto—esta situación me mata: paréceme que amo más á mi esposa desde la pérdida de mis ilusiones; necesito que me pertenezca un corazón virginal y puro, que no se haya abierto aún á ningún otro amor en la tierra! ¡Necesito hallar de nuevo lo que soñé hallar en Clotilde, lo que anduve buscando toda mi vida! ¡Un corazón que fuese mío, únicamente mío! Hay mujeres de vida borrascosa que tienen el corazón virgen de todo amor; alguna de esas jóvenes debe ser pura, al menos de alma y de sentimientos, y eso me basta; además ¡cuán grato será para mí sacarla del abismo del vicio,

si realmente ha caído en él! ¡Déjeme usted probar, Honorio, déjeme usted probar, lo quiero... lo necesito!...

Guardó silencio el príncipe ante tan vehemente razonamiento; el conde, desde el día siguiente, se ocupó de buscar una de esas mujeres despreciables, mensajeras de infamia y que atraen á las jóvenes á sucumbir entre lazos tan bien urdidos que parecen inspirados por el mismo Satanás; encontróla fácilmente, mas en vano con diferentes pretextos intentó subir esta mujer á la habitación de las señoritas Valdés; el señor Martín y la señora Antonia, que no formaron un juicio muy favorable de su talante, la despedían siempre *con cajas destempladas*, como ellos decían.

El príncipe, por su parte, vivía solitario y melancólico; no buscaba el amor; la profunda convicción en que estaba de que los sinsabores que había ocasionado á su madre habían minado la salud de ésta de un modo irremediable, le hacía acusarse de su muerte durante las largas horas de soledad de su helada vida.

Ni siquiera pensaba en salir de España; agradábanle su hermoso y alegre cielo, sus costumbres y el carácter de sus habitantes, y en medio de su aislamiento apenas se preguntaba si viviría mejor en cualquiera otra nación del globo.

Un día que había asistido á una comida de

jóvenes del gran tono, amentizada por dos ó tres bailarinas extranjeras, volvió á su casa dolorosamente afectado; todos habían hablado con curiosidad é interés del *nido de palomas*: era la cuestión capital de todos los calaveras el penetrar en aquella blanca y humilde casita; pero en la imposibilidad de lograrlo, todos aseguraban que eran *amigos íntimos* de sus candidas habitadoras, y que sabían cuanto había que saber de sus usos y costumbres.

Sin embargo, nadie se atrevía á hablar de aquellos usos que se afectaba conocer tan perfectamente, y esta discreción forzada se asemejaba á una discreción más insultante para las que lo ocasionaban que el lenguaje más libre.

Al penetrante talento del príncipe, á su delicado instinto, no se podía escapar que era falso cuanto aquellos hombres decían; al día siguiente esperó á que se hiciera de noche, tomó un bolsillo lleno de oro y se dirigió al nido de palomas.

Nada es comparable á la sensación de bienestar y de placer que causó al príncipe el aspecto de aquella casita y sus habitadoras; había en todo un perfume de modestia, de candidez y de santidad que apartaba de la mente todo mal pensamiento y la preparaba para ideas dulces y suaves.

Mas al descubrir la pálida y hermosa figura

de Ofelia desmayada, el corazón de Cellemare dió un vuelco en su pecho, palideció y tuvo que apoyarse en la pared para no caer: la semejanza de la joven con la princesa Honoria, su madre, era tan prodigiosa, que Cellemare, cuya imaginación era en extremo poética y entusiasta, creyó verla de nuevo en la tierra hermosa y rejuvenecida.

Puede juzgarse de su dolor, cuando después de su piadosa estratagema para hacerles aceptar la suma que les había destinado, oyó al anciano doctor la confirmación de todo cuanto se decía.

Ya no dudó, porque aquel hombre de blancos cabellos había hablado con el acento de la verdad.

Perdido, loco, al ver desvanecido el encanto que durante algunos instantes le había rodeado, encanto el más poderoso que en su vida había sentido, se lanzó á la calle en pos del doctor.

Ya hemos visto que en aquella misma noche habían logrado penetrar también en casa de las huérfanas el marqués de la Oliva con la carta de la duquesa y la infame mensajera del esposo de Clotilde.

¡Pobres palomas! De las tres, las dos más jóvenes se veían acosadas por los traidores lazos de cazadores astutos, en tanto que la otra moría... de miseria y de pena.

XVIII

Doña Sinforosa.

Dulce, templada y alegre apareció la mañana del día en que Blanca debía ir á casa de la joven pintora, á quien iba á servir de modelo.

Fuerza es que penetremos en esta casa para que mis lectores conozcan otro de los personajes de mi historia.

«Muchos van ya conocidos,» dirá quizá alguno impaciente por llegar al fin de ella; pero yo me veré obligada á contestarle que lo que escribo, más bien que una novela, es una serie de cuadros de costumbres que, unidos, presentan las terribles peripecias de un drama palpitante de vida y de pasión...

Yo diré sin rebozo y con toda sinceridad que el objeto de mi historia es presentar á los ojos de la mujer todos los medios de que se puede valer el hombre para derrocar el edificio de su virtud; quizá lo que escribo no es enteramente ficción mía; tal vez en ello haya mucho copiado del natural; mas como quiera que sea, no te quejes, lector mio, si te hago conocer una decena de personajes, que mayor número que éste se suele emplear para conducir hábilmente muchas

insignificantes intrigas ó para conseguir culpables caprichos.

Ven conmigo, pues, á un cuarto segundo de la calle Mayor de esta coronada villa, y figúrate que has subido una escalera con pasamanos de madera y que te hallas á la puerta de una habitación de mediana apariencia.

Pero antes de pasar adelante debo hacerte una advertencia por si acaso no has residido nunca en Madrid.

Muchas son las personas de muy regular posición que viven en él en cuartos terceros y aun cuartos; no hay en la corte esa preciosa independencia que se disfruta en nuestras provincias, en las cuales tiene cada uno para sí y su familia una casa completa y cómoda, por reducida que sea; las habitaciones de Madrid son jaulas, pues el excesivo precio de los terrenos y la necesidad de acumular dinero en un suelo donde la vida es tan cara hace que los caseros aprovechen sus propiedades hasta rayar en lo inverosímil.

Así, pues, la persona que vive en cuarto principal ó segundo puede asegurarse que disfruta de algunas comodidades, aunque su casa sea de muy modesta apariencia.

Modesta era á la verdad la de la casa adonde te he conducido, á pesar de estar situada en una de las mejores calles: un portal pequeño, aunque muy limpio, llevaba á una escalera de yeso,

pero blanco y casi tan liso como si fuera estuco.

La puerta del cuarto segundo era igual á la del principal; ambas ostentaban un lindo barniz azul y un cordón de seda para llamar, que terminaba por una gruesa borla.

Al Abierta la puerta del cuarto segundo, lo primero que se presentaba á la vista era una antecámara cuadrada y adornada con cierto buen gusto, consistente, sobre todo, en la sencillez y propiedad de sus muebles; guarnecía una banqueta de piel oscura, y sobre ella se veían clavados en la pared algunos colgadores de hierro que patentizaban las muchas visitas de la casa.

Otra salita algo mayor la seguía, amueblada también con extraordinaria sencillez; sillas azules de tapicería de una linda tela de lana y seda, un hermoso y cómodo diván del mismo género, una mesa de mármol, que sostenía un gran espejo, y algunos cuadros de escasisimo mérito componían su mueblaje.

En aquella salita estaba sentada la vieja que vimos ir á buscar á la inocente Blanca; parecía á la luz del día más fea aún y más horrible que alumbrada por el velón de Malvina; sus facciones, duras y negras como el cordobán, se destacaban de entre los blancos pliegues de una cofia colosal adornada con lazos de color de rosa subido; á pesar de ser sólo las diez de la mañana,

tenía ya puesto un vestido de vivos y abigarrados colores, guarnecido de volantes; cubría á medias su anguloso talle una manteleta de terciopelo verde, orlada de un rico fleco de igual color, y ostentaba mangas y cuello de un precio muy subido.

El aspecto humilde y pobre que llevó á casa de las huérfanas había desaparecido; pero quizá era mucho más horrible el que ahora ofrecía.

Respondía esta vieja al nombre de doña Sinforosa, el cual no aseguraría yo que fuese el suyo, ni aun el primero, porque hubiese cambiado el que le pusieron en la pila bautismal.

Sentada en una cómoda butaca, azul como la sillería, y colocada junto á los cristales del balcón, recibía un rayo de sol que, tan benéfico como hermoso, no se avergonzaba de iluminar aquella faz innoble y descarnada.

Enfrente de la puerta que daba entrada á la salita, ocupada á la sazón por doña Sinforosa, había otra puerta que llevaba á varias habitaciones interiores.

En un ángulo de la misma sala había otra puerta cerrada, que daba paso á otros departamentos de la casa, sin duda de los mejores, según su situación y el sitio que, en su repartimiento, debían ocupar.

Durante algún tiempo permaneció doña Sinforosa sin más movimiento que el que imprimía

á sus huesosos dedos, y por el cual se conocía que estaba sacando cuentas; luego se levantó, mascando algunos improperios, y fué á tirar del cordón de la campauilla.

Pero nadie acudió á su sonido ni á otros dos más fuertes que se siguieron.

Por fin, el cuarto tirón fué tan terrible que casi arrancó el cordón y tuvo la virtud de atraer al umbral á una linda muchacha de fisonomía lista y avispada.

—¿Estás sorda, maldita?—gritó doña Sinforosa con voz chillona.

La joven se arregló con sorna los pliegues de su pomposa falda y preguntó sin alterarse:

—¿Qué se le ofrece á usted?

—En primer lugar, desvergonzada, encargarte que tengas más cuidado cuando yo llamo.

—Será usted servida—dijo irónicamente la muchacha dando dos pasos para salir.

—¡Pero se va esa infame!... ¡Pepa! ¡Pepa!

Pepa volvió sin darse prisa.

—¿Crees que ya he acabado de hablar, picona?

—Es que es menester que no gaste usted tanta calma, porque yo tengo que hacer—dijo Pepa con mucha cachaza.

—¿Has compuesto mi vestido de seda de cuadros que te mandé anoche?

—Está á medio arreglar.

—¡Ah malvada!—gritó con todos sus pulmones doña Sinforosa.—¿En qué has pasado, pues, la mañana?

—¡No hay duda que me guarda usted muy bien el sueño!—dijo la fresca voz de una joven que apareció en el umbral de la puerta, que ya le dicho estaba cerrada al extremo de la sala.

Mucho tenía de graciosa aquella súbita aparición; la joven, envuelta en un largo peinador de muselina, se asemejaba á una bella estatua, y nada podía darse más lindo y animado que su rostro.

Era una de esas esbeltas hijas de Madrid, pequeña, delgada, de tez morena y algo palida, de cabellos y ojos negros, de actitudes calculadas y llenas de coquetería.

Sus manos, que había apoyado cruzadas en el marco de la puerta, y sus pies, que se vislumbraban á través del delicado tejido de su bata, calzados con unas babuchas verdes, no decían mucho en favor de la excelencia de su raza, pues eran bastante gruesos y comunes, aunque de una blancura deslumbradora.

Todo en ella anunciaba una naturaleza material y voluptuosa: su cuello, de un trigüeño claro y mate, estaba cruzado por gruesas venas azules; su cabello, negro y rizado, era basto y reluciente; tenía los ojos pequeños, pero llenos de viveza, adornados con gran lujo de cejas y pes-

tañas, y su nariz, corta y un tanto remangada, aunque de forma muy graciosa, acababa de dar á su fisonomía un aire de resolución y de orgullo muy notables.

En suma, conocíase que aquella mujer era poco pensadora; que su imaginación era tan menudada como grande el desarrollo de sus sentidos, y que su vida era el placer y las comodidades, en las cuales, sin embargo, no parecía haber nacido.

Leíanse violentas pasiones en su frente, estrecha y deprimida por su parte superior, y se conocía claramente que era terca é iracunda.

—¿Por qué riñe usted á Pepa?—dijo mirando colérica á doña Sinforosa, después de su primera furiosa exclamación.

—¿Por qué ha de ser? Porque es una holgazana;—contestó la vieja con humildad.

—Vete, Pepa;—dijo la joven á la doméstica.

—Señorita—observó ésta—he estado ocupada de orden del señor coronel.

—Paulina, que así se llamaba la joven, hizo una señal á Pepa, quien salió del cuarto en seguida; después, aquella abandonó el umbral, que hasta entonces le había servido de apoyo, se acercó á la vieja, se cruzó de brazos y le dijo poniéndose delante de ella:

—Prohibo á usted que riña á Pepa.

—Es preciso, hija mía, es una holgazana y...

—Repito que prohibo á usted que la riña.

—Está bien; pero una vez que estando tú no tengo voz activa ni pasiva en esta casa que es mía, saldrás al instante de ella con tu Pepa.

—¿Salir yo de esta casa?—repitió Paulina con una risa triunfante y casi salvaje;—¿salir yo de aquí? Vaya, buena Sinforosa, chochea usted. ¿No la paga para mí el coronel? ¿No es mío todo cuanto hay dentro de ella?

—Pero la casa era mía antes...

—Ha dejado de serlo desde que la paga el coronel; míos eran también, hace poco tiempo, mis hermosos vestidos de raso celeste y de crespón blanco con jazmines y ya no lo son desde que Celina, la comprimaria de la Opera me los ha comprado.

—Entonces me iré yo.

—No hará usted tal si no quiere ir adonde jamás le dé el sol. Eduardo y yo necesitamos á usted; es preciso que yo siga pasando por pintora y usted por mi madre hasta que él disponga otra cosa.

—¡Es que ya me cansó!...

—¿Tan mal le paga?... ¡Vaya! ¿De qué manera podría usted ganar dos duros diarios, señora Sinforosa? Ni aunque volviera á...

—Bien y ¿por qué no se casa contigo?

—Quizá porque yo no quiero.

—¡Bah! ¡bah!, chica, ahora te podía yo decir

lo que decía la zorra de la fábula á las uvas que no podía coger: *¡están verdes!*

Encendióse la frente de Paulina, no de rubor sino de ira, hirió el suelo con su planta y gritó con enfado:

—¿Quiere usted dejarme en paz? Es verdad que Eduardo nunca ha hablado de casamiento; pero lo mismo sería, porque le amo demasiado para tomar un nombre que no puedo honrar.

—¡Vaya unos escrúpulos! —exclamó riendo Sinforosa.

—Usted no puede comprenderlos, bien lo sé; pero yo sí—dijo Paulina tristemente;—tan imposible es que el Excmo. Sr. D. Eduardo Vélez, marqués de Vélez, se case con Paulina *la Malpeinada*, como tocar al cielo con las manos.

—¿Qué manía tienes de recordar ese apodo á cada instante?

—Es el que me daban en la academia de pintura á causa de mi pelo rizado, que jamás quería estarse quieto, y el que me siguieron dando todos en casa de usted cuando me recibió hace dos años; yo me complazco además en recordarle para no pensar jamás en que Eduardo pudiera casarse conmigo; es, en fin, un amuleto con el cual conjuro las tentaciones.

Las últimas palabras de la joven se confundieron con el ruido que hizo la puerta al abrirse.

Volvióse Paulina y, lanzando un grito de ale-

gría, corrió á echarse en los brazos del coronel, que apareció en el umbral.

XIX

Paulina.

Más hermoso, más elegante, más alegre que cuando le vimos en la comida que tuvo lugar en casa del conde D... la noche en que principió esta historia, se apareció el coronel Eduardo Vélez á los ojos de la joven Paulina.

Abrazóle ella con ese transporte apasionado que parecía la base principal de su carácter, y luego se puso á contemplarle con una especie de concentrada adoración, apoyando en el brazo derecho del coronel sus dos manos cruzadas.

—¿No quieres que nos sentemos, Paulina mía?—preguntó Eduardo mirando á la joven con cariñosa sonrisa.

—Aquí no, Eduardo—contestó ella;—vámonos á mi cuarto.

Tendió el coronel la vista por la estancia para ver si descubría el motivo que obligaba á dejarla á Paulina, y entonces se aperebió de la presencia de doña Sinforosa, que se había puesto en pie en actitud humilde y obsequiosa.

—Buenos días, bruja—dijo mirándola con burlona sonrisa;—¿viste anoche al conde?

lo que decía la zorra de la fábula á las uvas que no podía coger: *¡están verdes!*

Encendióse la frente de Paulina, no de rubor sino de ira, hirió el suelo con su planta y gritó con enfado:

—¿Quiere usted dejarme en paz? Es verdad que Eduardo nunca ha hablado de casamiento; pero lo mismo sería, porque le amo demasiado para tomar un nombre que no puedo honrar.

—¡Vaya unos escrúpulos! —exclamó riendo Sinforosa.

—Usted no puede comprenderlos, bien lo sé, pero yo sí—dijo Paulina tristemente;—tan imposible es que el Excmo. Sr. D. Eduardo Vélez, marqués de Vélez, se case con Paulina *la Malpeinada*, como tocar al cielo con las manos.

—¿Qué manía tienes de recordar ese apodo á cada instante?

—Es el que me daban en la academia de pintura á causa de mi pelo rizado, que jamás quería estarse quieto, y el que me siguieron dando todos en casa de usted cuando me recibió hace dos años; yo me complazco además en recordarle para no pensar jamás en que Eduardo pudiera casarse conmigo; es, en fin, un amuleto con el cual conjuro las tentaciones.

Las últimas palabras de la joven se confundieron con el ruido que hizo la puerta al abrirse.

Volvióse Paulina y, lanzando un grito de ale-

gría, corrió á echarse en los brazos del coronel, que apareció en el umbral.

XIX

Paulina.

Más hermoso, más elegante, más alegre que cuando le vimos en la comida que tuvo lugar en casa del conde D... la noche en que principió esta historia, se apareció el coronel Eduardo Vélez á los ojos de la joven Paulina.

Abrazóle ella con ese transporte apasionado que parecía la base principal de su carácter, y luego se puso á contemplarle con una especie de concentrada adoración, apoyando en el brazo derecho del coronel sus dos manos cruzadas.

—¿No quieres que nos sentemos, Paulina mía?—preguntó Eduardo mirando á la joven con cariñosa sonrisa.

—Aquí no, Eduardo—contestó ella;—vámonos á mi cuarto.

Tendió el coronel la vista por la estancia para ver si descubría el motivo que obligaba á dejarla á Paulina, y entonces se aperebió de la presencia de doña Sinforosa, que se había puesto en pie en actitud humilde y obsequiosa.

—Buenos días, bruja—dijo mirándola con burlona sonrisa;—¿viste anoche al conde?

—Sí, señor—contestó la vieja sin darse por ofendida del epíteto con que la habían saludado.

—¿Quedó arreglado el asunto?

—Sí, señor.

—Eso quiere decir que su pobre bolsillo habrá quedado mal parado con el ataque dado por tus uñas.

—El conde no es muy espléndido—gruñó doña Sinforosa con mal humor.

—¿No? Pues tú eres la primera que lo dice—repuso el coronel tratando á aquel degradado sér con su dureza militar,—siempre, durante los siete años que le trato, ha sido proverbial la esplendidez del conde; mas tales serían tus pretensiones que se habrá visto obligado á atajarlas.

La vieja iba á contestar; pero el coronel le hizo con la mano una imperiosa señal de silencio, y cruzó con Paulina la estancia para dirigirse al cuarto de la joven.

Dentro ya, entornó el coronel la puerta y se sentaron ambos en un sofá.

Era aquella habitación en extremo linda, aunque no de muy grande extensión; cubríala una bonita sillería de seda púrpura, bordada prolijamente de estrellitas de oro; sin duda á causa de lo reducido de las casas de Madrid, ó tal vez por conocer el coronel los hábitos poco laboriosos de Paulina, no servía aquella salita de cuarto de labor; las pobres mujeres á quienes el vicio, la ig-

norancia ó la desgracia arroja en el abismo de su perdición, huyen de toda ocupación provechosa y pasan su vida, bien en el tocador, bien mintiendo un amor que no pueden sentir, ó quizás llorando sus extravíos sin remedio y cuyo sólo término suele ser su prematura muerte.

Nada podía dar mejor idea del exacto conocimiento que el coronel tenía del carácter de las mujeres como Paulina que la disposición y arreglo de aquel aposento, cuya dirección había tomado él á su cargo; la esplendidez de la sillería consistente sólo en sofás y sillones, alternados y extraordinariamente cómodos, hacía un delicioso efecto con cuatro grandes espejos que cubrían totalmente las paredes; caían desde el techo al suelo, á manera de nubes, inmensas cortinas de seda púrpura alternadas con otras de gasa blanca y recogidas todas en un caprichoso desorden con gruesos cordones de oro que remataban en grandes borlas.

Entre los dos balcones de la estancia se elevaba otro espejo del mismo tamaño que los otros y sostenido por gruesas columnas doradas, que servía de tocador; aquel espejo remataba en su parte superior por un Cupido, que parecía arrojar nubes de gasa y púrpura que servían de cortinas.

Debajo del espejo había una mesita dorada de pies cortos y cincelados y sobre ella multitud de

riquísimos frascos, cajas y primores de toda especie; nada se había olvidado de lo que generalmente usa una mujer que vive de agradar; cosméticos, perfumes, pastas, joyas y lazos.

Pero entre toda esta aglomeración ni una flor que recordase la bondad de Dios y la hermosura de la naturaleza; ni un cuadro que atestiguase amor á las artes; ni una escultura que patentizase el sentimiento de lo bello; ni piano siquiera, ese amigo de la dicha solitaria, que encanta las veladas de la familia y alegra con sus dulces y fáciles armonías las tareas domésticas.

La vivienda de una mujer como Paulina es y ha sido siempre lo mismo; por fortuna no hay muchas Margaritas Gautier, esa dulce y melancólica creación de Dumas, hijo, pues de lo contrario no sería tan común la felicidad doméstica.

Dumas hijo, sin embargo, estudió bien el tipo que nos ha presentado: á pesar de las bellas dotes con que se ha complacido en adornar á Margarita, jamás ha dicho que ésta inspirase á Armando la idea de hacerla su esposa; no, ni por un momento el joven Duval pensó en unir el honrado nombre de su padre al de la *Dama de las Camelias*.

No tenía ningún punto de semejanza Paulina con Margarita: aquella era resuelta y su energía rayaba en aspereza; era violenta y vengativa,

arrebatada y poco razonable, y no daba esperanza alguna de cambiar de carácter, puesto que había cumplido los veintiocho años de su edad.

Amaba, sin embargo, con pasión al coronel Eduardo Vélez; quizá había hallado en él, más que en otro alguno, un afecto parecido al amor.

Hija de un mozo de tahona, había perdido á su padre cuando contaba diez años; su madre volvió á casarse con un hombre perverso que se embriagaba todos los días y golpeaba á la pobre Paulina.

El carácter áspero de la niña se revelaba contra semejantes tratamientos; un día que su padrastro la golpeó muchísimo, ella le tiró un cuchillo que halló á la mano y huyó de casa, refugiándose en la de unos vecinos de enfrente.

Eran éstos un joven pintor y su esposa; ambos se adoraban y vivían en la mejor armonía del mundo; sólo una pena acibaraba su dicha: tenían una hija y era contrahecha; era nuestra amiga Malvina que, á pesar de contar sólo un año en aquella época, presentaba ya en su endeble cuerpo la misma deformidad con que luego la hemos conocido.

Mercedes, su madre, era una joven de veinte años, de hermoso y dulce carácter.

Su esposo, Andrés, no le era inferior en bondad, y ambos acogieron á la pobre Paula, que

así se la llamaba en aquellos días, con el mayor cariño.

Era aquella entonces una muchacha de quince años, de fisonomía huraña, ya por su carácter, ya por los malos tratamientos que desde hacía cinco años venía padeciendo; su desaseo era extremado, y hacía un penoso contraste con la natural elegancia de Mercedes, que, á pesar de su estrecha posición, era un modelo de gracia.

Paula no hacía en todo el día más que comer y saltar como una cabra montés; ni aun la niña Malvina la atraía; holgazana por naturaleza, jamás echaba mano á nada de la casa ni se brindaba para la tarea más sencilla.

—Es preciso ya que pienses en dedicarte á alguna cosa, Paula—le dijo un día Mercedes, dos meses después de haberla acogido en su casa:—¿qué quieres ser?

—¿Yo?... nada—contestó brutalmente Paula.

—Eso no es posible; todos los que nacemos de padres pobres tenemos que aprender á trabajar; si no tienes habilidad para alguna cosa no te casarás, porque un artesano necesita una esposa que le ayude á mantener la casa.

—Yo no quiero casarme—contestó Paula.

—¿Por qué?

—Porque no quiero tener quien me mande; si mi marido me regañase le mataría, porque bastante he aguantado ya.

—Los buenos maridos no regañan á las mujeres que también son buenas; vamos, Paulita, ¿quieres ser modista? Yo era la primera oficiala de un almacén francés cuando me casé con Andrés, y aunque no tenía más que diez y ocho años, le llevé trescientos duros de dote y el ajuar de casa, regalo de mi maestra, que me quería mucho.

—No quiero ser modista—respondió Paula con su grosería habitual;—si es que se cansa usted de darme la comida me iré.

—¿Cómo puedes pensar eso, hija mía?—repuso abrazándola Mercedes.—No, no; aun hay en mi casa, á Dios gracias, un cubierto, una cama y algún vestido para ti; lo que te digo es por tu bien; si te aplicas á alguna cosa estarás más entretenida y te harás una buena muchacha, porque eres muy bonita y hallarás un hombre de juicio que te quiera mucho.

Brillaron los ojos de Paula al oír estas dulces palabras, las primeras agradables que en su vida había escuchado: *eres muy bonita y hallarás quien te quiera mucho*; esta frase resonó en sus oídos como una música celestial; privada de amor y consumida siempre por su naturaleza ávida de emociones, lo que más deseaba en el mundo era que la amasen y amar; una lágrima vino á templar el resplandor casi salvaje de sus ojos, y dijo mirando con gratitud á Mercedes:

—Por dar á usted gusto trabajaré.

—Gracias, hija mía.

—¿Podría yo saber pintar?

—¿Por qué no? Si tienes afición, Andrés te dará lecciones en casa y, además, irás á la academia; ¡oh, una mujer pintora es una cosa muy bella!

Faltó tiempo á Mercedes para comunicar á su esposo la vocación de su joven huésped, y desde el día siguiente empezó aquél á dar á ésta lecciones de dibujo.

La índole de Paula se fué dulcificando poco á poco bajo el influjo de esa dulce coquetería que despertaba en ella el sentimiento de la belleza inseparable del arte divino de la pintura; se hizo más aseada y anhelaba siempre que llegase la hora de la lección.

Seis meses después de haber empezado á dibujar, Paula, que ya no respondía sino al nombre de Paulina, por parecerle éste mas bonito, fué acompañada por Andrés á casa del célebre pintor Valdés, quien durante las primeras horas de la mañana tenía en su casa una academia de jóvenes que se dedicaban, bajo su inspección, á estudiar el sublime arte de la pintura.

Valdés había visto en Paris, donde había residido mucho tiempo, los excelentes resultados que daban las academias particulares de jóvenes, y había establecido la suya, única en Madrid, y

amenizada por la presencia frecuente de su joven y encantadora esposa.

Muy pronto acudieron á ella jóvenes de todas las fortunas, pero en su mayoría ricas, nobles y elegantes; de esta suerte Paulina, que en casa de Andrés parecía una linda joven, fué en la academia el ludibrio de todas sus compañeras.

Llamábanla Paulina *la Malpeinada*, á causa de su cabello basto y encrespado, y no faltó alguna que quiso lucir su agudo ingenio dándole el nombre de *Paulina Erizo*; este apodo, discurrido por una marquesita, causó gran sensación, y desde entonces la hija del mozo de tahona no fué llamada con otro.

La pobre niña no tenía en su alma las semillas de esa religión bienhechora que nos hace fuertes contra el insulto; se indignó contra sus malignas compañeras y las llenó de dieterios, pero éstas se alborotaron y la llamaron *barrendera de tahona* y *pardosera*. Furiosa entonces Paulina como una tigre, les tiró á la cara la paleta y los pinceles; rompió en mil pedazos su caballete y se les arrojó también, hiriendo á dos ó tres, y desgarrando sus manguitos escapó del taller, maldiciendo del día en que quiso pintar.

No pensó ni por un instante siquiera en volver á casa de Andrés; sin embargo, al acordarse de Mercedes, de su hija, una lágrima humedeció sus enardecidos ojos.

—No quiero volver—se dijo por fin.—No puedo hacer más que comerles parte del escaso pan que tienen, porque Mercedes está enferma y la pobreza que les amenaza me horroriza.

Acostóse en la calle, y cerca de la media noche sintió que la movían suavemente.

Paulina alzó la cabeza de la piedra que le servía de almohada y miró con extrañeza á la persona que tenía al lado.

Era un joven de aspecto casi pobre, pero vestido con esa elegancia que descubre restos de una fortuna mejor, perdida por la disipación.

—¿Qué me quiere usted?—preguntó ásperamente Paulina.

—Quiero darte un asilo, hermosa niña. ¿Cómo te llamas?

—Paulina Erizo—contestó ella sonriendo con amargura.

—¿Quieres venir conmigo?—tornó á preguntar el calavera algo admirado de tan extraño apellido.—Te llevaré á una casa donde te darán buena comida y buena cama.

—¿Y me harán trabajar?

—No.

—¿Y me pegarán?

—Tampoco.

—Pues entonces vamos; tengo hambre y frío, pero antes me moriré en la calle que aguantar que me insulten ó golpeen.

—Te cuidarán perfectamente; vamos.

El calavera arruinado tomó á la joven del brazo y la condujo á una de esas casas en las cuales tantas infelices consumen los mejores días de su juventud; su libertador iba á verla todos los días, y la quería con esa postrera pasión de las almas étnicas; mas un día sorprendió á Paulina hablando con otro joven y le clavó en el pecho el estoque de su bastón, huyendo al instante y librándose con su fuga de la persecución de la justicia.

La desgraciada fué conducida al hospital, y cuando estuvo convaleciente se encontró de nuevo en la calle sin abrigo y sin pan; volvió á la casa donde había sido herida y la halló ocupada por doña Sinforosa, pues su anterior habitadora estaba presa á consecuencia del lance ocurrido con Paulina.

La nueva propietaria de aquel antro de vicios la recibió con mucho agasajo y la presentó á otra joven de su edad que vivía con ella y pasaba por sobrina suya.

Aquella joven estaba entonces en relaciones con un torero: éste la abandonó por Paulina, con la cual se casó.

Siete años después murió colgado en las astas de un toro en una corrida que tuvo lugar en Sevilla. Paulina volvió á Madrid, y en la misma diligencia venía el coronel Eduardo Vélez.

Hombre gastado éste, quedó prendado del desenfado de Paulina y de su aliento varonil, y cuando llegaron á Madrid ya llevaban concertado su plan, que al instante pusieron por obra.

No bien doña Sinfórosa supo la llegada de Paulina, corrió á verla; el coronel la persuadió á que la admitiera en la casa que le había alhajado, á que la vistiera con decencia y á que la hiciera pasar por su madre, prohibiéndole decir á nadie que había estado casada con un torero; y Paulina, que amaba al coronel con ese primer amor fuerte y apasionado, obedeció en todo.

Aun consiguió más de ella el coronel: á fin de enaltecer su inteligencia la persuadió de que debía recordar sus lecciones de pintura y la compró caballetes, paletas y excelentes modelos: mas Paulina ya no podía trabajar; su azarosa y corrompida existencia había ahogado en su alma todo sentimiento, toda percepción de lo bello; lo más noble que sabía hacer era amar al coronel, quien, por su parte, la quería más de lo que podía esperarse.

Su corazón hastiado buscaba el amor más envilecido y material, del mismo modo que un paladar estragado por exquisitos manjares busca alguna vez alimentos groseros y ordinarios.

Completamente desilusionado en cuanto á la virtud de la mujer, por haber sido demasiado feliz en todas sus afecciones, se abandonó al amor

brutal de Paulina, que al menos tenía la virtud de la constancia y la habilidad de mantener vivas sus sensaciones con sus arrebatos de cólera y sus humildes caricias.

XX

Los dos amantes.

—¿A qué debo hoy la dicha de verte tan temprano, Eduardo mío?—preguntó Paulina, cuyo lenguaje se había hecho culto y elegante por el cuidado que ponía en agradar al coronel.

La joven, llevada de la vivacidad impaciente de su carácter, y sin dar tiempo á Eduardo para contestar á esta primera pregunta, añadió:

—¡Tú no sueles levantarte hasta las doce, según me dicen tus criados, y hoy son apenas las diez!

—La misma pregunta pudiera yo hacerte, mi querida Paulina—dijo sonriendo el coronel;—tú también has madrugado hoy.

—Por lo regular me estoy en la cama hasta la hora en que acostumbras á venir, deseosa de ocupar el tiempo para que se me haga más corto; mas no logro ningún descanso, pues mil pensamientos tristes me ocupan la cabeza.

—Tu cabeza será siempre de fuego para tu mal y el mío—repuso Eduardo;—y ¿sabes, Pau-

lina, porque está tan acalorada? Por la continua ociosidad en que vives; si me quisieras me darías gusto, ocupándote en algo.

—¿Y qué he de hacer? No sé ninguna labor de mi sexo; jamás he trabajado; hoy me hizo saltar de la cama una reyerta entre doña Sinfrososa y mi doncella, y me asusta lo largo que me va á parecer el día; en castigo de haberme quitado el sueño voy á echar á la calle á esa vieja.

—Espera un poco—dijo el coronel;—todavía hace falta aquí esa mujer; no bien se haya terminado el asunto de que vengó á hablarte, puedes despedirla si te place, pues veo que, con tu carácter violento, únicamente viviendo sola estarás bien.

—¿De qué asunto quieres hablarme?—preguntó Paulina, cuya indole inquieta, vivaz y egoísta se fijó únicamente en lo que le atañía.

—No es asunto mío—repuso el coronel;—es de un amigo á quien deseo servir, y para conseguirlo necesito de ti.

—¿Cómo se llama tu amigo?

—El conde D...

—No le conozco.

—No; jamás ha estado en tu casa, y es quizá de los pocos amigos míos que tampoco te conocen; vales tanto, Paulina mía, que siempre he tenido orgullo en mostrarte.

Sonriose Paulina con tanta complacencia como

la que siente una mujer de honor al recibir una prueba de consideración y de respeto.

El coronel prosiguió:

—El conde D..., querida mía, ha sido hasta hace unos dos meses el hombre más feliz de la tierra, y hoy le creo el más desdichado de cuantos existen.

—¿Pues qué le ha sucedido?

—No lo sé, aunque me lo figuro.

—¿Es casado?

—Sí; y su mujer, que era un ángel de belleza y de virtud, era lo que constituía la mayor parte de su dicha; poco tiempo hace que en un convite que el conde dió á algunos de sus amigos, entre los cuales me hallaba yo, se enfadó conmigo de un modo increíble porque sostuve que no había encontrado en toda mi vida una mujer que valiese más que otra; jamás he visto defensor más acérrimo del mérito de las mujeres, sin duda por el extraordinario de la suya, y hoy le encuentro desesperado, abatido y melancólico. Él, que antes era tan jovial y tan...

—Habrá descubierto que su mujer tiene algún amante—dijo Paulina con una ruidosa carcajada.

—Tal vez—repuso el coronel—y me afirma en esta suposición el asunto que ha concertado con doña Sinfrososa y del cual voy á hablarte.

—Ya te escucho.

—El conde se ha enamorado de una jovencita de vida dudosa.

—¡Ah! —exclamó Paulina con aire de triunfo.— ¡Al fin todos venís á caer en nuestras redes!

—Ha buscado una persona para que le proporcione una entrevista con ella, y esta persona ha sido casualmente doña Sinforosa.

—¿Cómo!

—Entre ambos se ha convenido que la vieja iría á casa de la niña á rogarle, en nombre de una hija que tiene pintora, que se preste, por dos ó tres días, á servirle de modelo para pintar una Virgen.

—¿Y cuándo va á ir doña Sinforosa con esa pretensión?

—Ya fué anoche y está todo arreglado.

—¿Cómo? ¿Sin consultármelo?...

El conde y doña Sinforosa me pidieron permiso para ello.

—Eso es otra cosa —contestó Paulina, á cuya perspicacia no se ocultaba lo poco que suponen las mujeres de su condición para los hombres de alta clase, pero cuya alma era tan poco elevada que no se ofendía por ello en lo más mínimo.

—Todo está arreglado —continuó el coronel;— la joven vendrá aquí á las once. Ya ha dispuesto Pepa, por orden mía, el cuarto de los caballeros, con que ve á ponerte un vestido muy modesto, un traje así... como de pintora muy pobre que

mantiene á su madre: el conde vendrá á la una con el pretexto de encargarte un cuadro.

—Voy á vestirme —dijo Paulina levantándose dócilmente; mas de súbito se encendió su frente, lanzaron relámpagos sus ojos, y clavándose con fijeza en el coronel, le preguntó:

—¿Conoces tú á esa joven?

—Sí, la conozco, y también á dos hermanas que tiene.

—¿Son bonitas?

—Nada he visto jamás que pueda compararse á su belleza —repuso ingenuamente el coronel.

—¿De veras?... ¡Ah, no, no me engañarás! —gritó Paulina con voz sofocada.

—¿Qué es lo que dices, Paulina?

—Tú eres quien se ha enamorado de esa joven, y para engañarme has fingido toda esa historia de tu amigo el conde.

—¿Es posible que pienses tal cosa? —dijo el coronel acariciando entre las suyas las manos de Paulina.

—Es que la mataría! —rugió ésta llevada de su carácter violento y desenfrenado.

Tembló el coronel y quedó mudo de terror, pues conocía que la viuda del torero era muy capaz de ejecutar su amenaza.

Paulina continuó:

—Yo no quiero que ames á otra mujer, Eduardo; nadie te quiere en el mundo como yo, y

mientras pueda no he de consentir que me roben ninguno de tus pensamientos.

—Las once!—dijo el coronel al oír la campana de un reloj. ¡Paulina, por Dios, fía en mí! En este asunto no hay, por mi parte, otra cosa que el deseo de complacer á un amigo á quien aprecio.

—¿Me aseguras que me amas á mí sola?—preguntó Paulina recelosa todavía.

—Te lo juro; entre todas las mujeres que he conocido ninguna hay que valga á mis ojos lo que vales tú.

—Ya no dudo—dijo la joven, en cuyas pupilas se advertía aún cierto sombrío recelo;—voy á vestirme; ¿está preparada la pieza de pintar?

—Sí, me ha dicho Pepa que la había arreglado. En aquel momento llamaron suavemente á la puerta.

—Adelante—dijo Paulina.

—Acabo de llegar con la *señorita modelo*;—dijo doña Sinforosa, que apareció en el umbral, con horrible sonrisa.

—¿Dónde está?—preguntó Paulina.

—Esperando en la antesala.

—Hágala usted entrar en el cuarto de pintar—dijo el coronel—y cuide mucho de que no vea ni á Pepa ni á ninguno de los demás criados; debe creer que es usted madre de Paulina y que ambas viven solas.

—Entiendo—dijo la vieja con una mueca maliciosa, y salió, cerrando la puerta.

XXI

El modelo.

Cuando doña Sinforosa salió del aposento en que se encontraban Paulina y el coronel, volvió al primer recibimiento, donde se hallaba Blanca sentada en una banqueta y esperando pacientemente.

—Mi hija ruega á usted, señorita—dijo doña Sinforosa—que pase á su cuarto de estudio en tanto que se acaba de vestir.

Blanca siguió á la vieja sin contestar y muy admirada, así de la transformación que se había operado en doña Sinforosa, la cual lucía un rico traje muy diferente del que había llevado á su casa en la noche anterior, como de la poca libertad que la pintora daba á su madre, quien dejaba á las gentes en la antesala hasta que aquella disponía otra cosa.

Doña Sinforosa abrió una puerta y se hallaron en una sala cuadrada y espaciosa que recibía la luz por el techo.

Tres ó cuatro caballetes de diferentes tamaños, colocados en orden; algunas paletas preparadas, y cuadros de escaso mérito, pendientes de

mientras pueda no he de consentir que me roben ninguno de tus pensamientos.

—Las once!—dijo el coronel al oír la campana de un reloj. ¡Paulina, por Dios, fía en mí! En este asunto no hay, por mi parte, otra cosa que el deseo de complacer á un amigo á quien aprecio.

—¿Me aseguras que me amas á mí sola?—preguntó Paulina recelosa todavía.

—Te lo juro; entre todas las mujeres que he conocido ninguna hay que valga á mis ojos lo que vales tú.

—Ya no dudo—dijo la joven, en cuyas pupilas se advertía aún cierto sombrío recelo;—voy á vestirme; ¿está preparada la pieza de pintar?

—Sí, me ha dicho Pepa que la había arreglado. En aquel momento llamaron suavemente á la puerta.

—Adelante—dijo Paulina.

—Acabo de llegar con la *señorita modelo*;—dijo doña Sinforosa, que apareció en el umbral, con horrible sonrisa.

—¿Dónde está?—preguntó Paulina.

—Esperando en la antesala.

—Hágala usted entrar en el cuarto de pintar—dijo el coronel—y cuide mucho de que no vea ni á Pepa ni á ninguno de los demás criados; debe creer que es usted madre de Paulina y que ambas viven solas.

—Entiendo—dijo la vieja con una mueca maliciosa, y salió, cerrando la puerta.

XXI

El modelo.

Cuando doña Sinforosa salió del aposento en que se encontraban Paulina y el coronel, volvió al primer recibimiento, donde se hallaba Blanca sentada en una banqueta y esperando pacientemente.

—Mi hija ruega á usted, señorita—dijo doña Sinforosa—que pase á su cuarto de estudio en tanto que se acaba de vestir.

Blanca siguió á la vieja sin contestar y muy admirada, así de la transformación que se había operado en doña Sinforosa, la cual lucía un rico traje muy diferente del que había llevado á su casa en la noche anterior, como de la poca libertad que la pintora daba á su madre, quien dejaba á las gentes en la antesala hasta que aquella disponía otra cosa.

Doña Sinforosa abrió una puerta y se hallaron en una sala cuadrada y espaciosa que recibía la luz por el techo.

Tres ó cuatro caballetes de diferentes tamaños, colocados en orden; algunas paletas preparadas, y cuadros de escaso mérito, pendientes de

las paredes, daban á aquella estancia un aspecto de taller tan verdadero, que Blanca nada sospechó.

En el caballete mayor había preparado un lienzo grande, destinado sin duda á pintar la Virgen para la cual debía servir Blanca de modelo.

—Sientese usted, señorita—dijo doña Sinfonosa examinando á la joven con ávidos ojos y presentándole una silla de las pocas que había en el cuarto.

Sentóse la niña y empezó á examinar con curiosidad los modelos de yeso pendientes de las paredes, en tanto que la vieja la miraba con sostenida atención.

En todo el curso de su infame vida no había visto aquella culpable anciana una criatura parecida á Blanca ni había podido imaginar que existiera.

Jamás la juventud, la belleza, la inocencia y la bondad han ofrecido más divino conjunto.

Llevaba Blanca el mismo pobre vestido de lana color de lirio que el día anterior tenía puesto en su casa; una manteleta de merino negro, elegantemente cortada y guarnecida de anchos flecos, ocultaba su airoso talle y se cerraba modestamente en su bella garganta, encaadrada con gracia en un cuellecito blanco, como sus mangas.

A través de los ampulosos pliegues de tu traje y de su manteleta se adivinaba toda la gracia cándida y gentil de su figura; su tez trigueña y pálida y la ligera nube que empañaba sus grandes ojos garzos la acusaban de haber pasado una noche en vela.

Sus cabellos, rizados naturalmente como los de Paulina, pero suaves y sedosos, caían en gruesos bucles en torno de su cuello y estaban medio velados por una humilde mantilla de tul liso; mas hasta la pobreza del traje estaba realzada por el encanto natural de Blanca; parecía que ésta había elegido tan modesto atavío para que luciesen más sus gracias.

Todo era en ella decoroso y suave; sus manecitas estaban cubiertas con finos guantes de piel de un color verdoso, enteramente nuevos, y gracias á uno de sus templados movimientos pudo columbrar el ojo avizor de la vieja el brillante charol de las botas que encerraban sus diminutos pies.

Aun miraba Blanca un busto de yeso colocado enfrente de ella cuando oyó abrir y cerrar con estrépito una puerta, y se volvió asustada.

Era el coronel, que se marchaba para ir á noticiar al conde que ya tenía allí su presa, y que habiendo oído hablar mucho y muy mal del nido de palomas no tuvo inconveniente en entrar en el taller.

Saludó apenas á la joven y se puso á contemplarla con descaro.

Una ardiente púrpura vistió las puras facciones de Blanca; jamás había soportado durante tanto rato la mirada de un hombre, y aquella mirada la quemaba como una llama y le ocasionaba una insoportable incomodidad.

—Puedo llamarme muy feliz por este encuentro, hermosa niña—dijo el coronel, apoyándose familiarmente en el respaldo de la silla que ocupaba Blanca, en tanto que la buena de doña Sinfrosa se retiraba discretamente.

La joven nada contestó; bajó la cabeza aun más confundida, y el terror, la vergüenza y la aflicción sellaron sus labios.

Alentado el coronel con un silencio que calificaba muy odiosamente, se aventuró á tomarle una mano.

—¡Caballero!—exclamó Blanca levantándose y mirando á Eduardo con dolorosa cólera, al mismo tiempo que retiraba su mano con violencia.

Aquel acento y la mirada de aquellos grandes ojos dejaron absorto al coronel.

Nunca había oído una voz como aquella ni visto una mirada semejante, pues aunque podía contar entre sus hazañas muchas mujeres buenas seducidas, sin embargo, Blanca era el bello ideal del candor y de la virtud.

Todavía no había vuelto de su sorpresa cuando oyó pasos que le eran muy conocidos; era Paulina que salía de su cuarto y venía á desempeñar su papel de artista con la inocente niña.

El coronel se dirigió presuroso hacia la puerta, temeroso de exponerse á un arrebato de celos de Paulina que perjudicase los planes del conde con respecto á Blanca, y ésta, dominada por una invencible timidez, procuró serenarse, proponiéndose no volver más á aquella casa.

El aspecto de Paulina no contribuyó mucho á tranquilizarla; saludóla ésta con una dulzura afectada y empalagosa, en tanto que fijaba en ella una mirada celosa, y se sentó delante de su caballete.

La vinda del torero iba, sin embargo, vestida como correspondía al papel que debía representar; llevaba un traje de seda muy usado y un cuello blanco; un delantalillo de seda negro y unos manguitos de percalina, para resguardar sus mangas de los accidentes de la paleta, completaban su atavío.

—Gracias, señorita—dijo á Blanca, haciendo todo lo posible por dulcificar su acento.—La circunstancia de estar algo enferma y tener aquí todos mis útiles de pintura me han obligado á enviar á mi madre para rogar á usted que viniere, ya que yo no podía ir á su casa.

Blanca guardó silencio; la figura de aquella

mujer, delgada, de fisonomía viva y apasionada y de ojos atrevidos y ardientes le era antipática; contentóse con saludar cortésmente, como indicando que podía comenzar cuando quisiera.

—Tenga usted la bondad de darme el velo y luego sientese—dijo Paulina, desprendiendo la mantilla de la hermosa cabeza de Blanca;—no es menester que esté usted en pie en tanto que diseño la cabeza.

Blanca se sentó en una silla que Paulina había vuelto de frente al caballete, y ésta ocupó un sillón que estaba junto á él; sacó los pinceles y empezó su obra.

Poco á poco se fué interesando por la hermosura de aquella cabeza de Virgen, y el sentimiento de lo bello, que estaba casi extinguido en su alma, apareció de nuevo con más fuerza que nunca.

Corría el pincel de Paulina cuando sonó con fuerza la campanilla, y un instante después aparecieron en el taller el conde D... y el coronel.

—Mi amigo el conde D... quiere encargar á usted un cuadro, Paulina—dijo el coronel, en tanto que el conde miraba á Blanca con profunda atención.

Paulina les miró con disgusto; por la primera vez de su vida sentía un placer en la pintura.

—Permitanme ustedes, señores—dijo—que dé algunos toques más en esta frente, y después

abriré mi galería de pinturas para que pueda verla este caballero.

Otra persona que no hubiera sido la inocente Blanca se hubiera reído ó indignado al oír hablar de una galería de pinturas en tan modesta casa, y hubiera conocido que la artista buscaba sólo un pretexto para salir de la habitación, fuese cualquiera la causa que á ello le impulsase; pero aquella infeliz niña, que no conocía el mundo ni la corrupeión de sus habitantes, permaneció inmóvil para que la artista copiase con toda la comodidad posible su hermoso rostro.

—Hace bien la amante de usted en quedarse con el retrato de esa joven—dijo el conde en voz baja al coronel;—jamás se ha visto mujer de esta clase tan bella y con un aspecto tan inocente.

—¿Pues de qué clase la cree usted?—repuso el coronel llevándose al conde hacia la puerta.

—¡Bah! ¡Bien lo sabe usted!

—Creo que está usted en un error, conde—dijo el coronel mirando á Blanca con profunda compasión;—¿no sabe usted lo que ha costado traer aquí á esta niña?

—Ofrecerla mucho oro, y no la faltará, porque me gusta de veras.

—¿Quién ha dicho á usted que se le ha ofrecido dinero?

—La mujer encargada de conquistarla.

—Pues ha mentido; yo creía á usted mejor informado; para sacar á esta joven de su casa ha sido menester un pretexto noble, santo; se le ha hecho creer que hacia una obra de caridad vieniendo á servir de modelo á una artista muy pobre que no podía pagarlo.

—¡Ja! ¡ja! ¡ja! ¡Qué cándido es usted, coronel!—exclamó el conde soltando una carcajada nerviosa y amarga.—Todas las mujeres son vestales si se las oye.

—No he oído yo á ésta; pero créame usted, conde; no ha emprendido usted una seducción fácil, vulgar, de algunas horas... ¡esa vieja infame quiere sacar á usted dinero de todos modos y se lo exigirá para esa joven, siendo ella la que se lo guarde! ¡Créame usted... vaya despacio... hay en esa niña algo de santo que no he visto en ninguna mujer y que á mí mismo me impone!

—¡Ja! ¡ja! ¡ja! ¡ja! ¿Va usted á concluir por enamorarse de ella?

—¡Oh! Me hace daño esa amarga risa, amigo mío; usted padece, sí; pero no haga usted víctima á esa pobre niña de la venganza que quiere usted tomar de las mujeres en general.

—¡Pues bien, sí! Yo anhelaba amar, pero no puedo!... ¡Odio á las mujeres!

—Voy á abrir la galería, señor conde—dijo Paulina levantándose, y luego, dirigiéndose á

Blanca, añadió:—puede usted descansar un instante, señorita.

Salió Paulina y los ojos del conde se volvieron hacia Blanca, que permanecía ruborosa y mirando al suelo; después se acercó á ella y, apoyándose en el respaldo de la silla en que estaba sentada, se inclinó por encima de la cabeza de la joven hasta tocar casi la frente de ésta con sus labios.

El alarido de terror de la pobre mujer que se ve súbitamente amenazada de muerte no es tan amargo ni tan penetrante como el grito que lanzó la desdichada Blanca al ver la osadía del conde; cubrióse de arbatada púrpura su rostro y en seguida se vistió de una palidez mortal; luego corrieron por sus mejillas abundantes lágrimas y se dirigió á la puerta con inseguro paso.

—¡Por Dios, que no es usted poco asustadiza, niña!—exclamó el conde persiguiéndola; y rodeándole el talle con su brazo quiso detenerla.

Pero Blanca se volvió con rapidez y se escapó de aquel odioso lazo.

—¡Déjeme usted—gritó con voz llorosa, pero vibrante;—quiero volver á mi casa!

—Aun no—repuso el conde.—¡Coronel, llame usted á Paulina!

—¿Para qué?—preguntó Eduardo, que desde el principio de esta repugnante escena había mudado varias veces de color.

—Para que convenza á esta niña de lo que puede valerle mi amor.

—¡Déjeme usted salir!—gritó de nuevo Blanca mirando á través de sus lágrimas al conde con el más soberano desprecio y sin dignarse contestar siquiera á sus insultos.

En aquel instante apareció Paulina, quien, á la primera mirada, conoció lo que pasaba.

—¡Sáqueme usted de aquí, señora!—exclamó Blanca llorando.—Usted no me quiere mal... ¿qué he hecho á usted yo? ¡Sin duda, al suplicarme que viniera á su casa, no contaba usted con la presencia de esos dos hombres!...

—¿Pues qué han hecho á usted?—preguntó Paulina con una sonrisa infame.—Este caballero, sin duda—añadió señalando al conde—habrá dicho á usted que la ama, y no veo una razón...

Aquella sonrisa, aquellas palabras traspasaron el corazón y trastornaron la cabeza de la infeliz niña; conoció que había caído en un lazo, y trémula, azorada, casi loca, se puso á gritar con todas sus fuerzas:

—¡Socorro!... ¡Socorro!...

—¡Eh! ¡Tápenla ustedes la boca!—dijo doña Sinforosa apareciendo en el umbral.—Delante de la casa se han detenido muchos curiosos y los vecinos están todos en los balcónes.

—¡Calle usted!—dijo Paulina con imperio.

—¡No callaré, no!—gritó Blanca con más

fuerza; y viendo á través de la puerta que tenía abierta doña Sinforosa una ventana en el recibimiento, corrió hacia ella, la abrió con ímpetu y se arrojó hacia afuera.

Mas una mano vigorosa la detuvo. Era la del coronel, en cuyos brazos quedó la infeliz niña sin sentido.

—¡Basta!—dijo volviéndose con severo semblante hacia el conde.—Desde este momento nadie lanzará á esta joven una mirada equívoca, al menos estando yo delante.

—¡Deje usted á esa mujer!—gritó Paulina.—¿Será usted tan necio que vaya á convertirse en el campeón de una advenediza?

—¡Esta joven es la mujer más virtuosa que he encontrado!—respondió con severidad el coronel;—conde—añadió—desista usted de sus propósitos, sé lo aconsejo como amigo.

—Pero va á cansar á usted el brazo—dijo amargamente Paulina.

—Esta niña no puede permanecer en la casa de usted un instante—repuso el coronel;—ve á buscar un coche—concluyó, dirigiéndose á doña Sinforosa.

Esta obedeció en silencio; el coronel, sin soltar á Blanca, se acercó al caballote donde había estado pintando Paulina y arrancó el lienzo que descubría las facciones de Blanca.

—Nada debe quedar aquí de esta joven—dijo;

y oyendo entonces el ruido del carruaje que llegaba, salió de la estancia y bajó la escalera con su preciosa carga.

Los curiosos abrieron paso y poco después de partir el carruaje entraron en la casa los agentes de seguridad pública, cuya intervención había ido á reclamar un espectador al oír los gritos de Blanca.

Doña Sinforosa, muerta de terror, les informó del suceso, y tanto ella como su supuesta hija fueron aprehendidas y conducidas á la cárcel por escándalo.

XXII

El padre.

El conde miró desde la calle partir á la viuda del torero y á su *honrada* patrona entre los agentes de policía; la casa fué cerrada por orden de la autoridad, la gente se dispersó y aun permanecía el esposo de Clotilde inmóvil y meditando.

Su pensamiento seguía el carruaje que llevaba al coronel y á Blanca; al coronel, que había osado amenazarle; á Blanca, á quien había ofendido con tanta bajeza y villanía.

Un buen corazón y los instintos de un alma generosa no se vuelven de súbito crueles y rastroseros; el conde, acérrimo defensor de las muje-

res; el conde, que toda su vida había mirado en ellas la parte más bella del género humano; el conde, que las había considerado y respetado siempre, no podía menos de avergonzarse y de sorprenderse de su brutal y extraña conducta.

La atmósfera impura de la abominable casa adonde había hecho conducir á Blanca habíale pervertido en un instante, del mismo modo que una ráfaga de aire corrompido marchita en breves momentos un ramillete de frescas y aromadas flores; mas las dignas y graves palabras del coronel, así como la vista del cielo puro y del radiante sol, le volvieron á un mundo mejor, disipando las opacas sombras del vicio.

—¿Soy yo—pensaba en tanto que marchaban entre los agentes las infames habitadoras de aquella casa—soy yo el mismo hombre que hace pocos días decía á Cellemare que deseaba amar á esa mujer y sacarla, si era culpable, del abismo en que vivía? ¿Qué se hicieron aquellos buenos propósitos? Hoy la he insultado, la he tratado bárbaramente, porque... quizá es buena... sí, Honorio tenía razón; ¡la miseria que se oculta es siempre honrada!

Levantó la cabeza maquinalmente al hacer esta reflexión, y su mirada tropezó con la bella figura del príncipe de Cellemare.

—¡Siempre triste!—dijo el príncipe con benévola sonrisa.

—¡Siempre!—repuso el conde.—Pero usted, ¿adónde va á pie á estas horas?

—Contemplo mejor á pie que en carruaje el sol y el cielo, esas dos necesidades de mi alma, y hoy, sobre todo, me son más precisos el cielo y la luz, porque tengo la cabeza destrozada.

—¿Está usted enfermo?

—No; pero anoche me ha sucedido... ¡Oh! ¡Si supiera usted!—exclamó el príncipe llevándose las manos á la frente.

—¿Qué?

—Anoche estuve en el famoso *nido de palomas*—continuó el príncipe con la mirada vaga, como quien contempla una aparición lejana.

—¿De veras?—preguntó el conde asombrado de tal coincidencia.—¿Y qué vió usted en él?

—Mucha miseria, pero también mucha pureza y una sublime virtud; sí, á pesar de todo cuanto se diga, esas pobres jóvenes son tres ángeles: no hubiera dado Dios la imagen de mi madre á una mujer que no fuese buena...

—No comprendo á usted, Honorio;—dijo el conde, que sabía hasta dónde llegaba la imaginación entusiasta del italiano.

—La mayor de esas jóvenes se parece á la princesa mi madre de un modo perfecto: sí, sí... Se parece tanto que no puedo vivir sin ella. Yo quise anoche conocerlas, porque lo mucho que de ellas se habla había despertado mi curiosidad.

—¿Fué usted bien recibido?

—Sí, porque, á pesar de lo que se las infama, no me creí dispensado para con ellas de toda consideración, y busqué un pretexto decoroso: me fingí un antiguo deudor de su padre y pintor de profesión y me hallé casi moribunda á la mayor de las tres.

—¿A la que se parece á la madre de usted?

—Sí; y no sé por qué infernal casualidad subió á verlas al mismo tiempo que yo el marqués de la Oliva. Un pobre hombre, que vive en la misma casa, había llamado á un anciano doctor que, al principio, manifestó un interés casi paternal hacia la joven enferma; mas apenas reparó en el marqués y en mí, se despidió con frialdad, alegando que su ciencia no alcanzaba á curar los resultados de una vida relajada.

—¡Desgraciadas niñas!—exclamó el conde.

—En aquel momento—prosiguió Cellemare—me trastornaron el dolor y la sorpresa; amigo mío, no puedo ni quiero ocultar á usted que, á la vista de Ofelia desmayada, un nuevo mundo se abrió ante mis ojos... Tembló mi corazón y me pregunté si la presencia de aquella hermosa niña no daría á mis palacios una belleza que yo no les he encontrado durante mi larga y solitaria juventud. Así, pues, al oír las palabras del médico me pareció que había caído al infierno desde lo más alto del cielo, y perdida mi imaginación,

exaltada, hui de aquella casa en pos del anciano que tanto mal me había hecho.

Guardó silencio el conde preocupado por tristes pensamientos, y el príncipe continuó, tras una breve pausa:

—Hoy tengo que volver á verla... lo necesito... Mi alma entera vuela hacia ella; he reflexionado que lo que ha perdido á esas jóvenes ha sido la infame maledicencia del marqués... ellas han menester un amparo... son huérfanas... están solas y expuestas á mil peligros á pesar de su virtud.

—¿Qué trata usted de hacer?

—No lo sé... las veré todos los días y ellas quizá se fiarán de mis consejos, que serán nobles y desinteresados; en fin, yo vivo solo en el mundo desde que perdí á mi madre, y esta buena obra me servirá de distracción.

—¿No conoce usted que está perdidamente enamorado de esa joven?

—Lo sospecho: ¿mas qué importa? Me casaré con ella, y ese será el medio de imponer respeto á la maledicencia.

Miró el conde absorto á aquel hombre tan generoso, y conmovido del penoso contraste que hacía la conducta que él había observado con Blanca con la que el príncipe trataba de observar con la hermana de ésta, guardó silencio acerca de su aventura de aquella mañana.

—Por aquí viene el coche del marqués de la

Oliva;—dijo Cellemare haciendo un gesto de repugnancia;—me voy á fin de que no me hable. Adiós, conde; esta noche veré á usted en su casa.

El esposo de Clotilde presentó su mano á Cellemare, que se la apretó cordialmente y echó á andar al mismo tiempo que llegaba el carruaje del marqués enfrente de ellos.

Detúvose el coche y Carlos se apeó.

—¿Qué tendrá contra mí ese estrafalario príncipe?—dijo el marqués.—Es de mal tono mostrar rencor á un enemigo después de un desafío.

El conde ocultó bajo una sonrisa la expresión de odio que se retrataba en sus facciones y nada respondió.

—¡Ah! Tengo que dar á usted una nueva que le entristecerá, porque el corazón de usted es bueno—prosiguió el marqués.—Nuestro amigo Fernando de Silva acaba de quedar viudo; su mujer ha muerto en Valencia; pero ¡bah! dicen que era fea y ordinaria, aunque muy rica.

Una súbita palidez invadió las mejillas del conde; quedaba libre el amante de su esposa, y, por tanto, ésta tenía un miramiento menos de esos que dicta la conciencia. El marqués le contempló durante algunos instantes con maligna sonrisa, y luego, despidiéndose de él, volvió á subir á su carruaje lleno de gozo, pues estaba seguro de haber causado al esposo de Clotilde una profunda herida.

Este tomó á pasos lentos el camino que llevaba á su casa.

¿Sabía dónde iba? Quizá no; el instinto de su corazón era el que únicamente le guiaba, ó mas bien el instinto de sus celos.

Quería ver á su esposa y leer en su semblante el efecto que le había hecho la libertad en que había quedado Fernando de Silva.

Llegó por fin á su palacio y se dirigió á la habitación de la condesa.

Esta se hallaba en su tocador acabando de disponerse para salir; en la pieza inmediata los dos niños gemelos reían y jugaban en brazos de sus nodrizas.

Alteráronse las facciones del conde al oír las dulces vocecillas de sus hijos y su semblante pintó una penosa lucha; empero el demonio del orgullo triunfó en su alma y no los miró siquiera á través de las hojas medio entornadas de la puerta.

Tenía puesto la condesa un vestido de seda verde malva y un pañolón de cachemir; cuando entró el conde estaba de pie delante de un gran espejo de vestir, prendiendo en sus cabellos los numerosos pliegues de una mantilla de terciopelo guarnecida de ricas blondas.

Sobre la mesa se veía su pañuelo de batista, sus guantes de piel de Suecia y una linda sombrilla oscura.

Al ver á su marido Clotilde hizo señas á la doncella que la asistía para que se retirara.

El conde la saludó fríamente con la cabeza, y luego, dejándose caer en un sillón, la contempló con fijeza durante algunos instantes.

Clotilde estaba pálida y delgada; grandes ojeras oscuras rodeaban sus rasgados ojos, mas sus facciones respiraban una calma profunda.

—¡Va á ver á su amante!—pensó amargamente el celoso marido al ver el traje modesto y sencillo de su esposa;—quizá nada sabe todavía de su viudez.

—Tengo que dar á usted una buena nueva, señora—dijo el conde devorando con la vista todos los movimientos de su mujer.

—¿A mí?—repuso Clotilde con sencilla admiración y como si ya no esperase ninguna noticia agradable.

—A usted; la esposa de Silva ha muerto.

El conde lanzó rápidamente y sin preparativo alguno estas palabras, y continuó mirando á su mujer, que palideció ligeramente, sin contestar.

—Debe usted, pues, estar en extremo gozosa, señora—añadió el conde con amargura—porque esa muerte ahorrará á usted algunos escrúpulos de conciencia.

—No lo crea usted—dijo Clotilde, repuesta ya de su pasajera emoción;—siento mucho esa desgracia.

—¿La siente usted?

—Sí por cierto.

—¿Y por qué?

—Me han dicho que la señora de Silva era muy joven, y la juventud me interesa siempre.

—Ahora irá usted á consolar á Silva, no es verdad?

—No—contestó la condesa sin mostrarse resentida por aquel insulto, aunque el color de la vergüenza subió á su frente;—voy á ver y á socorrer á unas infelices niñas, de quienes me han hablado, con el pretexto de encargarles unos bordados.

—¿Son pobres?

—Mucho; son tres, tan desgraciadas como hermosas.

—¿Dónde viven?—tornó á preguntar el conde, cuyo corazón había dado un vuelco.

—Lejos de aquí; en la calle de San Bernardino.

—¿Quién ha hablado á usted de ellas?

—Rosa, la ramilletera que nos provee de flores; ayer mañana, al traer los ramos para el baile que dimos por la noche, me estuvo hablando largo rato de esas pobres niñas.

—¿Va usted á pie?

—No, pero dejaré el coche al entrar en su calle para no amedrentarlas con una visita demasiado pomposa.

—¿Sabe usted cómo se llaman?—preguntó el conde.

—No.

—Yo puedo decírselo á usted; se llaman las señoritas de Valdés, y le advierto á usted que amo ciegameamente á la más joven de ellas.

Tembló la condesa al oír estas crueles palabras, pero no perdió nada de su dulce compostura, y respondió:

—Doy á usted gracias por haberme dicho el nombre de esas jóvenes, pues así las encontraré con más facilidad.

—Después de la confesión que he hecho á usted, señora, bien puede usted ir á consolar á Silva.

—Después de la confesión que me ha hecho usted, señor conde, queda mi honor y el de mis hijos—contestó Clotilde sin alzar la voz, sin irritarse y sin demostrar la más ligera emoción ó el más leve abatimiento.

El conde la miró absorto; el hombre más cínico, el más perverso, el más desalmado acata siempre el pudor, la calma, la dignidad y la dulzura.

—Dejo á usted en libertad de ejecutar su benéfico propósito, señora—dijo levantándose; y luego, no pudiendo consolarsé su odioso orgullo sin herirla nuevamente antes de separarse de ella, añadió:

—Ya que tanto estima usted su honor, señora, por su honor le aconsejo que cuando venga Silva no le demuestre demasiado su alegría.

Inclinóse la joven como para darle gracias por el consejo, sin querer rebajarse hasta decirle que no recibía a Silva; pero su conmoción fué tan penosa al sentir este horrible tiro, que tuvo que guardar silencio algunos segundos antes de responder.

—Doy á usted gracias de nuevo por la advertencia—dijo con amable y reposada sonrisa,—no obstante, por lo que toca á mi honor, no necesito ninguna.

Acabó, al pronunciar estas palabras, de ponerse los guantes, y abrió la puerta del cuarto de sus hijos, á quienes confundió en un solo abrazo, besandoles con ternura repetidas veces.

Los niños columbraron al conde inmóvil en el aposento y, tendiéndole ambos sus bracitos, gritaron con su gorjeo infantil:

—¡Papá... papá!...

Salió Clotilde después de haberlos abrazado de nuevo para recompensar á las inocentes criaturas de la dureza de su padre, que aun permanecía inmóvil; mas á pesar de toda su firmeza, el conde vió deslizarse por las flacas mejillas de la desgraciada joven dos gruesas y silenciosas lágrimas.

Ni aun este espectáculo le conmovió; acompa-

ñó á Clotilde con frialdad hasta el vestibulo, y ella bajó la escalera para tomar su coche.

Augusto permaneció quieto hasta que oyó que se alejaba el carruaje; entonces volvió á la habitación de los niños, los tomó en sus brazos y los cubrió de besos, en tanto que ellos, jugando con sus cabellos, batiendo sus manecitas y gorjeando alegremente, gritaban entre risas:

—¡Papá... papá!...

El conde despidió á las nodrizas; se tendió con sus hijos en la alfombra y permaneció con ellos una hora, estrujándolos á caricias y haciéndoles bailar entre sus robustos brazos.

Cuando salió de aquel cuarto sudaba cansado y molido de los juegos con que se había desquitado de los dos meses que había vivido sin hijos; pero sus ojos brillaban de gozo y de entusiasmo; dirigióse á su habitación, y aquel hombre tan fuerte, tan duro, tan orgulloso y tan dueño de sí mismo, se dejó caer de rodillas delante de una imagen del Crucificado, cruzó las manos y exclamó con los ojos cubiertos de lágrimas:

—¡Gracias, Dios mío, gracias, soy padre!

Rezó durante algún tiempo, y su plegaria fué acompañada desde lejos por los gritos gozosos de sus hijos, que le llamaban como agradecidos de que les hubiera devuelto su amor y sus caricias.

XXIII

Ofelia.

Quando acabó el conde su entusiasta y regeneradora oración se halló más tranquilo; no obstante, pronto volvió su pensamiento á la condesa, y más pronto aún por la razón de haberse ablandado su endurecido corazón con las caricias de sus hijos.

—¡Quizá sea inocente! —pensó; —todo al menos me lo hace creer así... ¿no sería yo más generoso y justo observándola, y si no es culpable, librándola por mí mismo de esa pasión que combate? Mas ¿de qué modo podría yo hacerlo? ¡No, no! ¡Que luche y venza por sí sola! La virtud sin combates es de tan poco valor que yo no la estimo; mucho más feliz es la que nace con una alma fría que la que ha sido dotada por el cielo de pasiones; pero ya que las tiene es preciso que triunfe de ellas.

El conde, apenas dijo estas palabras, midió su cuarto á grandes pasos y pareció sumergirse de nuevo en sus acerbas reflexiones.

Aquellos dos meses de aislamiento y de vindez que se había impuesto empezaban á fatigarle; en vano había buscado en los placeres ruidosos y en la disipación los medios de olvidar

á Clotilde. Dios, por su misericordia infinita, no quería arrebatárle con las últimas flores de aquel amor todas las ilusiones de su vida.

Las mujeres viciosas y disipadas que, durante aquellos largos dos meses, había tratado, le hastiaban y le eran repugnantes, porque pensaba en Clotilde, tan hermosa, tan joven, tan pudorosa y delicada; las que eran suaves y graciosas le recordaban también á su mujer, y á todas las hacía el prestigio de su amor inferiores á ella.

Es que Dios ha dado á la mujer buena un eterno encanto que rodea como una perfumada nube á los que la ven y la tratan, que salva las distancias y penetra en el alma para acariciarla como el céfiro á las flores.

¿Qué podría si no oponer la mujer buena, cuando no ha sido favorecida por la naturaleza, á los artificios de tantas hermosas actrices del vicio, á no ser ese aroma de virtud y santidad que emana de ellas, ese ambiente que las circunda y que hace que no se olviden jamás?

El coche de Clotilde la había conducido hasta la calle de San Bernardino; apeóse á la entrada y se adelantó con ligero paso hasta la casa de las huérfanas.

Eran las tres de la tarde; el sol de aquel hermoso día de Marzo bañaba el reducido portal de

la casita y el humilde taller del señor Martín, que trabajaba calentándose á sus rayos, en tanto que su digna esposa la señora Antonia ponía mangas á una camisa de su consorte.

—Dios guarde á ustedes, buenas gentes—dijo la condesa con dulce voz y acercándose á ellos.

—Y á usted también—contestó la señora Antonia, levantándose y haciendo cortesías en tanto que su esposo, por ese privilegio de los zapateros, que parecen las gentes menos dispuestas á hacer uso de sus pies, permanecía sentado y continuaba su labor.

—¿Qué se le ofrece á usted?—preguntó la anciana.

—Quisiera que tuviera usted la bondad de darme—repuso la condesa—si habitan aquí tres jóvenes.

La señora Antonia miró con atención á la condesa; pero su rico aunque sencillo traje, su aire distinguido, ese perfume suave y penetrante á un tiempo que emana de toda mujer de buen tono, y sobre todo su dulce y graciosa fisonomía, la tranquilizaron. Mas su gruesa y bonachona cara se entristeció de repente y respondió dando un suspiro:

—Ay, sí, señora! Aquí viven tres infelices criaturas que están pasando por pruebas muy crueles.

—Serán las que yo busco. ¿Son hermanas?

—Sí, señora, son hermanas, y desde ayer viene á buscarlas tanta gente, que esto parece un verdadero jubileo. ¡Jesús! ¡Qué tratarnos! Anoche sobre todo y al tiempo que una de las pobres señoritas se puso mala, vinieron tres personas preguntando por ellas; esta mañana á las once vino una vieja de muy mala traza en busca de la más joven; esta vieja había ya estado anoche, y la pobre señorita, que salió con ella fresca como una rosa, ha vuelto á más de la una en un coche desmayada y acompañada de un caballero; entre él y mi Martín la han subido á su cuarto; pero yo he estado media hora hace á preguntar, y Malvina, que es una criadita jorobada que tienen, me ha dicho que no cesan de darle convulsiones y que apenas vuelve en sí.

—¿No podría yo verlas?—preguntó Clotilde, á quien incomodaba ya el charlatanismo de la señora Antonia, que, habladora como todas las personas de su edad y de su clase y deseosa además de darse importancia, quería contar cuanto sabía.

—Lo dificulto—respondió á la interpelación de la condesa;—¡la señorita Blanca está tan mala!...

—¿No ha dicho usted que la que vino enferma es la más joven?—preguntó Clotilde, quien de todo cuanto había hablado la anciana sólo algunas palabras había conservado clavadas en su memoria como un dardo de fuego.

—Sí, señora; la más joven, casi una niña.

—¿Y que le acompañaba un caballero?

—En efecto, un caballero muy gallardo.

—¿Puede usted darme sus señas?—tornó a preguntar Clotilde, temblando de hallar en las explicaciones de la anciana la certeza de que aquel hombre fuese su marido.

—¡Sí, señora!—se apresuró a responder la señora Antonia—afortunadamente le reparé muy bien: era alto.

—¿Moreno?

—Justo, con cabello oscuro y rizado; tenía los ojos pardos ó negros, que eso no lo recuerdo bien, y vestía con mucha elegancia y lujo.

—Está bien—interrumpió Clotilde, segura de que la esposa del zapatero no podía sacarla de sus dudas;—tome usted, buena mujer, por su complacencia en responderme, y quede usted con Dios.

—Señora, señora, guarde usted su dinero—dijo la honrada anciana rechazando con disgusto las monedas de plata que le ofrecía Clotilde.

—Si no fueras habladora nadie se metería á querer pagar lo largo de tu lengua—dijo el señor Martín incomodado.

—Perdonén ustedes—dijo la condesa—no ha sido mi ánimo ofenderles, y únicamente quise recompensarles el servicio que me han hecho diciéndome cosas que necesitaba saber.

Luego se quitó el guante, y sacando de uno de sus dedos una sortija de oro con un diamante, se volvió hacia la anciana, y le dijo con suma gracia:

—Ya que no quiere usted dinero, acepte al menos esta bagatela para que la use en memoria mía.

—Estó sí que lo agradezco—dijo la señora Antonia con visible alegría.—[Mil gracias, señor! Toda mi vida la llevaré, pensando en usted.

—Acompaña arriba á la señora—dijo el señor Martín.

—No, no se incomode usted; subiré sola.

—Como usted guste—dijo la señora Antonia;—yo seguramente no me incomodaré; pero pudiera incomodar á usted, y...

Clotilde hizo una última señal de despedida y subió la escalera, llamó á la puerta y Malvina abrió, introduciéndola donde estaban las tres hermanas.

El noble corazón de la condesa se conmovió dolorosamente ante el cuadro que se presentó á sus ojos.

Tendida en el sofá, con la cabeza reclinada sobre almohadas y temblando á impulsos de una fuerte convulsión nerviosa, estaba Blanca; los suaves y graciosos contornos de su cara parecían haberse prolongado; estaba pálida como las almohadas, y alrededor de sus grandes ojos

cerrados se destacaba una sombra livida y acardenalada.

Al ver entrar á su hermana privada de sentido había saltado Ofelia de su lecho, y echándose un peñador había corrido á su socorro; allí estaba sentada en uno de aquellos sillones oscuros que ya conocemos, junto al sofá, teniendo entre las suyas los manos de Blanca y olvidada de su propio estado; ondeaban sobre su espalda las largas trenzas de sus cabellos negros y parecían extinguidos todos sus padecimientos ante los de aquella niña tan querida.

Arrodillada María junto al sofá, aplicaba á la delicada nariz de Blanca un frasquillo de éter, mientras gruesas lágrimas rodaban por sus mejillas, blancas como el alabastro; los hermosos cabellos de María, peinados en *bandós*, y sus ojos azules, llenos de abatimiento, le daban un aire tan triste y desolador, que era quizá la figura más expresiva de aquel cuadro, digno del aristocrático pincel de Lawrence.

Tan abatidas estaban las jóvenes que no se apercibieron de la entrada de la condesa, acompañada de Malvina; ésta iba á llamarles la atención hacia su visita; pero Clotilde se lo impidió, permaneciendo en pie y silenciosa á alguna distancia.

Calmáronse, por fin, las convulsiones de Blanca, y Ofelia soltó sus manos y acomodó mejor

su cabeza en las almohadas, haciendo un movimiento que le hizo descubrir á Clotilde.

—Perdone usted, señora—dijo levantándose y apoyándose, para no caer, en el brazo de su sillón;—ocupada en el cuidado de mi hermana no había visto á usted.

—Yo soy quien debe demandar á usted perdón, señorita—repuso la condesa;—á haber sabido la triste situación doméstica en que se encontraba no hubiera yo venido á incomodar á usted.

—¡Oh! ¡Triste, sí, muy triste!—exclamó la pobre Ofelia llorando y cubriéndose el rostro con ambas manos.

Mas rehaciéndose de aquella flaqueza, que ella juzgaba vergonzosa delante de una desconocida, enjugó sus lágrimas, miró á la condesa y le preguntó con dulzura:

—¿Puedo ser á usted útil en algo, señora? ¿Podremos María ó yo prestarle algún servicio? No hablo de nuestra pobre Blanca ¡ay! porque ya ve usted cómo está!

Clotilde no contestó en seguida; al mirar maquinalmente en derredor del cuarto había visto sobre una cómoda un bolsillo de seda, á través de cuyas mallas brillaban muchas monedas de oro, y aquel descubrimiento la hizo estremecer.

¿Provedría aquel dinero de su esposo?

¿Sería el precio de su desdicha?

—Quería... quería...—dijo vacilando y sin separar los ojos de aquel bolsillo fatal—quería encargar á ustedes unos bordados, cuyo valor descarta que aceptaseis de antemano, pero...

La voz espiró en sus labios; en aquel momento abrióse la puerta y se presentó el príncipe de Cellemare.

—Este es el caballero que estuvo anoche—dijo María señalándosele á su hermana.

El príncipe saludó profundamente, y Ofelia, para no darle tiempo á que se sentara, se puso en pie, descubriendo toda la gallardía y gentileza de su figura.

—Caballero—dijo señalando el bolsillo que se veía sobre la cómoda y que aun contemplaba con amargura la condesa;—caballero, anoche, dió usted dinero á mi hermana; pero ni ella ni yo le hemos tocado; allí está, recójale usted y márchese para no volver jamás á una casa donde ningún derecho le asiste para entrar.

Ofelia pronunció estas palabras con el semblante enrojecido de vergüenza y de ira; brillaban sus ojos, y al señalar al príncipe la puerta de su habitación parecía la estatua de una reina que se había levantado de su sepulcro para despedir á los profanos que hubieran murmurado de sus cenizas.

El príncipe nada contestó á sus severas frases; el eco de su voz, dulce y vibrante, le ha-

bía llevado al mundo de los muertos; Ofelia, en aquella actitud, era la imagen fiel de la princesa Honoria, como él la había visto muchas veces al contener los desmanes de sus deudos y criados.

Contemplábala el príncipe extasiado; era el tipo de la virtud severa y apacible á la vez, el emblema de la gracia melancólica y casta.

—Espero, caballero, que no me hará usted repetir de nuevo lo que ya he tenido el disgusto de decirle—continuó Ofelia al ver al príncipe inmóvil y como embebecido.

Tampoco contestó éste ni dió un paso para retirarse.

—Salga usted—dijo imperiosamente la joven.

Clotilde había contemplado en silencio la escena hasta aquel instante: su corazón se había descargado de un enorme peso al saber la procedencia de aquel dinero; pero al ver la exasperación de Ofelia y el asombro del príncipe, se acercó á ella y le dijo afectuosamente:

—Vea usted, señorita, que quizá habla bajo la impresión de un error: yo sé bien que el príncipe de Cellemare no es capaz de ninguna acción indigna.

—¡El príncipe!—gritó Ofelia.

Esta exclamación volvió á Honoria á todas las miserias de la vida real.

—Pues entonces, señora—añadió Ofelia—us-

ted, que tanto le conoce, ¿podrá decirme por qué se ha fingido pintor al presentar anoche á mi hermana esta infame dádiva?

Emudeció Clotilde, y hubiera durado por largo tiempo un silencio muy embarazoso á no haber tomado el príncipe la palabra:

—Señorita—dijo con nobleza,—sea yo artista ó príncipe, debía ese dinero á su padre; le busqué y supe que había muerto, dejando tres hijas; dichoso en mis investigaciones, conseguí encontrar á ustedes y les devolví esa suma.

—Diga usted más bien, caballero, que sabiendo que estábamos solas y desamparadas, ha creído usted poder allanar nuestra casa sin dificultad—repuso Ofelia con amargura,—pero si cuando le creí pintor y deudor de mi padre, rehusé ese dinero por una simple sospecha, juzgue usted si pensaré en admitirle ahora que sé que es usted príncipe y que tengo la certeza de que jamás mi padre ha podido dar á usted dinero; salga usted, pues, de esta casa, monseñor—continuó Ofelia, señalándole la puerta con más arrogancia que antes.—¡á mis ojos, un pintor que paga una deuda vale más que un príncipe que las finge para pagarlas!

—Pero, desgraciada niña—dijo Clotilde en voz baja—piense usted en su pobreza, en su enfermedad y la de su pobre hermana. El príncipe es el bienhechor de todos los que sufren y habrá

inventado ese noble pretexto para socorrer á ustedes.

—¿Y con qué derecho, señora, viene á investigar nuestra pobreza ó nuestro bienestar? Hay dádivas que son un insulto, y yo sé que no podemos llevar á nuestra boca otro pan que el ganado con nuestro trabajo.

En tanto que la condesa y la orgullosa joven trocaban estas palabras, el príncipe había recogido el bolsillo; sin acercarse más á la joven, dió la mano á la condesa, estrechándosela en silencio, y después de saludar con respeto á Ofelia, salió de la habitación.

—¡Sí!—murmuró mientras bajaba la escalera.—¡Esa, esa es la mujer que he buscado tanto tiempo! ¡Por fin la encontré!... ¡Gracias, madre mía!...

XXIV

Una amiga.

Luego que el príncipe hubo desaparecido, Ofelia, cuyas fuerzas se habían agotado por aquel esfuerzo, cayó desfallecida en un sillón.

Blanca permanecía tranquila; no obstante, sus mejillas, coloreadas de un carmesí oscuro, anunciaban que la fiebre se encendía en sus venas é

iba invadiendo su cerebro, combatido durante dos horas por una violenta lucha.

Estremeciase de vez en cuando, agitaba las manos y caía de nuevo en su inacción.

Sentada junto al sofá y con la cabeza entre las manos estaba María, la cual parecía extraña á cuanto pasaba en torno suyo.

Su naturaleza, más templada, y su carácter, modelo de suavidad y de angelical dulzura, no la exponía á las violentas y despedazadoras luchas á que su azarosa posición sujetaba á sus hermanas; pero un profundo abatimiento tenía como embotadas todas las facultades de su alma, sin dejarla pensamiento más que para meditar en la suerte que las esperaba.

¿Qué iba á ser de ellas? Carecían absolutamente de recursos, pues todas sus esperanzas estaban cifradas en la suma que debían cobrar aquel día por las labores que estaban casi al terminar, pero los dolorosos acontecimientos que con tanta rapidez se habían sucedido y la enfermedad de sus dos hermanas las habían privado de este único recurso.

¿Qué harían? Este pensamiento traspasaba y hacía desfallecer el corazón de la pobre María; ¡atu si Dios le concediera fuerzas bastantes para trabajar por las tres!... Mas esta idea desapareció bien pronto ante la imposibilidad de realizarse.

No les quedaba, pues, más remedio que refugiarse en los brazos de la muerte.

De súbito un rayo de luz surgió en la mente de María; alzó sus ojos hacia un reloj colocado en la pared, y vió que solo faltaban algunos minutos para las cuatro.

Se acordó de la lección de música que tenía que dar á la hija de la duquesa de Rioclaro y se levantó.

—Ya es hora de que vaya á casa de la señora duquesa, hermana—dijo mirando á Ofelia;—son las cuatro.

—¡Tú!—gritó la joven levantándose y extendiendo los brazos hacia su hermana como si quisiera protegerla;—¡tú separarte de mi lado, María! ¿Para qué? ¿Para que te me devuelvan, como á Blanca, yerta y privada de sentido? ¡No, no saldrás! ¡Encerrémonos aquí, en nuestra casa... y muramos!

—Pero, Ofelia—repuso María con dulzura—aquí no puede haber engaño... Esta carta es de una señora... de una señora de alto rango...

—Yo soy la condesa D...—dijo Clotilde con nobleza—y si esa dama pertenece realmente á la alta sociedad debo conocerla... Tengan ustedes confianza en mí, pobres niñas: vamos á ver, ¿qué exigen de ustedes en esa carta?

—Explíquenos usted antes, señora, qué fin la conducía á nuestra casa—repuso la orgullosa

Ofelia—y perdone usted que la interrogué de este modo: no tengo más que diez y ocho años y debo cuidar de mis hermanas; somos huérfanas y estamos desamparadas; nada conozco del mundo, señora... nada más que el infame lazo que han tendido á esta infeliz niña, mi hermana más joven, y tiemblo por ellas y por mí... sospecho que esa carta sea una nueva red para María; tiemblo de que usted, señora, que parece tan buena, esté de acuerdo con alguno para perdernos... Por amor de Dios, dígame, dígame usted pronto... ¿qué quiere?, ¿á qué ha venido usted á esta casa?

—A ella me ha traído únicamente el deseo de encargar á ustedes algunos trabajos de bordado, señorita.

—¿Quién ha hablado á usted de nosotras?

—Una joven ramilletera llamada Rosa.

—¡Ah! ¡La creo á usted, la creo! ¡Conocemos á Rosa! Pero, señora, se ha de pasar mucho tiempo antes de que los bordados de usted estén concluidos... yo estoy enferma, ya lo ve usted, y mi hermana también lo está; sólo queda en pie mi pobre María; pero temo mucho por su salud, porque es muy delicada.

La condesa miró con profunda compasión á Gloria, que al ver la lastimera oposición de su hermana á que saliese había vuelto á su doliente postura junto al sofá en que yacía Blanca.

Ésta se agitaba cada vez más; había crecido el encarnado de sus mejillas y su pecho se levantaba á impulsos de una respiración oprimida.

—Mis bordados no corren prisa—repuso la condesa, ni la lentitud con que los hagan ustedes puede impedir que cobren su importe, mis queridas niñas; la obra que enviaré á ustedes con Rosa antes de que se acabe el día de hoy es pesada hasta lo sumo; trátase de un peinador de levantarse que quiero regalar á mi amiga la duquesa de Ríoclaro y cuyo bordado ha de ser lo más exquisito y complicado que sea posible.

—¡La duquesa de Ríoclaro!—exclamó María levantando su rubia cabeza.—Esa es la señora que me ha escrito ayer pidiéndome que fuera á dar lección á su hija.

—Tiene una hija, en efecto—repuso Clotilde;—y en cuanto á la carta yo me informaré de si realmente la ha escrito; pero volvamos á lo que me interesa: yo ruego á ustedes que á cuenta de su trabajo admitan una corta suma.

—¡Ah, señora, cuán buena es usted!—exclamó Ofelia enternecida y viendo en aquella generosa oferta un rayo de luz.—Considere usted, sin embargo—añadió luego con naturalidad—que quizás moriremos sin que podamos resarcir á usted de sus adelantos.

—¡Morir!—repuso Clotilde—no tengan uste-

des, por Dios, tan tristes pensamientos... piensen ustedes en días mejores.

Movió Ofelia tristemente la cabeza y volvió sus abatidos ojos hacia el sofá en que Blanca descansaba; mas como si aquella mirada hubiera penetrado en el ardoroso cerebro de la joven, lanzó un penetrante grito y se incorporó desatinada.

—¡El conde D...! ¡El conde!...—exclamó con voz aguda.—¡Han dicho que es un conde!... Un conde!... ¡Ah!... ¡Ah!... Pero la ventana me librará de él.

Echóse, al decir esto, fuera del sofá con tan terrible impetu, que hubiera caído al suelo á no recibirla la condesa en sus brazos.

—¿No ha dicho usted, señora, que era la condesa D...?—preguntó Ofelia clavando en Clotilde sus grandes ojos.

—¡Sí—contestó ésta que aun sostenía á Blanca:—sí... soy la condesa D..... pero nada me pregunten ustedes... y crean que soy mucho más desgraciada que ustedes!

Cubrióse al pronunciar estas palabras el rostro con las manos y lloró silenciosamente durante largo rato.

Las dos jóvenes comprendieron y respetaron aquel profundo dolor; calmóse Blanca de nuevo y la condesa enjugó sus lágrimas y tomó entre las suyas las manos de Ofelia y de María.

—Déjenme ustedes—dijo—déjenme olvidar mis propios infortunios aliviando los suyos; déjenme que me ocupe de su suerte: ¿quieren ustedes que sea su hermana, su amiga?

—¡Ah, señora, es usted un ángel!—exclamaron á la vez las infelices niñas.

—¿Cómo no hemos de aceptar con gratitud sus generosas ofertas—continuó Ofelia—cuando nadie se interesa por nosotras?

—Aconséjenos usted, sí,—añadió María;—en todo la obedeceremos, aunque al parecer tiene usted casi nuestra misma edad.

—Conozco, sin embargo, mejor el mundo, mis queridas niñas—repuso la condesa con tristísima sonrisa.—¡Pobres palomas!—prosiguió mirándolas con ternura.—Ustedes, que apenas han dejado su pacífico nido, ¿qué pueden saber de las tormentas de la vida?

Calló Clotilde abismada en sus amargos pensamientos y luego, haciendo un esfuerzo sobre sí misma, preguntó:

—¿Quién ha traído á ustedes esa carta de la duquesa de Ríoclaro?

—El marqués de la Oliva—contestó María. La condesa se estremeció.

—¿Cómo saben ustedes que se llama así?—torció á preguntar Clotilde.

—Porque él se lo dijo á Rosa y ésta nos lo enseñó un día que pasaba por aquí.

—No vaya usted, pues, á casa de la duquesa María; yo la excusaré á usted con ella; no vuelva usted á ver á ese hombre, ni le oiga bajo ningún pretexto; ahora haré á ustedes todavía dos ó tres preguntas más: ¿quién ha traído á Blanca en este estado?

—Un caballero que la depositó en ese sofá y en seguida se retiró, diciendo:

—He tenido la dicha de salvar á esta joven de un riesgo mortal; si alguna vez necesitan ustedes amparo, piensen, señoritas, en el coronel Eduardo Vélez, que vive donde indican estas señas.

La condesa tomó la tarjeta que María le presentaba y la leyó.

—Conozco al coronel y le creo incapaz de mentir—dijo—la hermana de ustedes no ha padecido más que un gran susto: ahora bien ¿qué vecinos hay en esta casa?

—Además de nosotras, el zapatero del portal, que vive más arriba con su mujer.

—¡Dios mío, qué desgracia! Es preciso que abandonen ustedes esta habitación al instante: ¿quieren ustedes venir á mi casa?

—Señora, no podemos dejar la nuestra—dijo Ofelia con triste dignidad;—mejor aceptaremos en ella los beneficios que usted quiera dispensarnos.

—Comprendo á usted, noble joven—repuso la

condesa estrechando su mano;—tiene usted razón: ustedes no pueden vivir de limosna y quizá están aquí más seguras que en el asilo que les ofrezco; mas ya que no hay más vecinos que esos honrados viejos, quiero verlos.

Levantóse María, desapareció y volvió á poco seguida de la pobre jorobada.

—Ve, Malvina—dijo Ofelia con dulzura—y di al señor Martín que nos haga la merced de subir.

La condesa parecía meditar profundamente y sólo la entrada del anciano la distrajo de sus reflexiones.

—Señor Martín—dijo—estas niñas necesitan mudar de habitación durante algún tiempo; ¿podría usted cambiársela por la suya?

—Pero, señora, ¿ha visto usted mi habitación?—preguntó el buen hombre estupefacto.

—No la he visto; sin embargo, sea como sea es buena.

—En ese caso puede usted disponer de ella—repuso el zapatero.

—¿Dirá lo mismo la esposa de usted?

—Lo mismo: ella da por hecho cuanto hago yo.

—Dele usted, pues, la noticia, porque estas jóvenes deben acostarse allí en seguida.

—Yo les subiré las camas y bajaré la nuestra aquí.

El buen hombre puso al instante manos á la obra y la condesa, llevándose á Ofelia á un lado, le dijo dándole un bolsillo:

—Aquí hay dos mil reales en oro; guárdelos usted, mi querida niña, pues es la mitad del precio que destino á la obra del peinador de que he hablado á usted; de cuenta de usted corre el que los dibujos sean lo mejor posible. Venga usted acá, María, y oiga un consejo: esta noche enviaré á usted á mi médico; instálense ustedes en la buhardilla del zapatero, y no abran ustedes más que á él y á su mujer y al doctor; Ofelia, acuéstese usted y que se acueste Blanca también; Rosa vendrá á cuidar á ustedes, porque esa pobre niña no basta; adiós, amigas mías, hasta mañana muy temprano.

La condesa abrazó á las jóvenes y salió, dejándolas entregadas á las dulzuras de la esperanza; al pasar por el patio dió cuenta á la señora Antonia del arreglo efectuado entre su esposo y las huérfanas, y la bondadosa anciana se mostró muy satisfecha de poderlas ser útil en algo.

Clotilde subió á su coche, y no bien llegó á su casa hizo llamar á Rosa, quien, como todas las noches, gritaba á la puerta del teatro más concurrido:

—¡Ramitos de camelias! ¡Ya tengo yo en la mano la risa del buen tiempo! ¡Violetas, qué bonitas!

XXV

Orgullo que mata.

Fernando de Silva, agobiado con la desgracia que acababa de experimentar, permanecía en su casa abatido por una profunda tristeza.

Amaba á su perdida esposa, no con ese cariño tranquilo é inalterable, propiedad benéfica de las naturalezas apacibles; únicamente le había profesado siempre una fría consideración llena de hastío, que su insaciable naturaleza concedía á todo aquello que se le prodigaba mucho; cuanto era nuevo le hechizaba; cuanto le era conocido le fatigaba y le sumergía en un fastidio profundo y doloroso.

No obstante, y á pesar de lo gastado de su naturaleza y de sus sensaciones, conservaba en el alma, bastante sana aún, sus creencias religiosas; era honrado y pundonoroso, pudiendo decirse que todas sus faltas provenían del exceso de fuerza de su imaginación y de una facultad de sentir tan inmensa que le empujaba con frecuencia á los abismos que abren las pasiones.

Tal vez Fernando no había encontrado aún al ser que debía comprenderle y hacer dichosa su vida por medio de esos lazos del alma tan difíciles de formarse como imposibles de romperse;

su esposa Isabel, buena, atenta y afectuosa, quizás en demasía, jamás había logrado inspirarle otra cosa que estimación sincera hacia su virtud y una afición tranquila y agradecida.

Mas ¡ay! ¿qué era esto para hacer feliz á un sér nacido para las grandes pasiones? Fernando, á su lado, se fatigaba de inacción y de falta de sentimiento, del mismo modo que el pobre pájaro, encerrado en una jaula de oro, que muere, aunque se la rodeen de flores, si le falta el ambiente y la luz.

Una hija vino á hacer más feliz la vida de Fernando; su corazón, dormido en el fondo de su pecho, animóse al oír el vagido de aquella criatura; mas pronto se acostumbró también á la dulzura monótona y siempre igual de esta nueva afección, y sin dejar de quererla volvió á suspirar por la vida del corazón, que se dormía de nuevo.

Clotilde era la única mujer á quien Fernando había amado, si no con la intensidad de las pasiones exclusivas, al menos con todo el fuego y todas las ilusiones de un primer amor; en el alma de muchos hombres entra al menos por tanto el amor como el amor propio, y la hermosa, noble y opulenta Clotilde de Guzmán podía envanecer con su cariño al hombre más exigente.

No obstante, el orgullo era la pasión domi-

nante en el alma de Fernando por lo mismo que tenía conocimiento de lo que valía; y ya se ha visto, por la cándida y veraz relación que hizo Clotilde á su esposo al principio de esta historia, cómo tuvo valor para abandonarla y para casarse con otra.

Mas bien pronto cedió su resentimiento al verse unido para siempre á una mujer, que era muy inferior á la hija del duque de B... Es verdad que la pobre Isabel creía á su esposo de una naturaleza y de un mérito superiores á los demás hombres; rodeábale constantemente de la más tierna solicitud, y siempre estaba pendiente de sus ojos; si hablaba le oía con religiosa atención, dando continuamente apasionadas señales de su admiración; pero tales muestras de cariño no podían halagar ni el amor ni el orgullo de Fernando, y sólo le inspiraban lástima.

No quería exponerse á ver de nuevo á Clotilde, cuyo casamiento había sabido con profundo dolor; así, pues, permaneció dos años encerrado en la ciudad donde había nacido, entregándose con afán al estudio y deseoso de olvidar la idea fija de su alma.

Su vida era sedentaria y arreglada; trabajaba en su facultad con asiduidad y brillantez; y por lo que tocaba á su esposa é hija, el esposo y el padre más ejemplar no hubiera podido menos de admirarse de su comportamiento.

Mas todas aquellas apariencias de tranquilidad no eran otra cosa que un deseo de matar su corazón, demasiado fogoso, y las aspiraciones que le ahogaban.

Un negocio imprevisto le obligó de repente á ir á Madrid; no bien llegó, su primera diligencia fué informarse de Clotilde; muy pronto tuvo ocasión de saber lo que bastaba para acabar de lastimar su orgullo; la condesa era una de las mujeres más de moda de Madrid por su belleza, por su esplendidez y por su gracia, uniendo además á tantas ventajas una cosa muy rara, atendidos los rápidos y funestos progresos de la maledicencia: su reputación de virtud era intachable, concediéndosela lo mismo los hombres que las mujeres.

Poco tiempo después de estar Fernando en Madrid recibió una carta de uno de sus amigos que, entre otras cosas, decía lo siguiente:

«Tu mujer se ha puesto extrañamente triste, y su salud se ha alterado de una manera notable; no puedes dudar que sabe cuánto has amado á Clotilde y que ésta se encuentra en Madrid; creo que siente unos terribles celos, exasperados aún por el humilde concepto que tiene de sí misma, y que en esta ocasión se aumenta su martirio, exagerando las ventajas indisputables de su rival.»

Esta carta causó una viva sensación á Fernan-

do; escribió á su esposa de la manera más tierna; pero poco después tuvo ocasión de ser presentado en casa de Clotilde por el marqués de la Oliva y se olvidó de todo lo demás.

Algunos días más tarde, y en tanto que él buscaba con anhelo todas las ocasiones de ver á la condesa, recibió otra carta de su amigo:

«Vuelve, Fernando—le decía en ella,—tu mujer está enferma; ha adelgazado considerablemente; no sé quién la escribe tu vida en esa; pero tú sabes que ella tiene ahí parientes; tú no amas ya á la condesa, y sólo para satisfacer tu orgullo anhelas que ella vuelva á amarte; mas Isabel será la víctima de ese juego fatal, pues no puede soportar la doble privación de tu vista y de tus cartas.»

Fernando tomó un billete en la diligencia para volver á su casa aquella misma noche y así lo escribió á su esposa; mas su amigo el marqués de la Oliva le dijo que aquella noche estaba Clotilde sola en su casa, y la diligencia partió sin Fernando.

Sin embargo, Isabel, que no había recibido aviso de su detención, fué á esperarle á pesar de su enfermedad, y al saber que Fernando se había quedado en Madrid volvió á su casa transida de fatiga y de dolor.

Quince días después Fernando recibió otra carta en la cual se le noticiaba la muerte de su

mujer; su amigo añadía en ella que al día siguiente saldría con dirección á Madrid con el objeto de llevarle á su hija, que había quedado abandonada.

Fernando sintió un dolor profundo y maldijo un orgullo que había sido el tormento de toda su vida y el verdugo de la excelente criatura que el cielo le había dado por compañera.

Sólo le había obligado á perseguir á la condesa la mezquina satisfacción de poderse decir á sí mismo:

—Esa mujer, á quien tuve que renunciar cuando era libre, olvida ahora por mí á su esposo y á sus hijos... ¡Estoy vengado!

¡Miserables satisfacciones de los mortales! ¡Por ellas se renuncia muchas veces hasta la tranquilidad de la conciencia!

Fernando de Silva se encerró en su casa; en medio de sus punzadores remordimientos confundía en un odio exagerado al marqués de la Oliva, que era el que le había conducido á casa de la condesa, y á la misma Clotilde.

Su constante malestar hizo una pausa para recibir á su hija y luego volvió á su tenebroso silencio y á su sombría y dolorosa calma, dejando libre á la condesa de sus persecuciones.

Ya era tiempo. Clotilde se consumía en la ardua lucha, y á poco más que hubiera durado Fernando de Silva hubiera tenido que dar cuen-

ta al cielo de otra nueva víctima de sus pasiones.

XXVI

La niña sin padres.

Dos días después del en que estuvo Clotilde en casa de las señoritas Valdés, y á eso de las once de la noche, el *nido de palomas* presentaba un aspecto digno de notarse, aunque algo distinto de aquel con que le hemos conocido.

Rennidas en la buhardilla del señor Martín y de la señora Antonia se hallaban las tres hermanas, su compañera Malyina y Rosa, la linda vendedora de ramilletes.

Acompañábalas la señora Antonia, que hacía calceta con suma agilidad, sentada junto á la mesita que sostenía la luz.

Ofelia, acomodada en uno de los sillones que vimos en su habitación, estaba hablando con las personas que la rodeaban.

Frente á ella y recostada en el otro sillón igual Blanca miraba tiernamente á María, que bordaba junto á la luz y que de vez en cuando sonreía á sus hermanas.

Matvina hacía dobladillos en una sábana de batista y Rosa cosía una camisa para Curro.

—Señoritas—dijo la ramilletera, clavando de

mujer; su amigo añadía en ella que al día siguiente saldría con dirección á Madrid con el objeto de llevarle á su hija, que había quedado abandonada.

Fernando sintió un dolor profundo y maldijo un orgullo que había sido el tormento de toda su vida y el verdugo de la excelente criatura que el cielo le había dado por compañera.

Sólo le había obligado á perseguir á la condesa la mezquina satisfacción de poderse decir á sí mismo:

—Esa mujer, á quien tuve que renunciar cuando era libre, olvida ahora por mí á su esposo y á sus hijos... ¡Estoy vengado!

¡Miserables satisfacciones de los mortales! ¡Por ellas se renuncia muchas veces hasta la tranquilidad de la conciencia!

Fernando de Silva se encerró en su casa; en medio de sus punzadores remordimientos confundía en un odio exagerado al marqués de la Oliva, que era el que le había conducido á casa de la condesa, y á la misma Clotilde.

Su constante malestar hizo una pausa para recibir á su hija y luego volvió á su tenebroso silencio y á su sombría y dolorosa calma, dejando libre á la condesa de sus persecuciones.

Ya era tiempo. Clotilde se consumía en la ardua lucha, y á poco más que hubiera durado Fernando de Silva hubiera tenido que dar cuen-

ta al cielo de otra nueva víctima de sus pasiones.

XXVI

La niña sin padres.

Dos días después del en que estuvo Clotilde en casa de las señoritas Valdés, y á eso de las once de la noche, el *nido de palomas* presentaba un aspecto digno de notarse, aunque algo distinto de aquel con que le hemos conocido.

Rennidas en la buhardilla del señor Martín y de la señora Antonia se hallaban las tres hermanas, su compañera Malyina y Rosa, la linda vendedora de ramilletes.

Acompañábalas la señora Antonia, que hacía calceta con suma agilidad, sentada junto á la mesita que sostenía la luz.

Ofelia, acomodada en uno de los sillones que vimos en su habitación, estaba hablando con las personas que la rodeaban.

Frente á ella y recostada en el otro sillón igual Blanca miraba tiernamente á María, que bordaba junto á la luz y que de vez en cuando sonreía á sus hermanas.

Matvina hacía dobladillos en una sábana de batista y Rosa cosía una camisa para Curro.

—Señoritas—dijo la ramilletera, clavando de

repente la aguja en su labor—ya es hora de tomar la leche y de recogerse; para convalecientes es velar ya demasiado.

—Yo no tengo todavía gana de beber leche—repuso Ofelia;—la beberé cuando cene María, y así la acompañaré.

—La señorita María tiene ya preparada su pollita asada y su dulce; con que pondré la mesa y á cenar todos.

—Rosa, la leche caliente me pone la cabeza pesada—dijo Blanca.

—Vamos—repuso la novia de Antonio el Curro—me lo pensaba. Ya anoche no le hizo usted muy buena cara y por eso le he preparado hoy leche de almendras.

—¡Cuánto nos mimas, Rosa!—dijo María;—pero mira que gastarás mucho dinero, y el que tenemos ha de durar todo lo posible.

—¡Bah! ¡Siempre sale usted con lo mismo! Durará lo que pueda; en acabándose *agur*.

—¡Pero si no tenemos más!

—¿Que no? ¿No gana Curro diez y ocho *riales*? ¿Y yo no saco un par de pesetillas diarias? Y á más ahora que gano por otro lado.

Las tres hermanas, por un movimiento espontáneo, se asieron á Rosa. Ofelia y María tomaron sus manos, Blanca la rodeó el cuello con sus brazos y todas le dieron gracias con el elocuente lenguaje de sus ojos.

—Yo probaré á bordar mañana—dijo Ofelia;—ya estoy fuerte.

—Y yo también—añadió Blanca.

—¡Eh! ¡No hay que mentarme tan siquiera el trabajo por ahora!—gritó Rosa, enjugando con el revés de su delantal una lágrima que habían arrancado de sus ojos las caricias de las huérfanas. ¡Caramba! ¡Que no han de poder parar nunca!

—Pero, Rosa, ayer nos trajo la condesa la batista para el peinador, ¡y el dinero que gastamos es el que ella nos adelantó!

—Lo que es por eso no hay que pasar pena, señoritas; ese dinero no se ha tocado ni se tocará.

—¿Pues de qué comemos?

—¡Toma! ¿No gana Curro diez y ocho *riales* serrando madera y yo ocho vendiendo flores? Además, ¿no acabo de decir, señoritas, que ahora gano por otro lado?

—Pero, Rosa...

—¡Vaya, vaya!—exclamó la hermosa muchacha, para evitar la explosión de la gratitud de las tres jóvenes.—Voy á poner la mesa, y mientras se cena contaré á ustedes mi nuevo negocio.

Rosa acercó una mesita, la cubrió con la ayuda de Malvina y trajo una polla asada y un poco de dulce para María y dos vasos de leche caliente y azucarada para Ofelia y Blanca.

—Esta es de almendras—dijo sirviéndosela á la última.—Esta tiene una yema batida—añadió presentando su vaso á Ofelia.

—¿Y tú, Rosa? ¿Y Malvina y la señora Antonia, qué van á cenar?—preguntó Blanca.

—Yo—contestó la anciana—ya hace dos horas que despaché con Martín una buena ración de patatas con tocino; dentro de un ratito me bajaré á dormir.

—Patatas tengo yo también, que es lo que más me gusta—dijo Rosa.

—¿Con tocino?—preguntó la señora Antonia.

—No, solas; me gustan más.

—¡Rosal! ¡Rosal! ¿Es posible que te empeñes en hacer tales sacrificios por nosotras?—exclamó Ofelia con dolorosa conmoción.

—¿Qué sacrificios; el comer patatas?... Señoritas, ese es mi manjar favorito; ea, la señorita María dará de su cena á Malvina, que es un alfenique, y yo me voy á cenar á la cocina.

La generosa muchacha entró, en efecto, en la reducida cocina que antes hemos visto tan arreglada por las limpias manos de la señora Antonia, y que nada había perdido ahora de su brillante aseo en las de Malvina y Rosa.

Las jóvenes se pusieron á tomar cada una el alimento que les había sido destinado; más no bien le habían llevado á la boca le dejaron temblando.

Llamaban á la puerta con fuertes y redobladitos golpes.

—¡Dios mío!—exclamó Ofelia juntando sus blancas manos.—¿Quién será?

—¡Yo tiemblo!—murmuró Blanca estremeciéndose con el temor de nuevas persecuciones.

—¡Eh! No hay que asustarse—dijo Rosa saliendo de la cocina.—¡Caramba! Ahora estoy yo aquí y no es fácil que se meta en casa gente de mala intención.

Y volviéndose á la señora Antonia, añadió:

—El señor Martín estará durmiendo á pierna suelta ¿verdad?

—Sí, hija; ya sabes que hace poco se acostó abajo en la habitación de las señoritas, y él acostumbra á coger el sueño muy pronto.

—No hay que apurarse, repito.

Y Rosa, abriendo la ventanilla que daba al tejado, gritó con un timbre fuerte y agudo:

—¿Quién es?

—Abre, Rosa—contestó una voz robusta y varonil.

—¡Tomal! ¡Si es Curro!—exclamó la muchacha separándose de la ventana; y luego, á pesar de su carácter animoso, palidieron un tanto las rosas de sus mejillas, y murmuró:

—¡Ay, Dios mío! ¿Qué habrá sucedido?

—Baja á ver lo que quiere Curro, hija—dijo la señora Antonia; ya sabes que él no es amigo

de incomodar, y cuando viene á esta hora....

—Anda, Rosa—exclamó María á la suplicante mirada que le dirigió la ramilletera.

Esta no aguardó á que se lo repitieran; encendió un cabo de vela, tomó la llave de la puerta y bajó corriendo la escalera.

Las jóvenes, algo tranquilizadas, continuaron cenando á instancias de la señora Antonia.

Oyéronse á poco pasos cercanos; abrióse la puerta de la buhardilla y apareció Rosa con una niña pequenita en los brazos, seguida de un gallardo mozo en traje de menestral, que llevaba la luz que aquella había dejado.

—*Salú*, señoritas—dijo el recién llegado quitándose su gorra con respeto.

—Es Curro, mi novio—añadió Rosa cogiendo por la mano á su prometido y presentándole llena de orgullo, yo cuido de esta criaturita, que acaba de quedarse sin madre, y como vengo aquí por las noches y me tengo que dejar á la *probecita* sola en mi buhardilla, le tengo dicho que vaya él á ver si llora; hoy fué algo más tarde de lo que acostumbra y dice que daba tales gemidos que me la trajo, no sabiendo qué hacer para acallarla.

—¡Angelito!—exclamó María tomándola en sus brazos.—¡Está helada!

La niña, que ya había callado, fijó sus ojos pardos y hermosos en el vaso de leche que tenía

Ofelia en la mano, y tendió hacia él los bracitos, gorjeando alegremente.

La joven la tomó á su vez, y acercó la leche á los labios de la niña, que bebió con avidez.

Luego se echó á reír y batió sus manecitas balbuceando gozosa.

Podía tener algo más de un año; estaba envuelta en ricas mantillas, y su carita risueña estaba flaca y descolorida, haciendo resaltar su palidez sus grandes ojos oscuros y los sedosos cabellos que se escapaban del borde de su gorrito de encaje, con esa gracia infinita que sólo pertenece á la infancia.

—¡Tenía hambre!—murmuró dolorosamente María.

—Nada tendrá de extraño, señorita; le dí sopas al venir aquí, que fué al anocheecer, y son más de las doce; pero ¡qué caramba! yo no puedo hacer más por esta pobre niña; hasta hoy nada me han dado por su cuidado, porque su padre está enfermo de muerte y ni siquiera sabe de su hija; sin embargo, este es el nuevo medio de ganar dinero de que yo hablaba hace poco, porque estoy segura de que, ya se muera ó no su padre, cuando salga de ese estado no dejarán de darme una buena gratificación.

—¿Y cómo has conocido tú á su padre?—preguntó la señora Antonia, que, á fuer de mujer de experiencia, era maliciosa.

—Nada hay en ello de extraño, *seña Antonia*—exclamó Curro—y el que lo dude que se entienda conmigo ¿estamos? Esta chica tiene alquilada, con su *trabajo*, se entiende, una buhardilla en una de las mejores fondas de Madrid; por las mañanitas baja con sus canastos de flores y le compran para adornar las mesas del comedor, por las noches, los huéspedes de la fonda le compran también para regalar á las señoras en el teatro, y por eso le conviene vivir en la fonda: todos la conocen y la estiman por honrada, pues no hay reputación más limpia que la suya, no agraviando lo presente.

—¡Vaya!... ¿Y *pa qué* había de ser mala? No gano yo ocho y hasta doce *riales* cada día con la venta de mis flores? Y á más de eso, ¿no me entregas tú enterito tu jornal? Casi todas las que son malas lo son por no tener qué comer y á mí me sobra...

—Vamos á ver si me dejas acabar de contar cómo has conocido al padre de la niña, que no quiero que las señoritas sospechen, ni esta buena mujer tampoco: pues, como iba diciendo, en la fonda donde vive Rosa vive también hace cerca de tres meses un caballero muy rico llamado D. Fernando de Silva; ¡vaya, pues apenas estoy yo informado! Este señor, ya muy delicado de sí, empezó á ponerse peor, luego supo la muerte de su mujer y se puso peor que peor; mandó que

le trajesen su niña, que es ésta; pero cuando llegó ya no conocía á nadie; echaba la sangre por la boca á caños y los médicos decían que se moría: la pobre criaturita estaba abandonada, porque la pícara fondista la entregó á las criadas, que tienen alma de judíos, y no le daban ni aun sopas. Rosa, que aunque tiene mal genio tiene el mejor corazón del mundo, cansada de oír la gemir y de ver que ya hasta le faltaba la voz de pura *nesecida*, entró un día en el cuarto donde la tenían abandonada, la cogió y se la subió á su cuarto; ya hace cuatro días que la tiene; por las mañanas lleva á la niña y la cesta, pero por la noche la deja en casa para no incomodar á las señoritas: con qué ¡ea! ahora que ya está alimentada la cojo y me voy, que no son horas estas de que esté yo aquí charlando.

—¡Llevarse al pobre angelito!—murmuró María.—¡Volverá á llorar cuando se vea sola y sin luz!

Y luego, como herida de una idea súbita, se volvió á sus hermanas y les preguntó:

—¿No os parece que nos la podríamos quedar aquí?

—Sí—dijo Ofelia—quédatela, María.

—¿No nos cuida Rosa á nosotras?—añadió Blanca.—Pues es muy justo que nosotras cuidemos á la niña hasta que la reclamen;—entonces se la llevará Rosa.

—¿No te decía yo que eran buenas como unos ángeles?—dijo ésta á su novio muy ufana.

—Si que lo son—contestó Curro;—por eso Dios no les faltará; gracias, señoritas, por la caridad que usan ustedes con la pequeñuela Septimia, y muy buenas noches; si algo ocurre, aquí está Antonio el Curro en cuerpo y alma.

Salió el honrado menestral; Rosa le alumbró, y así que volvió lavó y arregló á la niña, acostándola con María, que quiso cuidarla.

Acostáronse también Ofelia y Blanca en sus camas cerradas con cortinas: Rosa y Malvina ocuparon un lecho extendido en medio de la habitación que les era común, y la señora Antonia, después de apagar la luz, cerró con cuidado y se fué á reunir con su esposo, que roncaba tranquilamente en la alcoba de la habitación de las jóvenes que antes ocupaba María.

XXVII

Ir por lana.

La señora Antonia abrió con cuidado la puerta del *nido de palomas* para no despertar á su esposo; colocó la luz en una de las cómodas, pues las señoritas Valdés habían dejado el cuarto conforme estaba, y se puso á rezar sus devociones cómodamente sentada en el sofá.

Más de una hora duró esta piadosa ocupación; después se dirigió al dormitorio en que estaba su cama conyugal, se acostó sin producir el menor ruido y se durmió en seguida, con esa tranquilidad profunda é inalterable que disfrutaban las personas sujetas á continuos trabajos corporales y cuya conciencia está limpia de toda mancha.

De repente se oyó un rumor extraño á la parte exterior del balcón: pareció como que afianzaban una escala y, á poco, un sonido leve y estridente indicó que cortaban los vidrios con un diamante.

Despertóse el zapatero; pero su mujer, que acababa de dormirse, permaneció inmóvil.

El señor Martín se incorporó con el mayor cuidado posible y asió un palo enorme que toda su vida había colocado á la cabecera de la cama antes de acostarse, y que era la única arma que sabía manejar con todo primor.

Pronto cesó el chirrido de los cristales; pasó una mano por la abertura y se oyó descorrer el pestillo con cautela.

Luego se abrió el balcón; á la claridad de la luna se vió á un hombre, caballero en el antepecho, quien saltó hacia dentro con destreza.

Guiado por las cortinas blancas de las alcobas, se hizo cargo de su posición, y después entornó el balcón.

El silencio y cuidado con que practicó estas varias operaciones indicaban que estaba bastante familiarizado con ellas; el señor Martín, por la cortedad de su vista, no pudo reconocer sus facciones.

Sintió, no obstante, los cautelosos pasos del desconocido, que se acercaba lentamente y con infinitas precauciones á la alcoba.

—¡Ah, infame!—pensó el honrado zapatero.—La hermosa señora que dispuso que las señoritas mudasen de dormitorio conocía el mundo mejor que yo; pero aquí encontrarás lo que mereces.

Entre tanto que el señor Martín hacía estas reflexiones, se había ido aproximando cada vez más el desconocido; un penetrante perfume llegó al olfato de aquél y se dijo:

—¡Hola! Este es algún pájaro gordo... pero no por eso se librará de mi garrote.

El anciano fué interrumpido por la voz del desconocido, que había llegado á apoyar una mano en el lecho.

—¡María!—dijo éste por lo bajo.—¡María! Nadie contestó.

—Soy el marqués de la Oliva—continuó la voz;—hace días que espero para hablarte á que vayas á casa de la duquesa de Ríoclaro y no has querido acudir á la cita que te dió; por eso me he arriesgado á todo y vengo á hablarte; escúchame con tranquilidad.

Un tremendo garrotazo fué la contestación que recibió el asendereado galán; pero tuvo bastante fortaleza para no quejarse y para averiguar el enredo de que era víctima; empezó á tocar y apoyó sus manos en la áspera cara del señor Martín, quien respondió á esta caricia con otro terrible golpe.

Tampoco se quejó el marqués; y el señor Martín saltó de la cama y empezó á perseguirle á su sabor golpeándole con horrorosa destreza.

Por fin oyó el ruido de un cuerpo que se desplomaba en el suelo, y entonces encendió la luz.

Vió al marqués tendido sin movimiento; brotaba la sangre de su cabeza y de sus piernas, lastimosamente heridas.

Nada puede dar mejor idea del silencio que presidió á aquella escena que el sueño de la señora Antonia, la cual sólo despertó al encender su marido la vela.

—¿Qué es esto? ¿Qué sucede?—exclamó asustada.

—Mujer—respondió el señor Martín—vístete al instante, que te vas á subir á la buhardilla; yo voy á cerrar con llave y á dar parte de que he molido á palos á un ladrón.

Al oír la palabra ladrón alzó el herido su ensangrentada cabeza.

—¡No, no!—murmuró por un desesperado es-

fuerzo. — ¡No, yo no soy un ladrón! ¡Soy el marqués de la Oliva!

— Un marqués no escala así los balcones de las familias honradas — contestó severamente el zapatero.

— Es que yo quería ver a una joven que vivía aquí.

— Sí, ¿eh? Pues en vez de la joven se ha hallado usted con un viejo de mal genio.

El señor Martín salió diciendo esto, precedido de la señora Antonia, que subió a su antigua buhardilla; el zapatero, después de cerrar la puerta, fué a dar parte a la autoridad de cuanto había ocurrido.

Un cuarto de hora apenas habría pasado cuando el marqués fué conducido a su casa; dióse a conocer, confesó que sólo se trataba de una intriga amorosa, y que, en efecto, había escalado el balcón, aseguró que el señor Martín no mentaba, y, como vulgarmente se dice, *se echó tierra al asunto*.

XXVIII

¡Pobre Paulina!

Algunos días después de lo que acabo de referir se hallaban reunidos en casa del coronel Vélez el conde D... y el príncipe de Cellemare con

el dueño de la casa y el pintor que había rogado al príncipe que fuese a visitar su taller.

Eran las once de la mañana y se habían reunido para almorzar, sentados junto a una ventana del elegante aposento en que se hallaban, leían periódicos el pintor y el coronel, en tanto que algo más lejos conversaban a media voz el príncipe Cellemare y el esposo de Clotilde.

El coronel estaba pálido y decaído; ya no era aquel hermoso y arrogante joven que proclamaba en voz alto su buena fortuna con las mujeres; una triste gravedad había reemplazado a su vivaz alegría; la lectura parecía ocupar poco, porque de vez en cuando separaba su vista del periódico y quedaba profundamente abstraído.

El conde, por el contrario, parecía reanimado; había vuelto a recobrar una gran parte de su energía, y aunque la espantosa flacura que había demerado su cuerpo durante los días de dolor no había desaparecido por completo, se reconocía que su sangre circulaba con nuevo vigor y nueva actividad.

— Ya por fin es usted casi feliz — le decía el príncipe apretándole la mano.

— Por lo menos, amigo mío, no soy tan desdichado como antes; todos los días veo a mis hijos por espacio de una hora; y además, me he convencido de que, si el corazón de mi mujer no es mío, tampoco pertenece a otro.

—Dice usted bien; si Clotilde amase á Silva, como suponía usted, ¿no hubiera ido á hacerle más dulce su agonía?... ¿No la ha visto usted serena, tranquila, digna y resignada?

—Es verdad, su método de vida, tan puro siempre, no se ha alterado en lo más mínimo; la dignidad de su conducta para conmigo me admira profundamente y conozco que sólo puede nacer de una conciencia completamente tranquila; no ha buscado ni ha huído con afectación mi presencia; no la he visto llorar ni gemir; cuando por la mañana entro en la habitación de mis hijos la encuentro allí y en ella permanece como diciéndome:—este es mi sitio;—mas cuando acarió á estas criaturas permanece apacible, serena y prosigue su ocupación como si no entendiese que á ella es á quien dirijo ese mudo lenguaje.

—¿Qué quiere usted, amigo mío? La ha ofendido usted cruelmente, y por más que su decoro le aconseje no tomar las mezquinas venganzas que, por lo regular, emplean todas las mujeres irritadas, su corazón debe estar profundamente lastimado de la dureza de usted.

—¡Oh! ¡Y de cuán buena voluntad le pediría yo el perdón! ¡Pero aun dudo!...

—¡Es posible!

—Sí... sí, aun dudo! ¿Quién sabe si ella ama á Silva en el fondo de su alma?

—¿Quién le impedía entregarse á ese amor, puesto que se ve abandonada por el de usted? ¡No sería yo ciertamente quien la acusara! Así como por lo regular la paz de la casa y de la familia dependen de la mujer, del mismo modo hay ocasiones en que el hombre se precipita en el abismo de la desesperación; créame usted, amigo mío—prosiguió Cellemare con aquella dulce y penetrante voz, que era uno de sus mayores encantos;—créame usted, abra de nuevo los brazos á su esposa y será usted feliz, porque ella jamás ha dejado de ser digna del amor de usted.

—Déjeme usted esperar aún... ¿quién sabe?

—Como usted guste; mas me duele que el orgullo y la irresolución de usted le impidan ser feliz cuanto antes, ¡pero mire usted á Eduardo! ¡Qué semblante tan contraído! ¡Debe padecer alguna pena muy profunda!

—Sí por cierto; son también penas de amor; nos hemos encontrado en competencia con una joven y en poco estuvo que aquel día nos separásemos enemigos para siempre.

—¿Se habrá enamorado seriamente?

—Sí, muy seriamente; y sabe usted de quién? De una paloma de las de aquel hermoso nido donde también ha estado usted alguna vez.

Palideció densamente el príncipe y luego preguntó con voz insegura.

—¿De cuál de ellas?

—De la más joven; y debo decir, en honor de la verdad, que si sus hermanas se le parecen son tres ángeles de pureza; estoy seguro de que ese miserable marqués es quien las ha difamado; y a propósito, ¿hace mucho que no le ha visto usted?

—Ya hace días.

—No puede usted suponer la horrible suerte que le ha deparado el cielo; yo no sé en qué lance se ha quebrado las dos piernas...

—¿Qué dice usted?

—Sí, sí, ha habido necesidad de amputárselas.

—¿Es posible!

—Pero no es esto lo más horrible, sino que su violenta desesperación le ha hecho perder el juicio.

—¿Con que está loco?

—Para siempre; el cielo ha tomado á su cargo la venganza que yo le juré en la noche de su desalio con usted. ¡Ah!—prosiguió el conde estrechando la mano de Honorio,—cuando recuerdo la conducta de usted en aquella ocasión no sé de qué modo debo admirarle.

—¡Señores, esto es horrible!—exclamó de súbito el coronel, mostrando un periódico que tenía en la mano;—¡sí, verdaderamente horrible!

—¿Qué es?

—Dice este periódico que la locura del marqués de la Oliva es horrorosa; se le figura que siempre le están apaleando y que es de noche y está á oscuras.

—¡Desgraciado!—murmuró el conde.—¡Bien castigado está sin que yo le persiga!

—No me admira lo que le sucede—dijo Celemare,—él fiaba su orgullo todo en su belleza y en su talento; dotado fundamentalmente de una hipocresía refinada, el culto de sí mismo era su única religión; así nada puede consolarle en infortunio tan acerbo, porque su orgullo no le permite creer en la Providencia ni adorarla, y su talento sólo ha contribuido ahora á amargar su aciaga suerte, quitándole la razón.

La puerta se abrió en este momento y un criado se presentó.

—Ha llegado una persona—dijo—que desea hablar al señor coronel.

—Éste se levantó, y después de haber pedido permiso á sus convidados siguió al criado.

—¿Sabe usted que me caso?—dijo el príncipe al conde D...

—¿De veras? Buena falta le hace á usted, porque vegeta en la más completa soledad. ¿Y puedo saber con quién?

—Sí; más pregúnteselo usted á su esposa, pues ella conoce á la mujer á cuya mano aspiro.

Entre tanto el coronel había entrado en una habitación apartada, en la cual se hallaba una mujer, cuya cabeza y facciones ocultaba un velo muy espeso.

No bien vió al coronel se lanzó hacia él y descubrió su rostro.

—¡Paulina!—exclamó sorprendido el coronel.

—Es un milagro que me haya usted reconocido!—dijo ella con amarga sonrisa.—¿No le parece á usted que la cárcel y el hambre han hecho espantosos estragos en mi semblante?

En efecto, la infeliz estaba pálida y enflaquecida; componía su traje un vestido de lana negro muy viejo y una mantilla de lanilla en tan deplorable estado como aquél.

—¿Qué busca usted aquí, Paulina?—preguntó el coronel visiblemente contrariado;—dígalo usted pronto porque tengo gente y...

—¿Qué busco?—interrumpió ella con vehemencia.—Busco en primer lugar tu amor, y luego pan, porque no tengo casa ni dinero.

—¿Y la casa que yo te hice amueblar?

—Debía más de lo que valían los muebles y se los han llevado todos, arrendando el cuarto á otro inquilino.

—Toma—dijo el coronel, sin meterse en más investigaciones; y sacando su bolsillo lo presentó á Paulina.

Mas ésta retrocedió dos pasos.

—No quiero dinero solo—dijo con cierta nobleza.

—¿Qué más quieres? Acaba de una vez.

—Quiero tu amor.

—Déjate de locuras, Paulina—contestó el coronel, cuya impaciencia iba haciéndose cada vez más visible;—lo pasado no existe ya, olvídale como yo.

—¿Es decir, que me abandonas?

—Te daré cuanto necesites para remediar las pérdidas que has sufrido; pero después no cuentes más conmigo; mi regimiento sale de Madrid.

—Te seguiré.

—Te repito, Paulina, que no pienses en locuras.

—¿Luego amas á otra mujer?

—Sí.

—¿Vale más que yo?

—Voy á casarme con ella.

—¿A casarte?

—Sí.

—¿Es con aquella joven que el conde D... hizo venir engañada á mi casa?

—Sí.

Paulina rechazó con el pie el bolsillo de Eduardo, que éste había dejado caer, y arregló de nuevo los pliegues de su mantilla, dirigiéndose á la puerta; mas se detuvo en ella como si le faltaran las fuerzas y volvió hacia el coronel.

—Eduardo—dijo con acento suplicante—no te cases... no des tu vida y tu corazón á otra mujer... no por eso te pido yo que te cases conmigo; ¡oh, no!... Aunque tú quisieras jamás consentiría yo que unieras tu nombre al mío... pero al menos permanece libre... yo seré tu esclava... te seguiré adonde quieras y nunca me separaré de tu lado!

La infeliz, al pronunciar estas palabras, se dejó caer de rodillas á los pies del coronel, mas este se apartó de ella.

—Paulina—dijo—el hombre sólo se casa con una mujer á quien ama sobre todas las demás mujeres, y usted, que es mujer, conocerá que no cabe en el corazón más que un amor; así, pues, debe usted comprender que, desde el instante en que empecé á querer á otra, todo ha concluido entre nosotros.

—¿Me quita usted, pues, toda esperanza?

—¿Por qué había de engañarla? Daré á usted ahora cuanto dinero le haga falta, y muy pronto me olvidará usted.

—¿No me quiere ni siquiera para criada suya?

—No puede usted vivir bajo el mismo techo que mi esposa.

—Es verdad, mi presencia la mancharía—repuso la viuda del torero, levantándose con la energía de la desesperación.

Acercóse á la puerta con paso firme, y desde

allí se volvió para dirigir al coronel esta sola palabra:

—¡Adiós!

Eduardo la dejó salir sin tratar de detenerla, y después volvió al lado de sus amigos.

—El almuerzo espera á los señores—dijo un lacayo abriendo de par en par las dos hojas de la puerta.

El coronel y sus convidados pasaron al comedor, y aunque durante algunos instantes vió el coronel ante sus ojos la sombría figura de Paulina, no tardó en desaparecer para dar lugar á la radiante imagen de Blanca.

XXIX

La demanda.

A las tres de la tarde terminó el almuerzo; el príncipe de Cellémare, al salir de casa del coronel, hizo que su cochero le condujese á las hermosas arboledas del Retiro; apeóse allí, y paseó durante algún tiempo sumergido en profundas reflexiones.

Luego volvió á subir al carruaje y dijo al cochero:

—A casa del conde D...

Pocos instantes después era conducido á la habitación de Clotilde.

—Eduardo—dijo con acento suplicante—no te cases... no des tu vida y tu corazón á otra mujer... no por eso te pido yo que te cases conmigo; ¡oh, no!... Aunque tú quisieras jamás consentiría yo que unieras tu nombre al mío... pero al menos permanece libre... yo seré tu esclava... te seguiré adonde quieras y nunca me separaré de tu lado!

La infeliz, al pronunciar estas palabras, se dejó caer de rodillas á los pies del coronel, mas este se apartó de ella.

—Paulina—dijo—el hombre sólo se casa con una mujer á quien ama sobre todas las demás mujeres, y usted, que es mujer, conocerá que no cabe en el corazón más que un amor; así, pues, debe usted comprender que, desde el instante en que empecé á querer á otra, todo ha concluido entre nosotros.

—¿Me quita usted, pues, toda esperanza?

—¿Por qué había de engañarla? Daré á usted ahora cuanto dinero le haga falta, y muy pronto me olvidará usted.

—¿No me quiere ni siquiera para criada suya?

—No puede usted vivir bajo el mismo techo que mi esposa.

—Es verdad, mi presencia la mancharía—repuso la viuda del torero, levantándose con la energía de la desesperación.

Acercóse á la puerta con paso firme, y desde

allí se volvió para dirigir al coronel esta sola palabra:

—¡Adiós!

Eduardo la dejó salir sin tratar de detenerla, y después volvió al lado de sus amigos.

—El almuerzo espera á los señores—dijo un lacayo abriendo de par en par las dos hojas de la puerta.

El coronel y sus convidados pasaron al comedor, y aunque durante algunos instantes vió el coronel ante sus ojos la sombría figura de Paulina, no tardó en desaparecer para dar lugar á la radiante imagen de Blanca.

XXIX

La demanda.

A las tres de la tarde terminó el almuerzo; el príncipe de Cellémare, al salir de casa del coronel, hizo que su cochero le condujese á las hermosas arboledas del Retiro; apeóse allí, y paseó durante algún tiempo sumergido en profundas reflexiones.

Luego volvió á subir al carruaje y dijo al cochero:

—A casa del conde D...

Pocos instantes después era conducido á la habitación de Clotilde.

Era una hermosa tarde de Marzo; el aire templado y embalsamado por los perfumes de las muchas violetas que adornaban el aposento de la condesa parecía transmitir á los sentidos una dulce embriaguez.

Clotilde se hallaba en su saloncito de labor; vestía un traje de seda de color gris perla, que dejaba ver los graciosos contornos de su cuello y de una parte de su espalda por su cuadrado escote.

No tenía más adorno en la cabeza que las hermosas trenzas de sus cabellos oscuros, prendidas con largos alfileres de oro.

La habitación en que se hallaba formaba la más perfecta armonía con su seductora figura: las paredes, cubiertas de una tela de seda blanca con flores azules, como la sillería y las cortinas, la imprimían un carácter encantador de frescura; grandes maceteros de porcelana blanca, con flores azules, contenían hermosos ramilletes de violetas, reseda y geranio, y en una jaula de marfil y plata cantaba un lindo y diminuto canario.

La condesa trabajaba en una labor de tapicería: un veladorcito de marfil, colocado delante de ella, contenía una caja de concha llena de estambres y un libro.

A sus pies, y sobre la alfombra, jugaban sus hijos vestidos de blanco.

Quedóse el príncipe inmóvil á la puerta, contemplando este cuadro encantador, y fué menester que Clotilde le llamase para sacarle de su arrobamiento.

—¿En qué piensa usted, príncipe?—preguntó Clotilde sonriéndose, en tanto que los dos niños encaminaban sus vacilantes pasos hacia Cellemare, como si adivinasen que era un amigo.

—Pienso, señora, en admirar el hermoso cuadro que me ofrece usted y sus hijos—contestó el príncipe tomando á los dos niños de la mano.

Clotilde suspiró sin contestar nada y señaló un asiento á Cellemare.

—¡Comprendo lo que ese suspiro significa—continuó éste;—quiere decir: hay un hombre á quien este cuadro debía halagar más que á nadie y huye de él!

—¡Es verdad!—murmuró Clotilde con tristeza.

—Sin embargo, señora, ese hombre va sintiendo ya la falta del amor de usted, y no tardará mucho en rogarla se lo devuelva.

Clotilde guardó silencio, y el príncipe continuó:

—Esperemos á que el iluso vuelva á una realidad demasiado dulce para que procure conservarla en adelante, y hablemos de mí, condesa.

—¿De usted?—repuso Clotilde admirada.

—De mí, sí; ya conoce usted mi vida; necesito crear una casa y una familia como usted misma me lo ha aconsejado tantas veces, y voy á casarme.

—¡Oh! ¡Qué bien hará usted, príncipe! Mientras no tenga usted una esposa, siempre estará solo en el mundo.

—Vengo, pues, á rogar á usted, condesa—continuó el príncipe—que pida para mí la mano de la mujer á quien amo: la mano de Ofelia de Valdés.

—¡Cómo! ¡Será posible! ¿Quiere usted casarse con la señorita Valdés, siendo su nacimiento inferior al de usted?

—¿Qué me importa su cuna? Hará unos dos meses que dije al esposo de usted que juraba unirme á la mujer que se pareciese á mi madre, fuese pobre ó rica, noble ó plebeya; pues bien, condesa, Ofelia es el retrato perfecto en virtudes y en belleza de mi santa madre; ¿cree usted que ella querrá concederme su mano?

—¡Ah, sí, sí por cierto! Lo creo—exclamó Clotilde con enternecimiento;—aun digo más, estoy segura de ello.

—Yo no—repuso Cellemare—yo la creo con demasiado noble orgullo para dar su mano á un hombre á quien no conoce más que bajo un aspecto poco favorable y á quien no ha visto más que una sola vez en su vida; pero únicamente le

ruego por mediación de usted que me consienta verla todos los días hasta probarle mi amor.

—Pero, príncipe—repuso Clotilde confusa—usted no sabe que para reprimir las demasías que, perdida su fama, podía acarrearles la maledicencia del marqués de la Oliva, me he visto obligada á ponerlas bajo la protección de un anciano zapatero, vecino suyo, y de su mujer. ¡Ah! ¡Cuán arrepentida estoy de no haber seguido mi primera intención trayéndolas á mi casa!

—Esas jóvenes son tan orgullosas que no hubieran consentido en abandonar la suya, aunque fuese más miserable de lo que es; en cuanto á mí, ¿qué me importa tener que ir á ver á Ofelia á la infeliz buhardilla del anciano zapatero? Ella embellece todo cuanto le rodea.

—¡Ah! ¡Cuán bueno y generoso es usted!—exclamó la condesa.—¡No puede usted menos de ser feliz! Su elección le hace justicia y se la hace también á la que le inspira ese amor tan noble, pues ambos son ustedes los seres más superiores que he conocido sobre la tierra.

La condesa, al acabar de decir estas palabras, tiró del cordón de la campanilla.

—Un sombrero y una manteleta—dijo á la doncella que se presentó.—Voy á cumplir el deseo de usted ahora mismo—añadió, dirigiéndose á Honorio;—quédese usted aquí esperando á mi marido, que no puede tardar en venir.

—Plegue á Dios, condesa, que pueda yo recompensar á usted lo que le voy á deber, haciendo algo por su felicidad.

El príncipe besó con entusiasta reconocimiento la mano de Clotilde; y ésta, viendo entrar á su doncella con las prendas que le había mandado traer, enlazó su sombrero delante del espejo, prendió su manteleta y salió, después de besar tiernamente á sus hijos.

XXX

La dicha en la tierra.

Poco después de haberse perdido en la distancia el ruido del carruaje de Clotilde paró á la puerta el de su esposo.

Como de costumbre se dirigió éste al aposento de su mujer para ver á sus hijos.

No imitaba Clotilde en la manera de cumplir con sus deberes de madre ni á la mayor parte de las damas del gran tono ni á muchas otras que pertenecen á una clase menos elevada: cada uno de sus hijos tenía para su cuidado una nodriza y una criada de edad madura; mas estas mujeres sólo desempeñaban con los niños cuidados materiales, y aun éstos bajo la inmediata inspección de la condesa.

Durante el día y excepto las horas en que sus

ocupaciones y las exigencias de la sociedad á que pertenecía le impedían rodearse de sus hijos, permanecía siempre con ellos; no pudiendo negarse á recibir á ciertas gentes había creído que ellos eran la más santa, más segura y mejor compañía para una madre de veinte años.

En las dos visitas particulares que le había hecho Fernando de Silva y á las cuales no había querido negarse, calculando, y con razón, que no era este el medio mejor de demostrarle indiferencia, le había recibido en el saloncito en que ahora la hemos visto, rodeada de los niños; dos veces, durante aquellas breves conferencias, trató Fernando de hacer revivir en su alma los dulces recuerdos de lo pasado; Clotilde guardaba para sus largos ratos de soledad su lucha y sus lágrimas y respondía sólo á Fernando mostrándole á sus hijos, que jugueteaban á sus pies:

—Soy madre; no profane usted con culpables palabras el aire que respiran mis hijos.

De este modo, y sin más esfuerzos, ahogó la condesa el culpable amor de aquel hombre, convirtiendo poco á poco en una estimación respetuosa y sincera los conatos de una pasión fatal.

El conde había podido persuadirse de esta verdad que tan consoladora debía ser para su alma herida por los celos de un orgullo exaltado y cruel; por más que él hubiera dicho á Clotilde, en el acceso de su dolor, que la abandonaba á

si propia y que todas sus acciones le eran indiferentes, mentíase á sí mismo, pues desde luego siguió con ávidos ojos todas las acciones de su mujer.

La conducta de Clotilde, llena de una dignidad tranquila y reposada, le irritó dolorosamente en un principio, porque su valor demostraba el exceso de su dureza y la injusticia con que la había tratado; mas poco á poco la benéfica influencia de su virtud fué desterrando del alma del obcecado esposo las aceras emociones de los celos y las amarguras de un imaginado desengaño.

Aun guardaba una esperanza baja y vengativa, la de enamorarse de otra mujer y resistir así el encanto de Clotilde; mas en vano buscó entre las damas del gran tono alguna que con sus gracias le hiciera olvidar su invencible amor; la imagen de su esposa, presente sin cesar á sus ojos, hacia palidecer con desventaja á todas las demás imágenes, por bellas que fuesen.

Creyó más tarde hallar en otra clase y en emociones más groseras el infeliz desencanto que con tanta ansia buscaba; pero bien pronto se hastió, convenciéndose de que buscaba un imposible.

Blanca de Valdés fué la última víctima de su exasperación; en su tenacidad por encontrar lo que Dios, por su infinita bondad, rehusaba darle,

se ha visto con cuán atrevida dureza la trató; quizá aquella niña era la sola criatura capaz en el mundo de hacerle olvidar á Clotilde; la virginitad y frescura de sus sensaciones hubieran sido para el conde un encanto poderoso y quizá irresistible; mas al ver lo que sufría, se rebelaron sus nobles sentimientos y la compadeció profundamente.

Esta fué su última tentativa para buscar otro amor, y desengañado al fin de que no podía encontrarle, su corazón se volvió hacia su esposa y hacia la vida doméstica.

Avergonzado del lance ocurrido con Blanca, no creyó rebajarse dando una satisfacción de él al coronel, que se había manifestado tan decidido protector de la joven; vióle triste y preocupado y comprendió que la amaba.

Sin embargo, su orgullo no le había permitido aún mostrarse de nuevo afectuoso con su mujer; todas las tardes, al entrar en la habitación de Clotilde para buscar á sus hijos, dirigía á ésta algunas palabras corteses y frías, y luego se entregaba enteramente á sus juegos y á sus caricias.

Al entrar, en la tarde de que nos venimos ocupando, su primera mirada fué para buscar á Clotilde; luego vió al príncipe y se sonrió.

Los dos niños se asieron á su levita, gritando á un tiempo con su jerga infantil:

—¡Papá, papá! ¡No está mamá!... ¡Se ha ido!
—¿Dónde anda Clotilde?—preguntó el conde, poniendo á los niños sobre sus rodillas.

—Ha salido—contestó el príncipe.—Ha salido á ruegos míos, pero va á volver.

—¿Le ha encargado usted alguna compra?... Pero, querido, ¿qué es lo que tiene usted? ¡Me parece que está usted muy agitado!...

—Amigo mío—exclamó Honorio—Clotilde está decidiendo en este instante de mi suertel

—¡Clotilde! ¿Qué quiere usted decir?

—¡Ya lo sabrá usted cuando vuelva! Por ahora, permítame callar en cuanto á lo que me concierne y que le pregunte por qué desperdicia usted esta dicha doméstica que tan escasa es en la tierra y que con tanto afán busco yo.

—Yo no la huyo, Honorio—contestó el conde algo confuso.—No, no la huyo; ¡es ella, ella la indiferente á mí y á mi cariño!

—Augusto, lo que dice usted es tan frío y tan egoísta que no puedo creer salga de su corazón por más que lo pronuncien sus labios; razonemos, en tanto que vuelve Clotilde, y ¡ojalá al traerme ella mi dicha pueda yo darle la seguridad de la suya!

—No comprendo á usted, amigo mío.

—¿Piensa usted, Augusto, que el corazón de la mujer es invulnerable? ¿Cree usted que Clotilde, después de los insultos con que la ator-

mentó y que sufrió con tanta paciencia y sumisión, ha de pedir á usted aún perdón?

—No pretendo que se me humille; ¿pero no puede comprender que me humillo yo al entrar en su habitación?

—¿Por qué ha de comprender eso? ¿No tiene su conciencia pura? ¿Qué honor le dispensa usted entrando en su cuarto? Yo creo más bien que ella se le dispensa á usted al recibirle.

—Severo está usted—repuso el conde pensativo.—¿Pero no puede comprender, cuando abrazó á sus hijos, que creo en su virtud? ¿No le dije en medio de mi desesperación que renegaba de ellos? ¿Y no es confesarme tácitamente arrepentido al venir á buscarlos? ¡Oh! ¡Si la viera usted helada, silenciosa é impasible, sin levantar los ojos de su labor ó de su libro mientras permanezco aquí!...

—¿Contesta á usted con dureza cuando usted le habla?

—No. ¿Acaso conoce ella la dureza?

—Entonces, ¿de qué se queja usted, conde? Una mujer buena necesita algo más que demostraciones mudas de que se la estima; una mujer ofendida necesita pruebas de arrepentimiento; vio usted á Clotilde suplicando, mientras creyó que su amor podía convencer á usted; pero le anunció usted que iba á emprender una vida azarosa y desenfadada, y ha cumplido usted su

promesa; ha tenido noticia de sus escandalosas aventuras, de sus noches de orgía. Al saber que iba á ver á las señoritas Valdés le dijo usted que amaba con ceguedad á la más joven, y ella debía hacer lo que ha hecho, aparecer á los ojos de usted indiferente y digna, con toda la severidad compatible con su dulce carácter; después ha ido todos los días á ver á esas jóvenes y habrá sabido los insultos de usted á la pobre Blanca... Augusto, créame usted, mucho tiene usted que hacer para que su esposa le perdone.

—¿Dice usted que va todos los días á ver á esas jóvenes?

—De su casa viene ahora—dijo el príncipe, haciendo notar al esposo de Clotilde el rumor de un carruaje que se acercaba.

Augusto alzó los ojos hacia su amigo y se sobresaltó al advertir la alteración de sus facciones; habíase levantado Cellemare y se apoyaba con la mano trémula en el respaldo de su sillón.

—¡Sostéguese usted, por Dios!—exclamó el conde.—¿Qué nueva es esa que debe traer á usted Clotilde?

El príncipe pronunció algunas palabras inteligibles y ahogadas por el exceso de su emoción, al mismo tiempo que Clotilde abrió de golpe la puerta.

—¡Albricias, albricias!—gritó desde el umbral y tendiendo sus dos manos al príncipe.—Ofelia es de usted.

El príncipe dió un grito de gozo; asió aquellas manos que le enviaban la ventura y las besó transportado, dejándose caer después en un sillón, mientras que Clotilde, pareciendo reparar por vez primera en su esposo, le saludaba con amable indiferencia.

XXXI

Las peticiones.

Permitidme, mis queridos lectores, que os refiera lo ocurrido en casa de las señoritas Valdés durante la visita de la condesa.

Al entrar ésta en la mísera buhardilla del señor Martín, ocupada por las jóvenes, un cuadro muy extraño se ofreció á sus ojos.

En un lado se hallaba sentada Ofelia, teniendo en la falda una carta abierta; á sus pies y sentada en un taburetillo de encaes estaba Blanca con las manos entre las de su hermana, á quien miraba con ternura, en tanto que ella le hablaba en voz baja.

Algo mas lejos se veía á María, teniendo en sus brazos á la niña Septimia, la cual saltaba

alegremente, recobrada ya, sonrosada y ostentando esa encantadora robustez de los niños.

En frente de este grupo, sentado y pálido aún y enflaquecido se hallaba Fernando de Silva, contemplando embobado á María, que se parecía á la *Virgen de la Silla*.

—Malvina cosía en la cocina.

Al ver entrar á la condesa, levantóse Fernando y saludó á las jóvenes.

—¿Ya se va usted, señor Silva?—preguntó cándidamente Ofelia.

—Sí, señorita—contestó Fernando;—bien sabe usted que esta es la tercera vez que salgo de mi casa después de mi enfermedad y me siento en extremo fatigado.

—Permitame usted, pues, antes de retirarse, que le presente á la señora condesa de D... nuestra bienhechora—añadió la joven, que se había levantado para saludar á Clotilde, señalando a ésta con encantadora dignidad.

—Conozco á la condesa—contestó Silva inclinándose con respeto, y luego añadió:—señora, vea usted si puede lograr de su esposo que la acompañe aquí dentro de tres meses, á contar desde hoy.

Silva, después de pronunciar estas palabras, saludó á las jóvenes, abrazó á su hija, inclinóse delante de la condesa y desapareció.

—Este pobre padre—dijo Ofelia—ha venido,

no bien le ha sido posible, en busca de su hija.

—Nada podía hacer mejor para manifestar á ustedes su gratitud por la generosidad que han usado con esta desgraciada criatura—contestó la condesa;—cuando me la refirieron ustedes quedé yo misma absorta de tanta nobleza y abnegación.

—¡Ah, señora! Tenemos una buena noticia que dar á usted—dijo Ofelia, mostrando á Clotilde la carta que tenía en la mano;—vea usted lo que me escriben.

Clotilde tomó la carta y leyó lo que sigue:

«El coronel Eduardo Vélez saluda á la señorita Ofelia de Valdés, y tiene el honor de pedirle la mano de su hermana la señorita Blanca, y al mismo tiempo permiso para pasar á ofrecerles sus respetos.»

—¡Oh, Dios justo!—exclamó la condesa alzando al cielo sus ojos, en los que brillaba un júbilo sublime.—¡Oh, Dios mío, tú eres siempre el protector de la inocencia!

En seguida se acercó á Blanca, que ocultaba su semblante en el hombro de María, tomó sus manos y murmuró en voz baja y tiernísima:

—¡Hija mía, no rehuse usted ser feliz!

—Señora—contestó Blanca alzando su encantadora cabeza y mostrando sus mejillas cubiertas de carmín—ese hombre es el que me sacó de aquella casa infame... librándome...

Calló confusa y palideciendo ante aquel horrible recuerdo.

—Librando á usted de las persecuciones de mi marido; sí, sí, lo sé, pobre niña, y esto basta para que le ame usted. Conteste usted, Ofelia— prosiguió volviéndose á la joven.

Esta se acercó á la mesita y se puso á escribir, en tanto que María abrazaba á Blanca, que había vuelto á su bordado.

Encantador era el aspecto que presentaba aquella habitación tan pobre; las cuatro mujeres reunidas en ella se asemejaban á cuatro ángeles por su juventud, su hermosura y la belleza de sus almas.

Los últimos rayos del sol de aquella hermosa tarde de Marzo acariciaban el jardinillo plantado en el tejado por el señor Martín y cuidado con tanto esmero por la señora Antonia.

Las hierbas de olor se habían vestido de copudas hojas, y en algunas de sus apiñadas ramas brillaba como un diamante una gota de agua, caída del pico de un pajarillo encerrado en una jaula de cañas que había en la ventana.

Todo parecía allí risueño, alegre, vivificante; todo tenía un perfume de poesía y de dulzura imposible de describir.

El gran lecho con el cobertor de indiana; las blancas sábanas y las nevadas almohadas; la mesita con su tapete de tela de flores, con franja

blanca; el magnífico crucifijo de yeso; las limpias sillas de pino, todo, en fin, tenía una belleza particular y santa.

Ofelia terminó su carta, y dijo levantándose:

—Mira, Blanca, lo que he contestado al coronel, y dime si estás conforme: véalo usted también, señora, y dígame si lo aprueba.

Blanca tomó la carta y la dió á la condesa antes de verla; ésta leyó en voz alta:

«Señor coronel: Ante todo déjeme usted que le dé gracias con la efusión de mi alma por el honor que dispensa usted á mi hermana y que, á pesar de las calumnias con que se ha querido empañar nuestra reputación, le juro que merece.

»Ahora debo decirle que Blanca guarda de usted un tierno y agradecido recuerdo: mas no debe bastar á usted esto como garantía de su felicidad futura, pues que mi hermana no ha conocido ningún hombre con quien pueda comparar á usted.

»Venga, pues, á que le ame: venga si no le espanta una pobre buhardilla á ver cómo trabaja mi hermana para ganar honradamente su sustento; y cuando esté usted convencido de su amor y la inspire un sentimiento profundo y durable será de usted su mano.

»Hoy puede usted disponer de toda su consideración y gratitud, así como de la de su hermana —OFELIA.»

—Sólo usted podía escribir esta carta tan noble, amiga mía—dijo la condesa abrazando á la joven;—démela usted, que yo la haré llegar á su destino; y ahora deje usted que le explique el objeto de mi venida.

Ofelia, el príncipe de Cellemare me ha encargado que pida á usted en su nombre su mano.

Palideció Ofelia: más de una vez había visto entre sueños la noble, grave y dulce figura del príncipe.

—¿No me responde usted?—dijo sorprendida la condesa.

—Señora—repuso la joven dominando su sorpresa y sin manifestar alegría ó admiración—señora, repítale usted lo que acabo de escribir al coronel: que necesito tiempo para amarle; pero, como el príncipe entró en nuestra casa haciéndonos una ofensa, ruego á usted que le diga algo más: dígame usted que nos hemos puesto voluntariamente bajo la tutela del anciano zapatero del portal, y que sólo en su presencia ó en la de su honrada esposa podrá verme.

—Ofelia, eso ya es demasiado orgullo—dijo tristemente la condesa;—no sabe usted lo que vale el príncipe.

—Por lo mismo que vale mucho debo yo elevarme hasta su altura, señora; mi resolución es irrevocable.

La condesa salió sin esperar más; cuando lle-

gó á su casa, y después de dar al príncipe las primeras seguridades de su dicha, añadió:

—Esta tarde escribiré á usted detalladamente cuanto ha ocurrido y desde esta noche puede usted verla.

Frastornáronse las facciones del conde: ¡su esposa tenía secretos para él! Esta penosa idea iba unida al temor de perder su cariño, y le destrozaba el corazón.

Los periódicos del día siguiente dieron á luz estas líneas:

«Anoche uno de los guardas del canal se encontró el cadáver de una mujer joven y bien parecida.

La infeliz quiso suicidarse y quedó asida á unos arbustos de la orilla por el traje; pero la sacaron privada de la existencia.

Estaba pobremente vestida de negro y en su ropa blanca interior se ha encontrado mareado con todas sus letras el nombre de PAULINA.»

XXXII

Felicidad.

Tres meses pasan muy pronto para el que ve la esperanza de un porvenir risueño ó para los que viven en el seno de la dicha.

—Sólo usted podía escribir esta carta tan noble, amiga mía—dijo la condesa abrazando á la joven;—démela usted, que yo la haré llegar á su destino; y ahora deje usted que le explique el objeto de mi venida.

Ofelia, el príncipe de Cellemare me ha encargado que pida á usted en su nombre su mano.

Palideció Ofelia: más de una vez había visto entre sueños la noble, grave y dulce figura del príncipe.

—¿No me responde usted?—dijo sorprendida la condesa.

—Señora—repuso la joven dominando su sorpresa y sin manifestar alegría ó admiración—señora, repítale usted lo que acabo de escribir al coronel: que necesito tiempo para amarle; pero, como el príncipe entró en nuestra casa haciéndonos una ofensa, ruego á usted que le diga algo más: dígame usted que nos hemos puesto voluntariamente bajo la tutela del anciano zapatero del portal, y que sólo en su presencia ó en la de su honrada esposa podrá verme.

—Ofelia, eso ya es demasiado orgullo—dijo tristemente la condesa;—no sabe usted lo que vale el príncipe.

—Por lo mismo que vale mucho debo yo elevarme hasta su altura, señora; mi resolución es irrevocable.

La condesa salió sin esperar más; cuando lle-

gó á su casa, y después de dar al príncipe las primeras seguridades de su dicha, añadió:

—Esta tarde escribiré á usted detalladamente cuanto ha ocurrido y desde esta noche puede usted verla.

Frastornáronse las facciones del conde: ¡su esposa tenía secretos para él! Esta penosa idea iba unida al temor de perder su cariño, y le destrozaba el corazón.

Los periódicos del día siguiente dieron á luz estas líneas:

«Anoche uno de los guardas del canal se encontró el cadáver de una mujer joven y bien parecida.

La infeliz quiso suicidarse y quedó asida á unos arbustos de la orilla por el traje; pero la sacaron privada de la existencia.

Estaba pobremente vestida de negro y en su ropa blanca interior se ha encontrado mareado con todas sus letras el nombre de PAULINA.»

XXXII

Felicidad.

Tres meses pasan muy pronto para el que ve la esperanza de un porvenir risueño ó para los que viven en el seno de la dicha.

Corrieron, pues, velozmente para el príncipe de Cellemare y para el coronel; mucho más lentos para Clotilde, su esposo y Silva, y eternos para el marqués de la Oliva, que, encerrado en su casa, sólo salta de sus furiosos accesos de locura para caer en una sombría y amarga desesperación.

—¡Y qué!—se decía—¿soy yo aquel hombre lleno de fuerza, de vida y de talento, aquel hombre á quien brindaba, tan poco hace, la fortuna con todos sus dones y el mundo con todos sus homenajes? ¡Este pobre sér mutilado ha perdido su fuerza moral y física, apaleado por la mano de un rudo zapatero!... ¿Soy yo aquel que se burlaba del género humano y para el cual no habia mujer que se resistiese ni empresa que no lograrse? ¿Qué demonio vengativo ha desencadenado el infierno contra mí? ¡Ah! ¡Ya lo veo!... ¡Es una mujer rubia y hermosa como una Virgen de Murillo!... ¡Es quizás la única mujer hacia la cual he sentido un verdadero amor, muy distinto de esos caprichos que las demás mujeres, inclusa Clotilde, me han inspirado!... ¡Ah! ¡Pero tiene cara de ángel y es un demonio que ha tomado forma para seducirme mejor!... ¡Quiero huir lejos... lejos... muy lejos de ella!...

Retorciase el desgraciado joven entre convulsiones horribles y caía en espantosos accesos de demencia.

En vano se consultaron los médicos más famosos: todos declararon que aquel cerebro estaba corroído, abrasado por una desesperación sin cura.

El desgraciado huía con espanto de todo cuanto le recordaba su pasión por María Valdés; la primera vez que Antonio el Curro, á quien, como saben mis lectores, habia colmado de pruebas de generosidad cuando le informaba de todo lo que concernía á las huérfanas; la primera vez que le vió, empezó á lanzar tan terribles gritos, que Antonio huyó horrorizado de su casa y no volvió á parecer por ella.

Ofelia y sus hermanas fueron enteradas de lo ocurrido por el señor Martín y luego supieron el deplorable estado en que se hallaba el marqués por la condesa.

Un día que ésta habia ido, según su costumbre, á ver á las señoritas Valdés durante las primeras horas de la mañana, vió á Rosa que habia ido á llevarles flores frescas y á ver cómo lo pasaba *su niña*, pues así llamaba á la hija de Silva.

—Rosa, ¿cuándo te casas?—le preguntó la condesa.

—¡Ah, señora!—contestó la joven.—Necesitamos Curro y yo reunir cien duros para arreglar nuestra casita y poner yo un buen puesto de flores.

—¿Cuántos tienes ya reunidos?

—Muy pocos, señora, no llegan á veinte.

—Rosa podía tener mucho dinero — repuso Blanca, á cuyos ojos asomó una lágrima — sin su generosidad para con nosotras.

—Rosa — dijo la condesa, mientras la vendedora de flores se apresuraba á cambiar de conversación; — ven mañana temprano á verme y te daré lo que te falta para que te cases en seguida.

La joven no pareció comprender al pronto las palabras de Clotilde; pero cuando ésta las repitió dió un grito de alegría y se arrojó á sus pies, besándole las manos con transporte.

Al día siguiente fué Rosa á casa de Clotilde y recibió de su mano ochenta y cuatro hermosas piezas de plata, de valor de veinte reales cada una, en un lindo bolsillo de seda carmesí.

Rosa corrió á buscar á Curro, y ambos volvieron á ver á la condesa á casa de las huérfanas, donde repitieron los extremos de su gratitud.

¿Qué hacían entretanto el príncipe de Celemare y el coronel? ¡Ah! Ellos solos pudieran decir la dicha que puede contener una misera buhardilla. Allí, en aquel pobre cuartito, cuyo único lujo eran los frescos ramos que cada día llevaba Rosa, y cuyas solas galas eran la belleza y la inocencia de sus preciosas habitadoras, conocieron ambos la verdadera, la única felicidad.

Ofelia había rogado al príncipe y al coronel

que sólo fuesen á verlas durante las horas de la velada, por ser éstas las únicas en que sus ancianos huéspedes podían acompañarlas.

Espiraba Junio: la señora Antonia abría la ventana del jardinillo por las noches, y el fresco aroma de las plantas embalsamaba la pobre habitación.

Ofelia, María y Blanca, vestidas con batas blancas de muselina, sujetas con cinturones azules, trabajaban á la luz de un quinqué, regalo de Clotilde, colocadas en torno de su velador, que había subido de su habitación el señor Martín para que trabajasen con más comodidad.

Inmediata á María, y en una cunita de mimbres blancos dormía Septimia; si por acaso se movía, la joven empujaba la cuna con su piecillo, y sin soltar la labor la mecía con suavidad.

En frente de este grupo encantador, y contemplándole absortos, se sentaban Honorio y el coronel; la hermandad de su amor les había hecho hermanos de corazón.

Ambos leían en voz alta, alternando entre sí, para hacer más llevaderas á las jóvenes las horas de su trabajo.

De vez en cuando una observación de las oyentes interrumpía al lector; las pobres niñas nada sabían, nada más que ser buenas, y no se avergonzaban de pedir al amor que ilustrase su entendimiento.

Junto á la mesilla que sostenía la celda en miniatura de Santa Teresa se sentaban la señora Antonia, el señor Martín y Malvina: el anciano leía la vida del santo del día en el *Año cristiano*, que le prestaban las religiosas de cuyo convento era mandadera su esposa; hasta entonces había trabajado por la noche en sus zapatos, pero ahora decía que trabajar en labor tan ruidosa delante de las señoritas y de los señores era faltarles al respeto é incomodarles no dejándoles leer.

La señora Antonia hacía calceta y Malvina cosía.

Fernando de Silva pasaba también las primeras horas de la velada con las jóvenes, y muchas veces Clotilde venía ya muy tarde; no quería encontrarse con Fernando, aunque sobrado conocía el actual estado de su corazón.

¿Para qué he de repetir yo lo que pasó durante tres meses en el *nido de palomas*? Aquellos de mis lectores que hayan amado adivinarán fácilmente las sensaciones de mis héroes y la ventura que disfrutaron.

El conde D... no era tan feliz; en vano procuraba, por todos los medios posibles, hacer comprender á Clotilde que la amaba como antes; la joven, tan perspicaz siempre en materias del corazón, parecía no conocer el del conde.

Siempre suave é igual, había dejado de ser

apasionada; si le hablaba su esposo respondía con dulzura, pero con laconismo, y el conde no podía equivocarse lo que no era más que cortesía con la pasión de que antes había sido objeto.

Un día, en la mesa, le dirigió Clotilde algunas palabras que hicieron saltar su corazón de gozo.

—¿Quiere usted acompañarme esta noche?— le preguntó.

—¿Puede usted dudarlo?— se apresuró á contestar el conde sin preguntarle adónde iba.

—Esté usted, pues, dispuesto para las nueve— dijo Clotilde levantándose de la mesa y pasando á su cuarto, donde tomaba el café sola, sin que el conde hubiera logrado penetrar en él ni una vez desde hacía cuatro meses.

A las nueve subieron á un carruaje muy sencillo, sin que la condesa diese las señas del sitio adonde debía conducirles.

Durante el camino la joven guardó silencio, mas su esposo, cuyo corazón reventaba en el pecho, le tomó una vez la mano, murmurando con indecible y suplicante ternura:

—Clotilde...

—¿Qué quiere usted, *amigo mío*?— contestó la joven con dulce pero glacial sonrisa.

La palabra espiró en los labios de Augusto, que soltó la mano de su esposa y bajó la cabeza tristemente.

Llegaron, por fin, á la calle de San Bernardi-

no, y el cochero detuvo el carruaje enfrente de la casa señalada con el número 3.

Pálideció el conde ante la idea de que iba á ver á Blanca, avergonzado con el recuerdo de su criminal tentativa; mas una mirada de su mujer, á la cual creía ignorante de cuanto había ocurrido, le decidió á seguirla, temiendo, ante todo, infundirle sospechas.

Cuando entraron en la buhardilla hallábanse en ella todas las personas que componían la reunión que ya conocemos.

Fernando de Silva, sentado junto á María, la miraba con una expresión inequívoca de ternura entusiasta y reconocida.

Su salud, tan decaída antes, parecía haberse recobrado por completo; vestía aún de riguroso luto, y sus graciosas y delicadas facciones habían adquirido un tinte de tranquilidad que jamás habían ostentado.

El conde se apresuró á alargarle la mano, después que el príncipe y el coronel estrecharon las suyas.

—Condesa—dijo Silva levantándose con cierta expresión solemne—rogué á usted que viniese hoy acompañada de su esposo á fin de que pidieran para mí la mano de la señorita María.

Pálideció densamente ésta al escuchar estas palabras, y en seguida se cubrió su rostro de un rosado rubor.

El conde estrechó de nuevo la mano de Silva.

—Gracias—le dijo—tiene usted un noble corazón.

—Si es así, mi nobleza es obra de María—repuso Fernando;—el influjo de su virtud ha extinguido las bramadoras pasiones que se agitaban en mi seno; su suavidad ha refrescado mi corazón, su pureza ha refrigerado mi alma. Rueguele usted, pues, conde, que no abandone su obra si no quiere que la destruya la desesperación.

—Señorita—dijo el conde—¿quiere usted dar su mano á mi amigo?

María clavó en su hermana una tímida mirada.

—Yo confiaré de buena gana la felicidad de toda tu vida al señor de Silva, hermana mía—dijo Ofelia.

—¡No desampare usted á mi hija, María!—añadió Fernando juntando las manos con un suplicante ademán—es de usted también, puesto que la ha salvado la vida, sacandola del abandono en que yacía; su salvación y la mía son obra de usted, y no es posible ya que quiera separarse de nosotros.

Una lágrima de enternecimiento rodó por las mejillas de la joven, que alargó su diestra á Fernando con un movimiento encantador de rubor y dignidad.

—¡Gracias, María!—exclamó Silva besando apasionadamente aquella mano.—Ahora—añadió—escuche usted una confesión que debo hacer para su felicidad, y que no importa que escuchén todas las personas aquí presentes, porque las almas nobles se comprenden.

Yo—continuó Fernando—no he amado verdaderamente en el mundo más que á usted: uníme á otra mujer con eternos lazos porque así lo exigieron las conveniencias sociales y mi familia; la madre de mi hija era buena; pero no era la mujer capaz de llenar mi corazón y mis aspiraciones; en tanto que estuve unido á ella, creí amar á otras mujeres: así, pues, que no le sea á usted dolorosa ó importuna su memoria; jamás volverá á nombrarse entre nosotros: las cenizas de los muertos son sagradas y no seré yo quien las revuelva.

María, que no le traiga mi hija ningún recuerdo doloroso, al menos por lo virgen que ha hallado usted el corazón de su padre; por mi parte, si su vista le hace daño, yo la separaré para siempre de usted; más para eso es preciso que la separe también de mí, porque yo no puedo vivir más que al lado de usted.

Inclinóse María hacia la cuna y tomó á Septimia entre sus brazos.

—Yo seré para ella la madre que ha perdido—dijo con dulce voz.

¡Promesa heroica! Su cumplimiento es el sacrificio más inmenso que puede hacer la mujer.

—Ofelia—dijo la condesa—Blanca, ya es tiempo de que hagan ustedes dichosos á nuestros amigos y de que lo sean ustedes también. Silva necesita casarse en seguida, ¿quieren ustedes, ya que tanto se aman, casarse las tres en un mismo día?

—Como usted lo disponga, señora—dijo Ofelia con su tierna sonrisa.

—¿Me perdona usted, Blanca?—preguntó el conde en voz baja á la joven.

—La condesa, nuestra bienhechora, ha rescatado la culpa de usted—contestó risueña la niña.

XXXIII

Las bodas.

Quince días después de estos acontecimientos un inmenso gentío se apiñaba en la solitaria calle de San Bernardino, presentando un espectáculo muy extraño.

Delante de la casa núm. 3 se extendía una triple hilera de carruajes, ocupados por la más alta nobleza; cuatro carretelas descubiertas, tiradas por soberbios caballos, se destacaban de los demás carruajes por su riqueza y suntuosidad;

dos de ellas estaban forradas de raso blanco y los tiros eran de caballos blancos también; los lacayos lucían la librea color de perla galoneada de oro del príncipe de Cellemare.

Las otras dos carretelas estaban forradas de raso azul, y los caballos eran bayos; la servidumbre vestía la librea azul galoneada de plata de la opulenta casa de Silva, una de las más nobles y ricas del hermoso reino de Valencia.

Aun se veían otras dos carretelas llenas de jefes militares, forradas de brocatel verde y tiradas por hermosos caballos negros; los criados ostentaban la librea verde con galones oro y carmesí del marqués Eduardo Vélez y sus hermosos y antiguos escudos de armas.

Los demás coches, todos de la alta nobleza, lucían los trenes y servidumbre de las respectivas casas á que pertenecían.

Acababan de dar las siete de la tarde cuando aparecieron en el umbral de la pobre casita los condes D..., seguidos de las señoritas Valdés, del príncipe de Cellemare, de Fernando de Silva y del coronel.

Las tres hermanas llevaban vestidos de gasa blanca recogidos con ramos de jazmines y velos blancos con grupos de azahar entre sus hermosos cabellos.

La condesa había querido que el triunfo de aquellas pobres criaturas, tan perseguidas, tan

abatidas, tan calumniadas, tuviese lugar en su mismo casto *nido*, tan pérfidamente infamado por el marqués de la Oliva.

La extremada sencillez de sus trajes realizaba admirablemente su peregrina belleza, y cuando las divisaron los circunstantes se oyó un prolongado murmullo de admiración y de entusiasmo.

La condesa subió á una de las carretelas blancas con María, y el conde y Silva se colocaron en frente de ellas.

Una de las azules fué ocupada por Ofelia, Blanca, el príncipe y el coronel.

En las demás se acomodaron los testigos y convidados.

En seguida se puso en marcha la comitiva.

Los novios, por una concesión especial, debían ser desposados en la colegiata de San Isidro por el venerable patriarca de las Indias.

Al pasar por la calle de la Montera se oyó una careajada seca y estridente, que no pudo ahogar del todo el ruido de los carruajes, en un balcón del piso principal de una suntuosa casa.

María y Clotilde, cuyo coche pasaba á la sazón por debajo, levantaron la cabeza y vieron con profundo horror un espectro sin piernas, con los cabellos erizados y los ojos encendidos y delirantes, que luchaba á brazo partido con algunos hombres que trataban de separarle del balcón.

—¡No, no!—gritaba con rónica voz.—¡Déjenme ustedes!... ¡Quiero verla!... ¡Ahí va!... ¡Va á casarse!... ¡Lleva la diadema de novia!

Al decir estas palabras, el desgraciado no separaba la vista de María, que, casi desmayada, ocultó su rostro en el seno de la condesa.

Cuando volvieron á pasar de vuelta de la iglesia el desgraciado loco estaba ya maniatado y metido en un coche de camino que debía conducirle á Leganés.

Algunos días después los príncipes de Cellemare, los señores de Silva, los marqueses de Vélez, la niña Septimia con su aya y los condes D... con sus hijos, salieron de Madrid con un hermoso tren de viaje para el palacio de verano que los príncipes poseían en Verona.

Durante el camino venció al conde su orgullo hasta pedir perdón á Clotilde, cuya indiferencia le era imposible soportar por más tiempo.

—Te perdono—respondió la generosa joven—porque tu injusticia te ha hecho sufrir tanto como á mí.

¿Se extinguió de golpe la afección que Clotilde profesaba á Silva? No me atreveré yo á asegurarlo; lo que sí puedo afirmar es que la de éste murió para siempre.

Es indudable también que Clotilde batallaría consigo misma; no vence fácilmente un alma como la suya los recuerdos de un primer amor; pero no hay pasión que se resista en el corazón de la mujer cuando se le oponen las leyes de la honra, del deber y de la propia dignidad, ni hay mujer que merezca el glorioso renombre de buena si antes no ha luchado y vencido.

Malvina quedó durante el viaje de las cuatro familias en compañía de Curro y de Rosa, quienes llegaron á ser absolutos propietarios de la habitación ocupada antes por las huérfanas.

Cellemare había comprado la casa donde había estado *el nido de palomas*, deseoso de que ninguna persona extraña le profanase con su presencia, y había encomendado su cuidado á la buena Rosa y á su esposo.

Silva y el príncipe señalaron al señor Martín y á la señora Antonia una renta vitalicia de diez mil reales anuales, y el marqués de Vélez, que, al casarse con Blanca, había renunciado á su carrera militar, dotó á la angelical Malvina en dos mil duros, que se entregaron á Antonio el Curro para que los hiciese producir con su inteligencia, honradez y laboriosidad.

Los ancianos esposos y el joven matrimonio no formaban más que una sola familia; la señora Antonia y el señor Martín amaban á Antonio

y á Rosa como á sus hijos y á Malvina como á su nieta; ésta, sobre todo, era objeto de su cariño, y á duras penas conseguía Rosa que se la dejasen algún rato.

Rosa fué madre de dos niños que se criaron entre flores, pues su madre tenía un hermoso puesto en el Prado.

Malvina, á pesar de su figura, se casó con un hermano de Curro, ebanista de mucho mérito, que supo apreciar, como debía, las angelicales dotes de su compañera.

Rosa y Malvina cerraron los ojos del señor Martín y la señora Antonia, y fueron siempre modelos de felicidad y adhesión para sus generosos bienhechores.

FIN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD

DE LA REPUBLICA DE CHILE

CONSEJO GENERAL DE RECTORIA

DI

C